

Tú, mi deuda Pendiente

Ana Carolina Zegarra



Ana Carolina Zegarra

Acerca del autor



Ana Carolina Zegarra es una escritora políticamente incorrecta y ocasionalmente poetiza. Cursó estudios en la Universidad San Agustín. Ha publicado Make & Gum (Marcapasos, 2009), 21 Casas de Verano (2011) y poemas en revistas locales. Ganadora del premio nacional 'Abraham Valdelomar' y finalista en otros premios literarios. A su escasa edad es una prolífica, laureada, y talentosísima escritora de novelas eróticas y pseudo-románticas, que se abre paso como una de las promesas literarias de su país. También es profesora de inglés, madre de dos hijos (de cuatro patas), ama de casa y ufóloga aficionada. Dedica su tiempo libre a escuchar música (punk, rock alternativo, Celia Cruz, Iván Cruz, Artik Monkies, Tony Rosado), mirar películas, tantísimas que cree conversar con el difunto Andrecito Caicedo y comentarle las ultimitas.

No escribe para ser famosa, ni para hacerse millonaria, pues se hubiese dedicado a alguna otra actividad más lucrativa y aunque algunos libros suyos hayan sido tachados de vacuos y banales por sus colegas escribidores y pechofríos, las críticas no le quitan el sueño, pues no se considera una persona profunda (literalmente). Escribe porque siente deseos de hacerlo, porque cree que es lo mejor que sabe hacer, porque es su forma de expresarse, de contener la avalancha de imágenes e ideas que la acosan por las noches y no le permiten disfrutar de la paz de una salchipapa o un pollo a la brasa junto a su novio, porque la hace sentirse plena y satisfecha, porque escribir se adapta a la forma de vida que desea, pero sobretodo, para ganarse la vida.

Desde su debut con 'Prometida Por Conveniencia', sus libros han logrado posicionarse entre los más vendidos. Desde pequeña sintió inquietud por las ciencias; sin embargo, un día se sentó a escribir, le gustó y ya no quiso dejar de hacerlo. No se siente atraída a escribir poesía, aunque ha publicado una plaqueta de poemas pornográficos, pues se siente igual de hábil y capaz que sus coleguitas poetas arequipenses, a quienes acusa de preocuparse más de hacerse un nombre, antes que por escribir.

Es hija única y actualmente reside en Arequipa intentando compaginar todos los aspectos de su vida como escritora, profesora de inglés, y novia. Está comprometida con un talentoso, hermoso novio, follador, comprensivo, y aunque no comparten los mismos gustos y aficiones la ha apoyado siempre con cada uno de sus proyectos y a superar sus vicios y adicciones. Se describe a sí misma como una melodramática pluridiversa, llena de todo, romántica empedernida y en peligro de extinción.

Zegarra ubica la tensión de su obra en la pérdida de la juventud, en como esta se desplaza dejando a los adultos que seremos. Es un viaje, y no necesariamente uno bueno. Dentro de la cabeza de Carolina el conocimiento académico y las lecturas clásicas se entremezclan con bandas indie, combis y platillos voladores, chichasara, cine de autor, divagaciones, literatura y referencias a la cultura pop, que lindan casi con el autismo, y del que se nutre para escribir sus obras. Comprometida con su novio y con su profesión, ya no toma ni fuma, se siente un poco vieja después de su alocada supervida, y se compromete a tomarse más en serio el oficio de escribir.

Puedes contactarla en:

https://www.facebook.com/posera.tercermundista


Índice

Capítulo 1

El fuego del hogar apenas conseguía aplacar el frío que se colaba por las ventanas del salón. Lady Katherine Aldridge tuvo que detener el movimiento de sus dedos sobre el piano para poder acomodarse el chal sobre los hombros. Su madre apenas alzó la mirada para luego volverla a su labor de bordado.

El invierno era un habitante más de la casa. Ambas mujeres eran presas de la melancolía y, más que eso, del forzado aburrimiento. La casa familiar de Londres estaba llena de recuerdos del antiguo Lord Sutton, el padre de Katherine. Su muerte había dejado un hueco difícil de llenar, y el medio luto las obligaba al encierro, que nada hacía por mejorar el ánimo, en especial el de la joven, lo que inquietaba aún más a su madre, temía por el espíritu de su hija. Katherine estaba en el esplendor de su vida, y debía florecer, no marchitarse.

La temporada comenzaría en breve y, pese a las normas, Lady Amelia había decidido que presentaría a su hija en sociedad, aunque fuera en algún evento reducido entre los más allegados. Kathy estaba próxima a cumplir los dieciocho años, ya era tiempo de entretejer los lazos de su futuro; sin Lord

Sutton, era su entera responsabilidad hallar un esposo para su hija, aunque los planes de Katherine parecían confesar lo opuesto. La idea de quedar soltera de por vida la hacía sonreír más que la posibilidad de encontrar un marido. Lady Amelia sufría más con ese pensamiento que con el recuerdo de la ausencia de su marido.

A Katherine, la idea de matrimonio no la entusiasmaba en lo absoluto, y la razón de tal motivo se encontraba encerrada muy dentro de ella. Atesoraba un secreto, su corazón tenía dueño, un dueño que apenas la miraba y que estaba comprometido con alguien más. Los Sutton eran famosos por ser una de las pocas familias aristocráticas que rompían las reglas: se casaban por amor. Y ella no quería ser la excepción. Pero, de momento, no concebía más que la idea de soltería, el amor que crecía en ella había echado raíces fuertes en su ser, arrancarlo no parecía ser una posibilidad a contemplar.

—Por favor, querida —clamó Amelia—, interpreta algo más alegre.

La muchacha le regaló una sonrisa y pasó las páginas de su repertorio hasta hallar un vals. Antes de que pudiera poner los dedos en las teclas, su hermano fue anunciado.

—Lord Sutton y Lady Penélope —dijo el ama de llaves.

A Katherine el corazón le latió pesado en el pecho, no se acostumbraría jamás al título con el que ahora se referían a su hermano Christopher. En cada ocasión que escuchaba el nombre Lord Sutton, los ojos le brillaban a la espera de ver a su padre atravesar el umbral. La felicidad de ver a Chris y a su amiga Penélope le impidió ahondar en la tristeza. Se puso de pie e hizo una innecesaria reverencia.

—Buenas tardes, madre, Kathy —saludó Christopher antes de hacerse a un lado y permitir que las amigas se abrazaran con cariño.

Amelia pidió el té y los invitó a ocupar los sillones. Penélope lo hizo junto a Katherine, y olvidado quedó el piano. Las visitas eran lo único que quebraba la cotidianidad silenciosa del hogar Sutton.

—¡Qué agradable sorpresa, querida! —exclamó Amelia con la vista puesta en Lady Penélope—, Londres ya no tiene mucho que ofrecernos, salvo las verdaderas amistades. ¿Cómo está tu madre?

—Muy bien, gracias. Mi madre envía sus saludos y buenos deseos. Londres ha sido de lo más aburrido sin ustedes. —El brillo en la mirada de Penélope estaba dirigido a Christopher, lo había extrañado en demasía en los meses que la familia Aldridge estuvo en el campo.

En la vida londinense no existía lugar alguno para el duelo; para la mayoría, tomar distancia de ella era la manera correcta de honrar a los muertos. La quietud del campo era el escenario perfecto para las últimas lágrimas de despedida. Ahora, ya de regreso, debían ponerse al día con los acontecimientos sociales vigentes.

—Oh, pero imagino que habrás estado muy ocupada con los preparativos de la boda. —Lady Sutton hizo mención a la boda con un único propósito, despertar los anhelos apagados en Kathy.

Un tenso silencio se instauró entre los presentes. Amelia, sin sospecharlo, acababa de meter el dedo en la llaga. Kathy buscó una salida a esa conversación, estaba feliz por su amiga, aunque el pecho le dolía cada vez que recordaba que estaba prometida con Lord Richmond, el marqués de Shropshire. El auténtico dueño de su corazón.

Anthony Richmond era un buen amigo de su hermano, habían ido juntos a Eton y, debido a lo mal que el actual marqués se llevaba con el anterior, había pasado muchos veranos con ellos en su casa de campo. Así se había sembrado en ella la semilla del amor, y la misma había dado frutos en silencio. Para Anthony no era más que Kathy, la dulce niña Kathy. No importaba que la forma de su cuerpo hubiese cambiado, él parecía verla solo con los ojos del pasado. Nunca sería una mujer para Anthony. Penélope la igualaba en edad, no era muy diferente a ella, sin embargo, la conjetura sobre el inminente compromiso entre ambos era un rumor que se conocía desde años. La condena de Kathy encontraba su origen en los lazos de amistad que los unían. Esa unión que la había empujado al enamoramiento sin límites era, a la vez, lo que la alejaba del dueño de su afecto.

Lo inevitable sucedió en la temporada pasada, en la que estuvo recluida guardando duelo por su padre. El corazón volvió a retorcérsele sin piedad ante la noticia; cuando luchaba contra la dolorosa experiencia de un duelo, otro se le sumó, el de un corazón roto. Pero el destino es el destino, y nada puede cambiarlo, ni siquiera la pureza e intensidad de un amor no confeso. Se valió de la melancolía que la muerte de su padre le había obsequiado a la fuerza, para llorar la pérdida de un amor que nunca iba a poder ser.

Lo que Katherine no sabía era que Christopher había tomado la noticia con la misma desesperación que ella. Su hermano también albergaba un amor secreto en su corazón, y la fuerza irrefrenable de ese sentimiento no le permitió quedarse con los brazos cruzados.

—Madre… —comenzó a decir Lord Sutton—, por eso estamos aquí, no deseábamos que los rumores llegaran antes que nosotros.

El balbuceo casi nervioso de Chris hizo que el estómago de Kathy diera un vuelco. La intuición era una cualidad casi sobrenatural en ella, su piel se erizó dándole un aviso repentino de la tormenta que estaba a punto de estallar bajo el techo Sutton. Hizo a un lado la emoción del reencuentro con su amiga para dejar que el velo de la verdad de su presencia cayera a sus pies. El factor inapropiado de la visita se hizo evidente ante los ojos de Katherine. Lady Penélope seguía siendo una señorita soltera, comprometida, que aparecía en compañía de un hombre soltero que no era su prometido. Si bien la confianza entre ambas familias podía empujar a dejar algunas normas de lado, sin duda esa no sería una de ellas. Pensó en Anthony, ella lo conocía casi a la perfección, lo había observado por años, al punto tal de poder trazar un perfecto mapa de su cuerpo y sus costumbres. No, Lord Shropshire, no podía estar de acuerdo con ese comportamiento. Ningún hombre, aun poniendo en juego el peso de la amistad sobre la balanza, estaría de acuerdo con que su futura esposa paseara con otro hombre por las calles londinenses.

—¿Rumores? —consiguió preguntar intentando alejar las suposiciones que guiaban a sus pensamientos.

—Mi compromiso ha sido roto —murmuró Penélope, y Amelia ahogó una exclamación de horror. Romper un compromiso siempre era sinónimo de escándalo.

Lady Sutton no tenía deseos de indagar en tal escándalo, la presencia de Penélope en la casa le hacía presuponer que el escándalo en sí ensuciaba solo las botas de Lord Shropshire.

—Querida, cuánto lo siento —la consoló. Katherine no pudo hacerlo, se había quedado sin palabras. Lady Penélope no parecía lamentarlo demasiado. La muchacha escondía algo, y ese algo luchaba con las involuntarias ganas de sonreír de su rostro.

Penélope se llamó al silencio luego de coincidir con Christopher en una fugaz mirada. Él se transformó en su voz.

—Madre, he hablado con Lord Malloran esta mañana para pedir la mano de Penélope, no queremos esperar, sabemos que los rumores pueden hacer mella en la reputación y…

Katherine apenas podía seguir el hilo de la conversación. ¿Rumores? ¿A qué clase de rumores se refería? ¿Por qué presentía que aquí había un único

brutal damnificado? Podía notar una inusual complicidad entre su hermano y Penélope. Podía notar eso y mucho más. ¿Acaso debía alegrarse ante el giro de los acontecimientos? ¿Debía estar feliz por su hermano? La emoción contraria a la esperada salió a flote, la furia le encendió la piel. Nada de esto tenía sentido, no así, no de esta forma tan inesperada.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo has convencido a tu padre? —inquirió Kathy, y su madre la reprendió con la mirada. Era una pregunta fuera de lugar, así también se lo dijo la expresión de Christopher; pero a ella no le importaba. Sentía el latir de su corazón acelerado, y en sus oídos un silbido que mezclaba la tristeza, la esperanza y la ira. Anthony, Anthony, Anthony.

Conocía la verdad de su amiga, sabía que nunca había amado a Anthony y que se había prometido a él solo por imposición familiar. Un marqués era un buen partido, y los ingresos de los Richmond superaban por mucho los de otras familias aristocráticas. No había existido modo de convencer a Lord Malloran de que cambiara de parecer, ni siquiera las súplicas de su Penélope fueron consideradas, y eso hizo que su hija le diera lugar al sentimiento equivocado. El matrimonio de ambos se alzaba como un futuro estandarte del fracaso y el desamor, con la base de una unión social y financiera más que próspera. Conveniente para Lord Malloran y aceptable para Lord Shropshipe, pero despreciable para la figura femenina puesta en juego.

Penélope llegó a guardarle tanto rencor a Anthony como Katherine amor. Lo detestaba por empujarla a ese matrimonio sin amor. Kathy conocía la verdad detrás de ambos, y había intentado que su amiga lo viera con la misma claridad con la que ella lo hacía. Lord Shropshire nada sabía de ese sentimiento, para él, un buen matrimonio implicaba dinero y respeto, nada más; y él respetaba a Lady Penélope, el dinero… bueno, era algo de lo que ninguno tenía que preocuparse.

Ni así fue suficiente, el rencor de Penélope tuvo un cómplice: Christopher.

—Lo siento, Kathy —dijo Penélope al notar la expresión pálida y compungida en su amiga—, sé que le tienes mucho cariño a Lord Shropshire, pero… pero…

La palabra «cariño» rompió sus propias barreras en ese instante. El objeto de su afecto más preciado había sido dañado y ella no podía ocultarlo.

—¿Pero, qué? —exigió, casi de mala manera, permitiendo que una pequeña parte de su secreto saliera a la luz.

—No hubo otra forma, yo… yo amo a tu hermano, siempre ha sido así.

Christopher le tomó la mano. Amelia los observó a ambos con cariño y comprensión. Ella había compartido ese sentimiento con Lord Sutton y anhelaba lo mismo para sus hijos. Podían lidiar con los rumores, el inmaculado apellido Sutton podía soportar eso y más. El amor era la piedra fundamental de la familia y, más allá de los sucesos actuales, se alegraba de que pudieran concretar un matrimonio fundamentado en él.

—Y yo te amo a ti, querida —dijo Christopher. Su mirada celeste se iluminó por el afecto, mientras que la de Kathy, tan parecida, brillaba por el enojo.

—¿Qué han hecho? —indagó— ¿De qué escándalo hablan?

Katherine hizo la misma presuposición que su madre, el simple hecho de que estuviesen ahí, haciendo público el inminente matrimonio de ambos, significaba una cosa: Anthony Richmond encabezaba dicho escándalo.

—Han salido a la luz algunos detalles escabrosos de la familia Richmond, mi padre ha decidido que es mejor que no me casara con él, que…

—¿Han salido? —alzó la voz. Lady Katherine Aldridge había dejado de ser una niña tiempo atrás y, por primera vez, la expresión angelical de su rostro se escondió tras la mujer encerrada en ella, una mujer que se hizo presente ante su familia.

—¡Hija! —la reprendió Amelia ante su comportamiento desmedido, pero nada podía hacer para contener el temperamento de Katherine que ahora era una tormenta irrefrenable.

—¿Han ensuciado a Anthony para poder salirse con la suya?

—¿Anthony? —Lady Sutton se sintió avergonzada por el comportamiento de su hija, no debía referirse al Marqués de Shropshire de esa manera—. ¡Katherine, cuida tus formas!

Kathy lo intentó, controló el sin fin de sentimientos que la desbordaban para continuar con el reclamo de la manera más apropiada posible. Podía imaginar el origen del escándalo, era una excelente observadora cuando de Anthony Richmond se trataba y, a su manera, ella también estaba al tanto de los lazos familiares y amorosos que se ocultaban en el hogar de los Richmond. Si la intuición no le fallaba, alguien, por no decir su hermano, había utilizado esa carta a su favor.

—Christopher, por Dios, Lord Shropshire es tu amigo —exclamó,

desesperada y dolida. No podía dejar de pensar en Anthony, en cuánto lo lastimaría la traición de Chris. Porque ahora lo acababa de confirmar, la mirada de su hermano lo decía a gritos.

¡Maldito y dulce amor! Nos arrastra a la más bella luz, pero nos obliga a llevar nuestras sombras consigo.

—No he tenido opción —se defendió—, intenté explicarle mis sentimientos, que fuera él quien terminara el compromiso, pero me ha desoído. No comprende que la amo, no…

No, por supuesto que no lo comprende, lo defendió el corazón de Kathy. Sus labios, en cambio, no se movieron. Tenía tanto por decir, tanto, pero nada era lo correcto en ese momento, porque lo correcto la llevaría a desenterrar su secreto. Ella deseaba ser la voz de Anthony en su ausencia, las emociones no eran un don en el marqués, lo sabía, llevaba gran parte de su vida construyendo la esencia de su alma en su mente. «No comprende que la amo...». Y ahora, lo entenderá menos. ¿Cómo le pueden pedir que contemple el amor cuando nadie se lo ha mostrado? ¿Cuando hasta su propio amigo lo traiciona? ¿Cómo pueden pedirle que comprenda al amor, cuando el concepto de amor que lo ha albergado en brazos toda su vida se presta al escándalo, a la aberración? Quiso ponerse de pie y zamarrear a su hermano, abofetearlo a él y a su prometida. Pusieron ante lo lupa de la sociedad aquello que no debían, rompieron mucho más que un acuerdo matrimonial y una amistad, sentenciaron a los Richmond sin medir las consecuencias.

—¡Egoístas! ¿Se piensan que el amor justifica todo? —gritó. Amelia se puso de pie, sorprendida por la reacción de su hija, no era la Kathy que había criado.

—¡Katherine Aldridge, recuerda los modales de una dama! Y por, sobre todo, recuerda quién eres, los valores de esta familia.

—Los recuerdo muy bien, madre, al parecer es Christopher quien se ha olvidado de ellos.

Esas feroces palabras empujaron a todos al silencio. La calma y la melancólica monotonía familiar había sido quebrada en cuestión de minutos a manos de la figura menos imaginada. Katherine nunca le había confesado a nadie lo que albergaba en su corazón, por ese motivo, todos consideraban su comportamiento inapropiado y sin justificación suficiente. Las miradas desaprobatorias de su madre y hermano se posaron en ella. Solo Penélope se atrevió a romper el silencio familiar sepulcral.

—Creí que lo entenderías —murmuró —, que te alegrarías por mí al saber que me caso por amor. Por amor a tu hermano.

Katherine no pudo escuchar una palabra más. Se dio media vuelta y abandonó el salón a paso firme desoyendo las súplicas de su madre y las órdenes de su hermano. ¿Acaso era la única que creía que no había nobleza alguna en amar así? ¿Acaso el amor aceptaba la doble moral? ¿dañar a otros en su nombre valía tanto o más que el amor en sí? Por supuesto que se alegraba de que Chris encontrara el amor, y siguiera con la tradición familiar de los Sutton, pero lloraba por el precio pagado, y estaba segura de que su padre hubiese estado de acuerdo con ella. Nada justificaba la deslealtad, ensuciar un apellido familiar sin considerar siquiera a las víctimas de hecho, era imperdonable. Sí, lloraba... Lloraba por Anthony. Dañarlo a él era dañar a su corazón.

Antes de que pudiera huir hasta sus aposentos, el ama de llave anunció que tenía una nota urgente que requería de la inmediata respuesta de Lord Sutton. El lacayo aguardaba en la puerta de servicio y no se iría de allí hasta confirmar que su recado llegó a quien correspondía.

Katherine quedó congelada en el umbral, la sensación de un mal presagio le recorrió el cuerpo. El aire dentro de la casa se transformó en denso e irrespirable. La inexpresión en el rostro de su hermano fue la antesala a la revelación que albergaba la misiva en su mano.

—¿Qué ha sucedido? —pidió Amelia al ver que su hijo palidecía. Penélope, que se había acercado a Christopher al verlo abatido, asomó su cabeza por encima del hombro para leer las palabras. El sello de Lord Shropshire era inconfundible, al igual que la caligrafía. Lady Penélope por poco se desvanece, y Chris reaccionó a tiempo para acompañarla de nuevo al sillón.

—Me ha retado a un duelo, sabe que fui yo quien corrió el rumor sobre su madre.

Lady Shropshire, la intuición de Katherine no había fallado, solo de las raíces de ese secreto familiar podía germinar un escándalo.

—¿Sobre Lady Shropshire? —preguntó Katherine a sus espaldas fingiendo desconocimiento total, lo único que para ella se alzaba como el mayor misterio de todos era el corazón de Anthony, después, era capaz de gritarle al mundo que conocía todo de él— ¿Qué puede decirse de esa mujer si es un derroche de virtud, una santa? —«Lo único bueno en la vida de

Anthony», completó para sí.

—Bueno… es algo que solo unos pocos sabemos, era lo único que tenía contra él —explicó Chris en un quejido, luego, la ira lo embargó—. Si es un derroche de virtudes ¿Qué esperaban que hiciera? ¿Que lo dejara casarse con la mujer que amo? ¿por su dinero, por su posición?

Lady Sutton estaba imposibilitada del habla, la palabra duelo hacía eco en su cabeza sin darle oportunidad a pensamiento alguno. La única en sus auténticos cabales era Katherine.

—¿Christopher, qué has hecho?

—A él poco le importaron mis sentimientos, solo debía hacerse a un lado. —Podía notar el brillo de la decepción en los ojos de su hermana, y en esa decepción él encontraba su reflejo. El dolor de la traición ahora hacía lo suyo en su persona. El temor y la tristeza comulgaron en él, lo quebraron—. ¡Por una maldita vez en la vida tenía que dejarse ganar! ¡Él hizo esto! ¡Él, no yo!

La culpa y los remordimientos de su hermano llenaron el salón, pero nada hicieron para aplacar el dolor de Katherine. Entendía la frustración de Christopher, Anthony siempre fue el preferido de la sociedad londinense, todos quedaban opacados a su lado. El mejor jinete, alumno destacado en Eton, el más apuesto, el más rico… ¿Acaso ella misma no había caído bajo sus encantos? Pero eso no lo justificaba.

—Chris... —fue lo único que su madre pudo balbucear.

Lord Sutton fue consciente de la sentencia que caía sobre su cabeza. Lo que antes había sido sencillo, ahora se convertía en una confesión que le aprisionaba la garganta. Tarde comprendía el límite que había traspasado. Apretujo la carta en las manos.

—Lady Shropshire lleva años en una relación algo tumultuosa con su dama de compañía —expuso la verdad que había liberado al mundo—. Desde mucho antes de enviudar —finalizó dejando que su cuerpo se rindiera a su suerte en el sillón.

Amelia ahogó un grito de horror ante la confesión. Penélope, que conocía el secreto, comenzó a llorar al comprender que de semejante escándalo jamás se volvía, no era algo que se arreglara con un matrimonio forzado o con algunos contactos comprados con dinero. Katherine se marchó guiada por la decepción, no tenía deseos de disimular una sorpresa que no era tal en ella, dejaba a manos de su madre la indignación, de seguro iba a hacer

buen uso de ella. En cuanto a Christopher, era su hermano y lo amaba, pero no podía mirarlo a los ojos en ese momento, no quería perder los últimos vestigios de admiración que conservaba de él.

Se encerró en su recámara y se arrojó en la cama, derramó una a una las lágrimas contenidas por la furia, el desencanto, y por el amor que albergaba en ella. Lloró por su corazón que clamaba por Anthony, lloró por Anthony y el dolor de él ante la traición de un amigo, lloró por la llama de la esperanza que había sido apagada. Los Sutton serían el símbolo de perfidia para Lord Shropshire, ella sería el rostro del desprecio para él. Y pensar en eso le dolía más que saberse no merecedora de su amor.

En todo ese tiempo, mientras ella lo amaba en silencio, siempre albergó la esperanza de que Penélope pudiera salvarlo, enseñarle el camino a una felicidad distinta y verdadera, enseñarle que el amor era posible. Que pudiera darle una familia cariñosa, unida, distinta a todo lo que conocía. Pudo renunciar a Anthony gracias a ese anhelo, porque lo amaba al punto de aceptarlo lejos de ella pero feliz, porque lo amaba desde la pureza de su corazón, pero ahora…

Nada quedaba, Christopher y Penélope lo habían destruido. No hicieron más que darle la razón a sus prejuicios, alimentaron el demonio que le gritaba al oído que el amor no existía, que las personas que decían quererte tarde o temprano te daban la espalda, te rasgaban la piel a fuerza de traición y te abrían el corazón solo para rompértelo en mil pedazos.

Las lágrimas salieron sin control, le quitaron el peso de una culpa que no le correspondía, le limpiaron el dolor que le endurecía los músculos del cuerpo, y la liberación le permitió hacer aquello que restaba hacer, pensar en calma. La reacción de Anthony era una movida lógica de su parte, jamás permitiría que alguien hablara de su madre de esa manera y saliera impune de la situación, verdad o no, la libraría del dedo acusador que se posaba en ella, haría cualquier cosa por salvarla, y eso incluía matar a Chris. Solo la muerte de su difamador pondría el manto de olvido sobre el rumor.

No era un duelo solo por el honor. Era un duelo a todo o nada. No le importarían las consecuencias de ser acusado de homicidio, si ya había perdido la reputación, el buen nombre, los amigos y cualquier posibilidad de hallar cariño. Ya no había nada más que perder para él.

Christopher tenía razón en algo, Anthony Richmond, el marqués de Shropshire, era el mejor en todo, y eso incluía el manejo de las armas. La

casa Sutton volvería a llorar un duelo si alguien no detenía esa locura.

Existía una sola opción, ella. Sí, ella era la única capaz de impedir este furioso sin sentido. La historia compartida debía valer de alguna manera, tenía que hacerle ver a Lord Shropshire que la muerte de su hermano lo condenaba a mucho más de lo que podría llegar a imaginar. Le arrebataba la posibilidad de una vida. Sí, debía detenerlo. Debía impedir que Anthony arruinara su vida y la de todos ellos al matar a Christopher.

Tenía que salvar a su hermano. Tenía que salvar a su amor.

Capítulo 2

Mi Lady, por favor —rogó Sophie, la doncella de Katherine, por milésima vez.

—Tengo que hacerlo, y lo haré con o sin tu ayuda —respondió con determinación, aunque las palabras sonaron débiles debido a que la doncella apretaba los lazos del corsé.

—Perderé mi empleo, y usted... usted perderá todo lo demás. —La preocupación comenzaba a tomar una real forma para Sophie, sabía que no tenía las herramientas necesarias para hacerla cambiar de opinión, Lady Katherine era imposible de doblegar cuando se lo proponía.

—Nadie tiene por qué enterarse, tú solo cierra la boca y ayúdame con esto —pidió.

El vestido de crespón negro que supo usar en los primeros meses de luto apenas si le entraba, eso se traducía en varios minutos de tortura en manos de Sophie. La doncella lo hizo con algo de saña, para vengarse de su señora que no entraba en razones. Ambas tenían una relación que iba más allá de la común entre señoritas de buena cuna y empleadas; puertas adentro, cuando nadie las oía, se trataban como amigas y hasta se contaban secretos.

Pero esto era ir demasiado lejos. Sophie no quería ser cómplice de esa locura, ni quería atestiguar cómo su señora arruinaba la reputación por ir a solucionar algo de lo que debía encargarse Christopher.

La confianza no llegaba a ser tal como para que se permitiera decir lo que pensaba del actual Lord Sutton y de su plan de mancillar a Lord Shropshire. Sabía de boca de Lady Katherine los sentimientos que albergaba hacia Anthony y, sin ir más lejos, esa noche fue ella quien llevó los paños fríos a la recamara para bajar la inflamación de los celestes ojos de la muchacha después de horas de llanto.

Katherine giró y empezó a tirar de la camisola que se revelaba de manera impúdica bajo el escote del vestido. Se suponía que una viuda jamás mostraría tanto, pero el duro crespón no cedía por mucho que tironeara de él.

—Le queda chico —Sophie remarcó lo evidente—, no puede salir así.

—Nadie me verá, el velo me cubrirá hasta el pecho, y no tengo intenciones de quitarme el chal con estas temperaturas.

Sophie quiso rogar una vez más que dejara el asunto en manos de Lord Sutton, pero supo que era en vano. Conocía el temperamento tenaz de su señora, solo restaba reducir las consecuencias. Una de ellas era que la vieran por la noche vestida de viuda impúdica.

Katherine estaba ansiosa. Sophie la dejó sola por un par de minutos mientras comprobaba que nadie quedara despierto en la casa para ayudarla a escabullirse. Se repitió todas las quejas mentalmente, ya que no podía decirlas a viva voz. También elevó una plegaria.

Lady Katherine caminó de punta a punta, sus botines de nieve resonaban en la habitación al compás de su corazón. No podía sentarse, no solo por los nervios, sino también porque en un intento el crespón hizo un horrible sonido y por poco rasga por completo el vestido. ¿Cómo haría para subirse al carruaje de alquiler? Ya vería el modo. Un problema a la vez.

La doncella golpeó la puerta a modo de aviso, y Katherine tuvo que ahogar una exclamación. Estaba tan tensa como el traje de luto. Se bajó el velo y apareció en el pasillo. La que casi grita al verla fue Sophie, pues su señora parecía un fantasma que recorría los salones llorando penas.

—Déjeme acompañarla —suplicó en un susurro.

—No, debes aguardar a mi regreso, para abrirme la puerta de servicio. Nadie debe enterarse de esto. —Antes de poner un pie en el umbral giró de imprevisto, el rostro de Sophie fue abofeteado por el velo—. Y nada de

bourbon para ti esta noche, ¿está claro? No puedes quedarte dormida.

—Créame, mi Lady, ni aunque quisiera podría, su madre se ha apropiado de todo el bourbon de la casa.

La desesperación de Amelia le había brindado la ayuda perfecta a su hija, Lady Sutton se había lanzado a la inconsciencia para olvidar la nueva tragedia que estaba a horas de golpear la puerta del hogar Sutton.

—Mejor así, mi madre no notará mi ausencia —dijo a modo de despedida definitiva.

El frío de enero le golpeó el rostro y se rodeó aún más con el chal. Esa zona de Londres estaba desierta a esas horas, las fiestas de la temporada no habían comenzado, y solo los bajos fondos resonaban llenos de vida. Encontrar un carruaje de alquiler resultó una tarea más ardua de lo que había previsto, y, cuando al fin se hizo con uno, el valor menguó en su cuerpo.

Subirse sin rasgar el vestido no fue fácil. Retorció el bolso de mano y luego lo hizo con sus propios dedos hasta que todas las articulaciones sonaron. No sabía si estaba más nerviosa por la charla que tendría o por volver a ver a Anthony luego de tanto tiempo.

Había pasado un año desde la última vez, cuando Lord Shropshire se acercó a dar las condolencias. Luego de eso, los Aldridge marcharon al campo mientras todos los demás disfrutaban de la vida social en Londres.

¿Luciría tan bello como lo recordaba? ¿Su voz le seguiría provocando ese particular cosquilleo? Y, la peor de las preguntas: ¿Aún me mirará como a una niña? Esas eran las incógnitas que deambulaban por el pensamiento de Katherine, que ponían sobre el tablero de juego la verdadera movida de sus deseos. No era la súplica o la idea de tregua lo que la llevaba ante la presencia de Anthony en plena noche, era la añoranza disfrazada de todo lo demás. Lo único de niña que aún conservaba era eso, la inocente mentira.

La casa de los Richmond no estaba muy lejos, y el trayecto se le hizo todavía más breve debido a la ansiedad. No podía titubear, ni perder tiempo. El duelo sería al amanecer, tenía tan solo un par de horas para hacer cambiar a Anthony de parecer.

Intentó repasar en su mente todos los argumentos que tenía. Nunca amaste a Penélope, es lo mejor para ti. Christopher es tu amigo, aunque ahora ambos queramos matarlo. No vale la pena convertirse en un asesino.

Ni ella se convencía, ¿cómo podría hacerlo con él? Se sentía incapaz de perdonar a su hermano y, de todos modos, allí iba ella, a hablar por él, porque

en el fondo de su corazón lo sabía, no lo hacía por Christopher, lo hacía por Anthony. No iba a permitir que el hombre de sus sueños se condenara a una vida de oscuridad por el egoísmo de otros. La ventisca de la fría noche le golpeó el rostro con una epifanía, por fin el argumento perfecto se hacía luz en ella, la estrategia sería ofrecer un rumor a cambio de otro, opacar el brillo de un escándalo con otro más suntuoso, algo que alimentara las ansias del cotilleo social londinense.

Le pagó al cochero y lo despidió, no sabía cuánto le llevaría hablar con Lord Shropshire. En lugar de dirigirse al ingreso principal, rodeó el perímetro y llamó a la puerta de servicio, tal y como le había prometido a Sophie.

Un lacayo se asomó para ver quién era, a esas horas de la noche no eran comunes las visitas en ninguna casa, menos que menos, en el apartado de servicio. El muchacho por poco le cierra la puerta en las narices.

—Necesito hablar con Lord Shropshire —solicitó con educación, aunque sus buenos modos quedaron en segundo plano cuando colocó el pie en el marco para impedir que la dejaran afuera. Si tenía que derribar la puerta, lo haría.

—Lord Shropshire no está disponible.

Había ido preparada para ese tipo de respuestas. Recurriría a todos los artilugios posibles.

—Por favor —rogó—, por favor, ¿cuánto me costaría?

El lacayo se sintió ofendido, y Katherine se vio obligada a tomar la decisión más extrema de todas, revelar su identidad. Se levantó el velo y dejó su rostro al descubierto.

—Soy Lady Katherine Aldridge, es de imperiosa necesidad para mí hablar con Lord Shropshire.

El muchacho, que no parecía mucho mayor que ella, dudó por unos instantes. Le regaló un vistazo rápido para determinar si no mentía, y se percató del traje de luto que pese al recato era de buena calidad, al igual que los guantes y el chal. El posible origen de buena cuna coincidía con la vestimenta y las formas que la muchacha le obsequiaba. Además, la insistencia en ella comenzaba a agotarlo, y la ventisca que se colaba por la puerta se adueñaba de sus huesos.

—Déjeme ver si Lord Shropshire puede recibirla en este momento —dijo perdiéndose en el interior de la casa.

Katherine quedó a solas en la noche, y el frío que sintió no fue producto

del invierno, sino de su interior. La mansión de los Shropshire no le gustaba en lo más mínimo, era enorme, con más habitaciones de las que cualquiera pudiera llenar. Pero más que eso, de las que el anterior Lord quiso hacer. Dentro de esas paredes nunca habitó vida, era un edificio vacío de cariño, de vivencias agradables. Los que conocían a los Richmond sabían que la mansión ostentaba todo aquello de lo que carecía. Opulencia, magnificencia, riqueza, en contraposición a la pobreza fraternal, la soledad y el desprecio.

El antiguo Lord Shropshire parecía odiar a todos y a todo. A las fiestas solo se presentaba para poder criticar al día siguiente, y, aunque su hijo había demostrado ser el mejor en cada tarea que emprendía, nunca parecía ser suficiente. El desdén de ese hombre hacia Anthony, hacia su esposa, hacia todos, había dejado huella en el espíritu de los Richmond.

La muerte del Lord había sido vivida como una agradable noticia para muchos, y entre ellos, Katherine se incluía en silencio. Solo Sophie sabía de labios de ella que se había alegrado con su muerte, y le confesó que había leído el mismo sentimiento en los azules ojos de Anthony. Desde entonces, las cosas habían mejorado para el nuevo marqués, parecía que la vida había decidido, de un instante a otro, entregarle todo aquello que le había negado una y otra vez. Pero fue solo un breve espejismo, la muy sinvergüenza se había guardado una treta más en su galera y la había lanzado en el momento preciso. Lo peor de todo era que su hermano se había convertido en su marioneta ejecutora.

Christopher asumía toda la responsabilidad ahora, él, en complicidad con Penélope, se había encargado de sumir la vida de Anthony en la tristeza y el desprecio una vez más.

El estruendo de un vidrio al romperse la sobresaltó y la apartó de su monólogo mental. Por instinto, asomó la cabeza por la puerta de servicio. Estaba vacío. Había comenzado a quebrar las normas sociales al hacerse presente ahí en plena noche, romper otra más ya nada significaba. Se adentró un poco más, paso a paso, con sigilo.

—¡El maldito cobarde envía a su hermana! —escuchó la voz de Anthony seguida de otro estruendo. El corazón de Katherine se agitó en su pecho, sin lugar a dudas, su voz aún tenía efecto sobre ella, solo que ahora no era un sentimiento cálido, sino el más profundo temor.

La niña dentro de ella, esa que tanto se obligaba a dejar atrás, tomó

control. Quiso salir corriendo, dar media vuelta y refugiarse en su alcoba, huir de él. No lo hizo. Reconoció la esencia oculta de esa amarga sensación. Era un recurso instintivo, de supervivencia, temerle era mejor que amarlo sin ser correspondida.

La voz de Anthony volvió a ella, apenas pudo oír con claridad las palabras, aún se encontraba perdida en el laberinto de las emociones que él le provocaba. Tomó una gran bocanada de aire, tanto como el maldito corsé se lo permitía, y avanzó a tientas en la oscuridad, siguiendo los gritos de Lord Shropshire. La madera crujió bajo sus pies, continuó hasta que sus pasos quedaron ahogados en la alfombra, la presencia de la misma le indicaba la llegada a las habitaciones principales. Una luz lejana se transformó en su guía, unos cuantos pasos más la llevaron a metros de su origen, las sombras le indicaron el final del camino: El despacho de Lord Shropshire. Avanzó dispuesta a conseguir lo que había ido a buscar, y casi se da de lleno con el lacayo que huía despavorido de allí.

—Váyase, mi Lady, créame, no quiere entrar…

La sugerencia fue de lo más sincera, cualquier otro se hubiese valido de ella. Cualquiera menos Kathy.

—No se preocupe por mí… —las palabras murieron en su garganta cuando Anthony atravesó el umbral.

—¡¿Qué demonios significa esto?! —espetó dejando los modales de lado.

Al parecer, Katherine no era la única que rompía reglas esa noche. El aspecto del marqués se alejaba de lo que dictaba la etiqueta. Estaba en camisa, la misma desabrochada hasta la mitad de su pecho dejando ver el nacimiento del vello. Los pantalones de montar se ajustaban a sus largas piernas y terminaban en su tobillo desnudo. Iba descalzo y con el cabello alborotado.

—¿Quién demonios es usted? —increpó. Katherine no llevaba el velo, por lo que se sorprendió con la pregunta. La furia no le permitía al hombre asociar el suceso de los acontecimientos recientes a la presencia intrusa.

Demás estaba decir que la intromisión de una dama a una casa sin la correcta invitación no era algo que siquiera se pensara. Kathy consideró prudente recuperar su rol perdido, valerse de las normas sociales.

—Lady Katherine Aldridge —se presentó como si se tratara de una completa desconocida. Hizo una reverencia, y el vestido crujió por todas

partes.

Anthony abrió la puerta en todo su esplendor para permitir que la luz de la habitación iluminara el rostro de la muchacha. Intentó nadar en los recuerdos pasados para hallar en ellos la rememoración de Katherine. Le fue muy difícil contraponer las imágenes de dulce niña con el evidente cuerpo de mujer que se encontraba ante él. Fueron los rizos rubios rojizos sobre su frente los que le dieron la certificación que buscaba. En verdad era Lady Katherine.

—¿Kathy? —preguntó sorprendido, pero su estupor no duró demasiado, pues la ira arremetió una vez más al recordar de qué familia provenía. Lo buenos momentos del pasado ya no tenían peso alguno.

—¿Podemos tener unas palabras en privado, por favor? —solicitó. El lacayo seguía de pie en el medio de ellos, sin saber si debía continuar con su huida, salvar a esa señorita o echarla a patadas de allí. Miró a ambos, desconcertado.

La respiración embravecida de Lord Shropshire golpeó contra las paredes de la mansión y el piso pareció vibrar bajo los pies de todos los presentes.

—No —sentenció y volvió a su despacho. Cerró la puerta con violencia y a ese estruendo lo siguió uno más, había arrojado algo contra la madera.

Solo la más feroz tempestad podía compararse a su estado de ánimo, y solo una insensata enamorada tendría el valor de lanzarse al epicentro de dicha tormenta. Katherine no iba a marcharse hasta conseguir esas palabras con él, respiró profundo, se armó de valor y caminó a paso firme hacia el despacho. El lacayo la observó con un dejo de admiración, él no se creía capaz de acercarse a su señor cuando estaba de ese humor. El resultado final de la noche comenzaba a transformarse en una actividad plagada de entretenimiento para el joven. Evaluó los posibles resultados, ninguno de ellos ponía en real riesgo a su empleo, y le liberó el paso a la muchacha. Lo que le sucediera quedaba bajo su exclusiva responsabilidad.

No llamó antes de abrir, no tenía intenciones de que le arrojaran algo por la cabeza, porque esa posibilidad no estaba descartada y, la verdad, no lo culpaba. Sin ir más lejos, no habían pasado demasiadas horas desde que quiso hacer lo mismo con su hermano.

—Anthony —lo llamó dejando las formas atrás, se valió de la confianza de la niñez.

Pero no, no había más lugar para confianza entre ellos. Todo se había roto.

—Lord Shropshire para ti.

Esas palabras, plagadas de intenso desprecio, fueron como un sin fin de dagas en su corazón. La garganta se le cerró ante la tristeza repentina.

—De acuerdo, mi Lord, si así lo desea…

No. Anthony no lo deseaba, lo que él anhelaba era que nada hubiera pasado entre ambas familias, que la amistad continuara intacta. Quería volver a confiar en las personas que decían quererlo, pero todo eso había sido dinamitado con la traición de Christopher. ¡Maldito traidor! Y ahora debía soportar a su hermana, a su sangre. ¿Con qué derecho se presentaba en su hogar después de lo que su hermano había hecho?

La observó e intentó que el rencor también la alcanzara. No tuvo que esforzarse demasiado cuando vio los ojos celestes tan parecidos a los de su amigo. Era una Aldridge de pies a cabeza, era todo lo que odiaba. Pero a través del velo del rencor, pudo notar algo más. Lady Katherine ya era una mujer, una mujer cuya belleza rozaba el absurdo, y esa belleza le estaba robando las palabras, se estaba interponiendo entre él y el caudal de su furia. Katherine Aldridge era una repentina bocanada de aire fresco. Respiró, disfrutó de ella, y se maldijo en silencio al instante por tener esos pensamientos, no podía mostrarse débil frente a ella. Ya sabía lo que hacían los Aldridge con la debilidad. No iba a dejarse manipular por sus encantos. La maniobra desesperante de Christopher comenzaba a trazar las primeras pinceladas en la mente Anthony.

—Lo que deseo es saber qué haces aquí —dijo rompiendo el hechizo que se había apoderado de él por unos segundos.

—Intento hacerlo cambiar de parecer respecto al duelo, mi Lord.

—¿Así que Christopher envía ahora a su dulce hermana a hacer el trabajo? Su cobardía no deja de sorprenderme.

—No me ha enviado, mi Lord, he venido por mi cuenta. Nadie sabe que estoy aquí, de hecho, si no es mucho pedir, me gustaría que mi presencia en esta casa quedara como un mutuo secreto.

Anthony fijó sus ojos azules en ella y reparó en el traje de viuda, en el velo que ahora estaba echado hacia atrás. No pudo evitar reparar en varios detalles más, como que el vestido le iba demasiado ajustado, que el chal había caído un par de centímetros y revelado algo de piel del escote, que los

senos empujaban la tela y clamaban ser liberados. Sus manos querían cobrar vida para recorrer cada una de sus curvas, toda ella era una irresistible tentación.

Se sintió extraño cuando la sensación de deseo lo embargó, pero en vez de motivarse a la acción contraria, continuó haciendo una evidente exploración visual, el reconocimiento de sus rasgos le resultaban tan familiar como ajeno. Los pómulos marcados, los labios llenos, la nariz algo respingona. No era la Katherine Aldridge que recordaba, no lo era en absoluto, había crecido demasiado desde la última vez que la vio. El pensamiento inevitable salió a flote.

—¿No temes que tu reputación salga herida por esto? —preguntó con doloroso sarcasmo, no podía creer la bajeza de Christopher, utilizar a su hermana para librarse de sus pecados. El desprecio creció en él y se hizo palabra —, no, claro que no, a los Aldridge la reputación les importa muy poco, ni la de ustedes, ni la de los demás.

—Lo siento, mi Lord… lo…

—¡Ya deja de llamarme mi Lord! —se molestó, pese a haber sido él quien exigió ese trato. Lo enervaba, como lo hacía el título en sí. Lord Shropshire… le recordaba a su padre, aún tras su muerte, la sombra de su desdén lo perseguía y le susurraba al oído que nunca sería lo demasiado bueno para ostentar el marquesado. Si el viejo Lord viviera, se hubiera muerto ese mismo día ante el escándalo. La idea casi lo hace sonreír. Casi. Ni ver dos veces morir a su padre le compensaría la satisfacción de ver morir a Christopher.

¡Manchar a su madre! ¡A su madre! Que era lo único bueno que tenía en la vida, y su amigo lo sabía. Lo sabía, maldita sea.

Katherine interpretó el silencio en él, no era muy difícil unir las piezas de su desbordado pensamiento. Ella conocía lo único importante en la vida de su amado Lord, y eso era lo que había sido dañado. Bajó la mirada por unos segundos antes de alzarla con renovada fuerza.

—Lo siento, Anthony, no sabes cuánto lo siento —se lamentó—, por favor, no te pido que lo hagas por mi hermano, te lo suplico por ti. —Se acercó a él con pasos pequeños y cautelosos, ya no había lugar alguno para el temor, su corazón había tomado el control, y su corazón velaba por él.

La voluntad se le hacía añicos a medida que podía ver con mayor claridad el daño infringido por Christopher. La mirada de Anthony brillaba

por la ira, y el rictus severo se dibujaba en sus facciones, esas que ella hallaba tan bellas antaño.

Aún lo hacía, solo que ahora le recordaba demasiado al viejo Lord Shropshire, lleno de odio y desprecio. También su aspecto descuidado la hacía titubear, no se suponía que estuviera tan cerca de un hombre que no llevara la camisa abrochada ni las botas cubriendo sus pies.

Un cosquilleo extraño, distinto a todo lo que había experimentado, se instauró en su vientre. El deseo de pasar sus dedos por ese pecho firme que se entreveía por debajo de la tela, acariciar la mandíbula y alivianar la tensión, besar esos labios que ahora se veían como una delgada línea por el enojo. Los ojos se le llenaron de lágrimas de pena al recordar el modo en que Anthony sonreía, los hoyuelos, la forma en que su boca dibujaba dos hermosos paréntesis a los lados para enmarcar los labios.

—¿Por mí? ¿Ahora te preocupas por mí? ¿Sabes el daño que ha hecho tu hermano? ¡¿Lo sabes?! —Ante la repentina cercanía, el encuentro de miradas fue imposible de evitar.

—Sí… lo sé. —La sinceridad, la compasión y algo más, algo irreconocible para Anthony, brilló en los ojos de Katherine.

—Sí, lo sabes, como también lo sabe todo Londres, toda Inglaterra. ¡Maldito Christopher! —y arrojó un pisapapeles contra la pared, solo así pudo rehuir de su mirada. El piso estaba lleno de objetos que habían sido lanzados durante la noche.

—Anthony, te lo suplico, no lo mates. Eso no cambiará nada, solo empeorará las cosas y lo sabes. La venganza te envenenará y… —Había ímpetu en su discurso, un ímpetu que había desplazado a Christopher de lugar para colocarlo a él como protagonista.

—¿Y? ¿y qué? No se puede estar peor que esto, Kathy.

El uso de su diminutivo le infundió las fuerzas necesarias para recorrer los últimos metros que los separaban. Apoyó su mano enguantada en el antebrazo de él y alzó el rostro para permitirle ver la sinceridad que ella le entregaba. Quería entregarle más, confesarle más. Tal vez él podía atravesar la barrera de su silencio y leer en su mirada aquello que no se atrevía a decir. Tal vez...

Ese tal vez consiguió lo que deseaba, por un momento, tan solo por unos segundos, Anthony se permitió nadar en el brillo inmaculado de sus ojos para creer en ella y en la verdad de su presencia.

Todavía existe gente que te ama, en quien puedes confiar...

Esa muestra de debilidad lo llenó de odio hacia sí mismo. Un simple contacto era suficiente para cambiar el cauce de su furia. ¡Dios, era patético! Era tan patético como solía decir su padre.

«Te estoy educando para que seas un buen marqués», con eso justificaba la indiferencia y la rudeza. Ahora entendía que Lord Shropshire había tenido razón, él era un blando que se había dejado pisotear por sentimentalismos baratos. Tan necesitado de afecto estaba que cayó en las redes de un falso amigo y una falsa prometida.

Tomó distancia de ella, la cercanía de Katherine despertaba en él todo el desprecio, pero también algo más. Le llegó su perfume a lavanda y desde allí tenía una vista perfecta del escote que parecía reventar el vestido de luto. Era la versión más pura de Lady Katherine Aldridge, era su verdad, una mujer que vivió demasiado tiempo atrapada en las normas como si fueran ese rígido corsé, que postergó la madurez por las reglas del luto a su padre, y ahora buscaba romper esas barreras, como su cuerpo pujaba para rasgar el crespón.

—No hay nada que puedas hacer, Katherine —dijo al fin, y su voz sonó ronca por el deseo y la desesperación—. No hay justicia para estas ofensas, no hay remedio ni salida. Créeme, llevo horas buscándolo. Solo queda poner a prueba el honor. Un honor que tu hermano no tiene y que yo demostraré al mundo.

—¿Honor? Eso no es honor, eso es pura ansia de venganza.

—Llámalo como gustes...

—No, yo no quiero ponerle un nombre, quiero ponerle un fin.

—Lo siento, Kathy, eso no va a suceder.

Era un maldito y hermoso necio. Pero si de necedad se trataba, ella podía ganarle, y podía hacerlo porque el fuego que avivaba ese sentimiento era el amor que sentía por él.

—Que sea venganza, entonces, pero una que no te mate a ti —clamó Kathy. Dejó que los sentimientos fluyeran con la esperanza de que le llegaran al corazón, si es que aún tenía uno.

—Creí que hablábamos de tu hermano —murmuró entre dientes—, no quieras dar vuelta las cosas, no estás aquí por mí, estás aquí por él. Los Aldridge ya me demostraron su egoísmo, no tropezaré dos veces con la misma piedra.

—Yo no soy mi hermano…

—Y por eso mismo no me sirves —espetó.

—Haré lo que sea, Anthony, lo que sea para que cambies de parecer y demostrarte que estás equivocado, que no hay una gota de egoísmo en mis ruegos. Te lo suplico —agregó y, dejando la dignidad a un lado, se puso de rodillas ante él y por él. Toda ella clamaba por la entrega total.

La lujuria golpeó a Lord Shropshire más fuerte que el resto de sus sentimientos. La imagen de Katherine a sus pies despertó cada fibra de su ser, ya nada le impedía observar las curvas de la muchacha, ni el brillo de sus ojos tan cerca de su cintura. La inocencia de ella, que no se percataba del cambio de su cuerpo, no hizo más que alimentar la hoguera que comenzaba a incendiar las paredes del alrededor. Quiso reclamarla, tomarla allí mismo, sobre el desastre que era su escritorio, sobre los restos de copas rotas, de papeles desparramados, de tinteros volcados. Quiso hacerla suya como jamás deseó otra cosa en su vida, como jamás deseó a Penélope.

Comprendió que quizás, y solo quizás, existía algo en el mundo que le diera mayor satisfacción que ver morir a Christopher. La idea comenzó a tomar forma en su mente, entendió que podía obtener venganza y placer. Se las cobraría, lo haría con la misma moneda. Se aseguraría de que el escándalo manchara a los Aldridge también, y entonces el plan de Lord Sutton no tendría resultado, tampoco se podría casar con Lady Penélope… todo mientras él disfrutaba del dulce cuerpo de Kathy.

Kathy. Saboreó su nombre con antelación, y se lamentó los años de ceguera. Los años de amistad que le impidieron ver a Katherine como una mujer. Siempre había sido la pequeña hermana de su amigo para él, la niña inocente a quien debía proteger como si fuera su propia sangre. Ya no le debía ese respeto, y ahora, sin la venda del cariño cubriéndole los ojos, veía lo que se había perdido todo ese tiempo.

—¿Harás lo que sea? —repitió la promesa, y su voz la hizo temblar—, ¿estás segura? Porque no pienso quedarme sin el placer de mi venganza.

—Lo sé, por eso estoy aquí, en plena noche...

Katherine sabía que con esas palabras abría un abanico de múltiples posibilidades para el Lord.

—Y si no cumples —continuó— entonces lo hará tu hermano.

—También lo sé—confirmó ella—, pero eso no va a suceder. Puedes no confiar en mi palabra, pero puedes...

—No, jamás volveré a confiar en la palabra de un Aldridge —la

interrumpió—, pero sí puedo confiar en otra cosa —Hizo una pausa para gozar del sabor de su nueva y deliciosa venganza, sabía a lavanda—, puedo confiar en tu cuerpo.

El corazón de Katherine latió tan fuerte dentro de su pecho que sus latidos coronaron los planes de Anthony.

—Serás mi amante —sentenció—, ya que no parece importarte tu reputación, al punto que has venido a una casa de un hombre soltero, en mitad de la noche, sin compañía. Pagarás la reputación Richmond con la Aldridge. Refregaremos por el fango a los dos, además de las sábanas, claro está.

Katherine lo miró horrorizada, y él le regaló una sonrisa llena de maldad y deseo. Se puso de pie y buscó poner distancia entre ambos. Anthony la tomó del brazo y le impidió alejarse más.

El calor de esa mano atravesó las capas de tela y le erizó la piel. Alzó la vista hasta fijarla en los ojos de él, para hallar dos zafiros que refulgían de odio… de odio y algo más.

No se creía capaz de aceptar su propuesta, porque sabía que no solo le entregaría el cuerpo, sino también el corazón; y Anthony profanaría ambos, hasta dejarla en una ruina que iba más allá del nombre, del título, del lugar en la sociedad. Destruiría por completo su alma.

Lo deseaba, su cuerpo respondía a la cercanía, despertaba con sensaciones nuevas que la convulsionaban. No sufriría la entrega, sufriría el final.

—Veo que eres incapaz de mantener tu palabra, podría decirte que me decepciona, pero la verdad es que no… es lo que espero de una Aldridge —la desafió.

Y en ese desafío, en ese duelo repentino, ella estaba dispuesta a participar. No dudó, sus ojos hicieron un nuevo recorrido hasta llegar a los de él, y ante ellos, ante su atenta mirada, tomó el guante imaginario para corresponderle. Quería besarlo en ese mismo instante y jurarle que era capaz de aguantar esa humillación y muchas más si con eso lo convencía de salvarse, de mantenerse entero para el futuro. Porque lo sabía, después de ella, después de que lo sanara, Anthony encontraría otra mujer, una digna del marqués de Shropshire, y esperaba que fuera esa anónima esposa la que completara la misión. No importaba lo que quedaría de ella, al fin de cuentas, no podía imaginarse con otro hombre. Aceptaba el costo de un corazón hecho

pedazos, lo aceptaba sabiendo que su piel albergaría el contacto con la de Anthony hasta el fin de sus días.

—Si me das tu palabra de que no matarás a Christopher, acepto tu propuesta.

La convicción en Kathy encendió aún más el fuego en él. Quería probarla de todas las formas posibles y para ello debía establecer de manera clara las reglas.

—Bien, pero antes debo asegurarme de dos cosas, una: no me engañarás, eres capaz de llevar esto hasta el final. Dos: debo comprobar que vales la pena, porque créeme, deseo mucho matar a tu hermano, y el deseo que despiertes en mí tiene que pesar mucho más que eso. ¿Qué me respondes a ello, Kathy?

La furia mezclada con el pudor la hicieron sonrojar. Anthony estaba siendo demasiado injusto, ella no era la culpable de sus males y, aunque se había presentado dispuesta a todo por él, no creía ser merecedora de tanto desprecio. Pero no iba a obsequiarle la satisfacción del éxito, ni con ella ni con su hermano. Sin proponérselo, los aires de provocación escaparon de sus labios.

—Uno: No te engaño…ni te engañaré. Dos: Sí, valgo la pena.

Y la provocación llegó al puerto indicado.

—Pruébalo.

—No.

—Maldita embustera. —La provocación también hizo su parte en Anthony.

—¿Embustera? No, mi Lord. —Un inesperado juego dio inicio entre ambos— ¿Qué prueba tengo yo de que no me humillarás y, aun así, en unas horas, irás a matar a Christopher? —rebatió con más valentía de la que sentía.

—Listilla, no pienso cobrarme esta noche, no tienes nada qué temer… además, ambos sabemos que aquí los únicos que cumplen con su palabra son los Richmond.

La puja le dolió más de lo que quería admitir.

—Entonces…

—Entonces me mostrarás lo que estoy comprando con mi misericordia. Desnúdate —ordenó—, déjame ver tu cuerpo para comprobar que no lamentaré mi decisión.

Katherine no se atrevía a cortar el contacto visual. ¿Dónde había

quedado Anthony, su Anthony, el hombre del que se había enamorado? Detrás de esos ojos azules no habitaba el amigo que supo conocer, era un extraño, un extraño que conservaba el poder de hacerla temblar de deseo.

Anthony se encogió de hombros y se alejó para apoyarse en el escritorio de caoba. Entre los deshechos, se hallaba la pistola que usaría contra Christopher. Kathy sintió cómo sus ojos se anegaban de lágrimas, estaba atrapada y ella misma había tendido la trampa.

Un rumor por otro rumor. Un escándalo por otro escándalo... Y eso se reducía a la entrega de su cuerpo. Christopher había conseguido su sentencia, y ella, la suya.

—Lo siento… —comenzó a decir.

—Lo imaginé —dijo él con el desprecio característico de una persona que ha caído en el pozo de los anhelos más oscuros.

—No, no es eso, es que no puedo hacerlo sola. Los botones, el corsé… —balbuceó—, Sophie, ella es quien…

La idea de ser él quien la desvestía lo recorrió como un rayo. Si no fuera por su experiencia con mujeres, se hubiera puesto a temblar por la expectación. Se acercó y el deseo de besarla en los labios lo abrumó. No lo haría, por supuesto que no, eso era algo que se guardaría para después.

Katherine le dio la espalda, corrió el chal y el velo para darle acceso a los botones. Su cuello, largo y blanco, quedó al descubierto, y Anthony no contuvo el impulso de acariciarlo.

Sus dedos ágiles comenzaron a trazar el sendero descendente por la espalda de la muchacha, descubriendo la camisola blanca de lino. Los lazos del corsé quedaron a la vista y los desató sin dilataciones. El suspiro que largó Kathy fue mezcla de alivio al verse liberada de la cárcel de prendas y de placer. Sentía las manos del hombre acariciarla con una ternura que no era propia de las circunstancias.

El frío de la noche no pareció tocarla cuando Anthony hizo a un lado el vestido de crespón y desnudó sus hombros. Le pareció sentir el roce de unos labios sobre la piel descubierta, pero cuando se giró, el rostro de Lord Shropshire no estaba allí.

Los ojos azules de Anthony irradiaban un calor que atravesaba cualquier barrera que pudiera poner Kathy. Le llegaban hondo y le permitían fantasear con que aquello no era una venganza, sino la más cruda pasión.

En ese instante, en el que el corsé se abría y su cuerpo se traslucía por

debajo de la camisola, no existía el odio, el rencor… no había lugar para Christopher ni Penélope. Eran hombre y mujer, eran deseo, fuego… era el amor de ella que llenaba el ambiente.

—Alza los brazos —pidió Anthony con la voz gutural, y Katherine comprendió que sí, que debajo del hielo aún existía ese hombre del que se había enamorado. Ese que se había robado su corazón cuando tan solo era una niña.

Le hizo caso y sintió cómo las manos de Lord Shropshire le recorrían el cuerpo arrastrando la prenda hasta sacarla por su cabeza. Se llevó el velo también, y algunas horquillas se soltaron y dejaron los mechones rubio rojizo de su cabellera en libertad.

Solo los pololos y las medias la separaban de la completa desnudez. No se atrevió a voltearse y permitir que Anthony viera el modo en que sus pechos respondían a sus caricias. Lord Shropshire tomó los mechones que caían en seductoras ondas y los llevó a su nariz para aspirar el aroma a lavanda que emanaban. Su respiración, su aliento hicieron a Katherine estremecer.

—¿Tu doncella también te ayuda con el resto? —preguntó de un modo que creyó mordaz, pero que en realidad pedía clemencia. No podría arrodillarse a su lado, quitar los pololos y las medias, y contenerse para no hacerle el amor en el suelo frío de su despacho.

Su pene latía en los pantalones y pedía a gritos que le diera sosiego. No sería esa noche, como bien había dicho, los Richmond eran hombres de palabra.

Katherine cerró los ojos al escuchar el desprecio, y manteniendo los párpados unidos volteó hacia él. Por eso no pudo ver la expresión de pura lujuria de Anthony, por eso no pudo comprender el poder que tenía sobre él en esos momentos.

Desató el lazo de su pololo y lo arrastró por sus piernas. Cuando iba a hacer lo mismo con las medias, Anthony la detuvo.

—Así… —clamó. Así era como la quería, perfecta, desnuda, llevando solo las medias de seda en sus largas y torneadas piernas. Imaginó cómo se sentiría cuando le rodeara la cintura con ellas y la piel se rozase con la tela en cada embiste.

Memorizó cada rincón de su cuerpo, el tono que la piel clara tomaba a la luz de las velas, el vello de entre sus piernas que escondía un manjar que

pronto saborearía, la cintura tan estrecha que aún sin el corsé era capaz de rodear por completo con sus manos.

—Ya vi suficiente —dijo con frialdad, con una frialdad que destilaba mentira. Kathy seguía con los ojos cerrados, pero sus labios estaban apenas abiertos para permitirle respirar. Sus senos la delataban, y Anthony gruñó por la frustración. Apretó los puños a ambos lados del cuerpo y recurrió a toda su fuerza de voluntad para no lanzarse sobre ella y comprobar si el deseo se evidenciaba en el centro de su femineidad.

Casi pudo sentir el sabor en la punta de su lengua, y se relamió sin darse cuenta de lo que hacía. Katherine al fin abrió los ojos, sus pupilas abarcaban más y los hacían ver cálidos, amorosos. Anthony quiso creer esa mentira, realmente lo quiso.

Le sorprendió no hallar lágrimas, ni reclamos. Casi esperaba que lo abofeteara, pero Lady Aldridge juntó sus prendas, junto con su dignidad y comenzó a vestirse.

—¿Tenemos un trato? —preguntó, y Anthony pudo jurar que su voz sonó como la de un ángel, como la de un ángel que lo invitaba al infierno. La muchacha le dio la espalda para que la ayudara con el corsé y los botones.

La agilidad de minutos antes se evaporó. No tenía ningún incentivo para vestirla, como había tenido para desvestirla, quería tenerla ante él todo el tiempo que pudiese. Ya la sentía su propiedad.

Katherine Aldridge le pertenecía.

—Tenemos un trato.

Capítulo 3

El alboroto en la casa de los Aldridge se hizo sentir y sacudió el suelo de la alcoba de Katherine. No la despertó, no había podido pegar un ojo en toda la noche.

El recuerdo de Anthony estaba grabado a fuego en su mente… y en su cuerpo. Todavía palpitaba por un deseo que le resultaba ajeno. Sus sentimientos hacia Lord Shropshire fueron siempre puros, los de una niña que anhelaba un imposible. Eso había cambiado unas horas atrás, ahora lo amaba como solo una mujer puede amar a un hombre y supo que el dolor sería mil veces peor de lo imaginado.

Nada la había preparado para las sensaciones vividas. Las novelas poco revelaban al respecto. Quiso hablar con Penélope, como solía hacer antes, cuando eran solo amigas, preguntarle si sus sentimientos hacia Christopher eran de esa magnitud, si su cuerpo parecía cobrar vida con su simple cercanía.

Si era así, quizá llegaría el día en que pudiera perdonarla… quizá. Solo si Anthony era feliz sería capaz de contemplar los sentimientos de alguien más, incluso los suyos.

Se arrastró fuera de la cama y se rodeó con una pesada chalina antes de abrir la puerta y enterarse de qué había pasado. Sentía un nudo en la boca del estómago, un nudo que se lo provocaba Anthony y su promesa. Confiaba en él, en que mantendría su palabra a cambio de… a cambio de que fuera su amante.

No lo lamentaba del todo, era un trato justo, su reputación por la de él. De todos modos, pensó Katherine con pesar, no tenía intenciones de casarse con nadie que no fuera él, la soltería era su destino antes del acuerdo entre ellos y lo seguiría siendo después.

Tomó un candelabro y bajó los peldaños. Se chocó con uno de los sirvientes que casi corría por el pasillo, el muchacho se disculpó, pero no esperó el permiso de ella para continuar con su andar apresurado. De nuevo el miedo la aguijonó y se vio ella misma corriendo hacia la planta baja.

—¿Qué ha pasado?

—Chris está herido —lloró Amelia. Penélope se abrazaba a la mujer, y era imposible determinar quién sostenía a quién.

—¿Cómo? —preguntó, sorprendida. Anthony le había fallado…

Era incapaz de contemplar esa posibilidad, no. Él nunca le fallaría, ¿acaso el odio ya le había ganado? ¿había perdido la batalla antes de que comenzara?

Se apresuró hacia la antigua recámara de Christopher, y su madre intentó detenerla. Eso sería imposible.

—No es apropiado —llegó a decir Lady Amelia, pero fue desoída.

«Si supieras, madre, si supieras cuántas cosas inapropiadas soy capaz de hacer». Los hombres a medio vestir estaban prohibido para las mujeres, incluso si estos eran sus familiares. Pero ella ya había visto a un hombre casi sin ropa, uno que no era su sangre, uno que quería hacerla su amante.

La puerta de la habitación estaba abierta, eso le permitió divisar los paños llenos de sangre que su antiguo ayudante de cámara había dejado a un lado. Otro lacayo colaboraba haciendo presión en la herida, mientras un sirviente se acercaba con un pote lleno de agua hirviendo para desinfectar la zona.

Katherine se hizo a un lado para no estorbar, se adentró apenas unos metros en la recámara y observó el trajín desde un rincón. Los ojos de Christopher, llenos de dolor, se fijaron en ella y la miraron con pesar… pero fueron sus palabras las que la dejaron sin fuerza.

—Me ha perdonado la vida —dijo Lord Sutton, como si no pudiera creérselo.

La realidad comenzó a cobrar sentido ante ella. Chris estaba herido, sí, pero era apenas un roce de bala en el brazo derecho. Los hermanos Aldridge lo sabían, si Anthony lo hubiera querido muerto, no hubiese fallado.

Lord Shropshire nunca fallaba, y Kathy lo entendió… le prometió no quitarle la vida a cambio de que fuera su amante, pero nada dijo de no herirlo. Los sentimientos fueron tantos que se cubrió la boca para ahogar cualquier queja y se permitió hacer algo que, frente a Anthony, no pudo: lloró. De alivio, de desesperación… lloró al verse atrapada en un trato que la condenaría. Lloró al anhelar a Anthony con tanta fuerza y al amarlo con esa magnitud.

Era su turno ahora de demostrar que los Aldridge también mantenían la palabra, que eran de fiar. Era momento de enseñarle a Lord Shropshire por qué los Sutton se casaban por amor, porque no existía nadie mejor que uno de ellos para demostrar que ese sentimiento existía. Katherine se lo probaría, con el corazón y con el cuerpo, y cuando al fin lo hiciera, ambos serían libres de llevar la vida que tenían destinada. Anthony se casaría con una buena marquesa y ella… ella pasaría los días sola, enamorada y lejos de él.

Lady Amelia era un manojo de nervios. Cada mínimo ruido la sobresaltaba, los puntos de su bordado estaban tan apretados que tuvo que arrojarlos a un cesto y dar la labor por perdida.

Katherine le hacía compañía lo mejor que podía, pero su estado no era mejor que el de su madre. Estaba ansiosa, y no sabía cómo tomarse la quietud de esos días que en nada se diferenciaban de los anteriores. El encierro y la monotonía seguían siendo sus compañeras de tardes. Anthony no había hecho ningún movimiento, no le había escrito ni citado para terminar lo que comenzaron en su despacho.

¿Habría dado la deuda por saldada luego de herir a Christopher? Lo dudaba. Había visto el fuego en su mirada, la determinación de cobrárselas. Por primera vez en la vida, cada vez que pensaba en Lord Shropshire la abrumaba, además del amor, el temor.

Lady Amelia solicitó que les sirvieran el té en la sala de estar, le pidió a su hija que tocara el piano para distenderla, pero luego de que desentonara todas las melodías interpretadas, terminó por rogarle que dejara la música

para otro momento.

Solo se sentía el crepitar del fuego en la chimenea. Ni siquiera el trajín de Londres a esas horas parecía colarse en la casa de los Sutton. El ama de llaves trajo la bandeja y la apoyó en la pequeña mesa junto a Lady Amelia, luego, y como era costumbre, alcanzó otra similar, de plata y más pequeña, con la correspondencia del día y el diario.

Katherine se impulsó sobre la misma de una manera tan poco decorosa que le granjeó una reprimenda de su madre.

—Kathy, por Dios, me pones los nervios de punta.

La muchacha se disculpó con un gesto mudo, de todos modos, revisó las notas recibidas de manera apresurada, temerosa de hallar entre ellas el sello del marqués de Shropshire.

Se resignó al no encontrar nada para ella, Anthony parecía ignorarla por completo y no sabía por qué eso se sentía tan mal. Era lo mejor, que todo quedara olvidado, una noche indecorosa y nada más.

—¿Alguna noticia? —preguntó Kathy a su madre.

—Varias, por desgracia… puedo asegurar que extraño la paz del campo. Londres está haciendo mella en mis nervios.

—Podemos irnos —propuso Katherine con esperanza. Alejarse, huir… y confirmarle a Anthony que los Aldridge no cumplían con las promesas.

—No, querida, no nos esconderemos. Eso solo dará más que hablar. Ya todos murmuran sobre el inminente compromiso de Christopher con Lady Penélope, y de los rumores sobre Lady Shropshire. Estamos en boca de todos.

—No nos llevamos la peor parte —murmuró con pesar. Lord Shropshire sin duda quedaba peor parado, sin contar su madre quien jamás sería bien recibida en la sociedad de nuevo.

—Kathy… —Lady Amelia se puso de pie para poder sentarse junto a su hija—, sé que aprecias mucho a Lord Shropshire, todos lo hacemos, pero no podemos dividirnos entre nosotros. No estoy de acuerdo con lo que hizo Chris, pero el amor… el amor es así… ya lo entenderás cuando lo sientas.

Las palabras de su madre se le clavaron como espinas en el corazón. Ella ya sentía ese amor, lo sentía en cada rincón de su ser, y por eso era que no podía perdonar a su hermano pese a quererlo y comprenderlo.

—Como tú digas, madre —contestó sin ánimos de seguir con esa conversación.

—De hecho, entre tantas malas noticias, hemos recibido una buena.

Lady Ross nos ha invitado a su fiesta de apertura de temporada.

—¡Madre! ¿Cómo piensas en fiestas en estos momentos?

—¿En qué quieres que piense? Tengo dos hijos, Kathy. Christopher pronto se casará, ¿y tú? Es justo que también encuentres un caballero de quien enamorarte y con quien puedas formar una familia.

—Por favor… —rogó que se detuviera. La impotencia se adueñaba de Katherine con el paso de los minutos, ella ya estaba enamorada y no deseaba entregarse a nadie más que no fuera Anthony. El futuro se le presentaba gris como el cielo de Londres esa tarde.

—Tu debut se postergó por el luto, no podemos dejar pasar más tiempo, ¡tienes dieciocho años! En dos temporadas más, ya quedarás para vestir santos. Lady Ross hará un evento no muy ostentoso, por lo que podremos dejar las normas del medio luto.

—¿Tengo opción? —inquirió molesta. Conocía la respuesta, no, no tenía opción. Una señorita de sociedad debía hacer lo que le ordenaba su padre hasta hacer lo que le ordenara su esposo. Quizá la soltería no se presentaba como algo tan triste y oscuro.

—Esperaba que esto te animara un poco más.

—Y esperabas, también, que yo fuera el centro de atención para quitarle un poco a Christopher —dijo con todo el rencor que llevaba almacenando esos días.

—Eres muy injusta, Katherine —le recriminó—. Muy injusta.

Kathy no sintió culpa por haber herido los sentimientos de su madre. Si tan solo supiera cuán injusto era todo para ella… a lo que había accedido para salvar la vida de su hermano. No podían hablarle a ella de justicia.

El resto de la tarde se dio en un incómodo silencio. Katherine ocupó su mente con la lectura. La cena no fue mejor, cuando Lady Amelia le informó que al día siguiente saldrían de compras para completar el atuendo para la fiesta, buscó una excusa y se refugió en la recámara.

No quiso pensar en Anthony, no quiso… pero fracasó.

El coche con el escudo de los Sutton en ambas portezuelas se hizo presente a la hora acordada para llevarlas a la fiesta de Lady Ross.

Amelia no dejaba de hablar un segundo por los nervios, acrecentando el dolor de cabeza en Katherine. Sophie había sido gentil en esa ocasión con el corsé pese a las réplicas de su madre respecto a que todo debía ser perfecto

esa noche.

Lady Ross era una vieja amiga de los Aldridge, y al enterarse del escándalo que los rodeaba por la ruptura del compromiso de Lady Penélope y su inminente nuevo matrimonio, se había ofrecido como anfitriona de modo de acallar un poco las lenguas… o quizá, avivarlas. Nunca se sabía qué esperar del aburrimiento de la nobleza. De todos modos, los había invitado e incluido a Kathy con el fin de que comenzara la temporada de caza de maridos.

Katherine no se sentía cómoda en el vestido claro que había elegido su madre por ella, repleto de cintas por doquier y con un recatado escote que resaltaba apenas la madurez de sus senos. El blanco sería para el debut oficial en Almack's, el que esperaban se diera pronto, con eso la lanzarían de una vez por todas al mercado matrimonial.

Todo comenzaba a tomar la forma de farsa en la mente de Kathy, y sumado a sus nervios y enojo constante, no ayudaba en nada a su humor de por sí fogoso.

—Espero que recuerdes cómo ocultar esas contestaciones, o espantarás a todos los hombres —fue la última advertencia de Amelia en el carruaje antes de que un lacayo abriera la portezuela y las ayudara a bajar.

Lord Sutton y Lady Penélope aguardaban por ellas en el salón de baile. El calor del interior de la mansión de los Ross golpeó el rostro de ambas mujeres y consiguió que las mejillas de Kathy comenzaran a sonrojarse. Amelia lo confundió con timidez y le sonrió para darle ánimos. Esa era la imagen que querían dar, la de una recatada jovencita de sociedad, tímida, insulsa y dispuesta a mostrarse sumisa ante los hombres.

En la mente de Kathy solo se repetía la imagen del despacho de Anthony y lo lejos que estaba de ser esa que su fachada indicaba.

—Ven —ordenó Amelia cuando ya estaban junto a Lord Sutton—, vayamos a saludar a Lady Ross.

Kathy se dejó arrastrar por su madre.

—Lady Sutton —saludó la anfitriona—, Lady Katherine, ¡cuánto has crecido!

—Lady Ross —Hizo una reverencia—, gracias. Se la ve muy bien. —Halagó la mansión, la fiesta, el servicio, tal como le habían enseñado y la mujer quedó satisfecha con la muchacha.

—He invitado a un par de hombres que pueden ser buenos partidos —

dijo en confidencialidad hacia Amelia—. El vizconde de Conward creo que es el más apropiado, pero la competencia por él esta temporada está en alza… ya saben, desde que los dos solteros más codiciados han dejado de estar a disposición.

El estómago de Kathy se estrujó ante la mención. Los solteros más codiciados eran su hermano Christopher, ahora prometido con Lady Penélope, y… Anthony.

Quiso refutar que Lord Shropshire aún estaba disponible, y casi lo hace, pero la mirada de su madre la congeló en el acto. Amelia podía tener un temperamento tan fuerte como el de su hija.

Conversaron un poco más, entre mujeres, sobre quiénes eran los mejores candidatos para la muchacha, y luego pasaron a la tortura de presentarle a cada uno de ellos. Una hora después de llegar, el carnet de baile de Lady Katherine estaba casi lleno, tan solo los valses permanecían vacíos, pues como no había sido aprobada por Almack’s aún no podía bailar esa sensual melodía en particular.

Cuando fue el turno de Lord Conward de reclamar su pieza, Amelia brilló de expectación. El vizconde era un hombre joven y bastante apuesto, sus modos eran correctos y observaba con bastante deleite a Kathy. Esperaba que el muchacho se enamorara de su hija, pues no había renunciado al anhelo de que también ella hallara el amor en el matrimonio.

La contradanza se les daba bien a ambos, quienes compartían algunas miradas en los momentos en que la pareja volvía a encontrarse según la melodía lo indicaba. Hacían una linda pareja.

—Permítame acompañarla por un refrigerio —se ofreció Lord Conward y la llevó junto a la mesa en la que había algunos bocadillos y limonada.

Lady Ross mantenía la etiqueta en sus fiestas, en las cuales la ostentación no estaba presente por considerarse de mal gusto. Si bien ofrecía ponche y algunos delicatesen, se ajustaba a las normas de Almack’s de no ofrecer alcohol.

Katherine tenía una copa con limonada en la mano y buscaba, sin ser descortés, deshacerse de la presencia de Lord Conward. El vizconde no parecía un mal hombre, y por eso no tenía ninguna intención de retenerlo a su lado cuando sabía que era en vano alentarlo. Lo mejor sería que dirigiera su interés hacia alguien más dispuesto que ella. Lady Miranda parecía estarlo. Hizo el intento de hacérselo ver, pero el silencio que inundó el salón cortó

incluso esa conversación banal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, curiosa, e intentó alzar la vista por sobre el centenar de personas que se agrupaban en el salón de baile de Lady Ross. Lord Conward, varios centímetros más alta que ella, logró divisar el centro de semejante alboroto. Si es que así se podía decir al mutismo popular.

—Lord Shropshire se ha presentado —murmuró el hombre, y Kathy por poco se desmaya. Lord Conward se apuró a socorrerla, y la delicadeza de la muchacha lo conquistó un poco más. Ya había quedado rendido ante su belleza, pero en un principio el temperamento de ella, dado a charlas de literatura y a llevar la contraria, lo había desanimado un poco.

Ahora, que la creía capaz de desmayarse ante el escandaloso Lord Shropshire, pensó que quizá sí era una buena joven que tenía el carácter esperado de la próxima vizcondesa de Conward.

No podía sospechar que la reacción de Kathy estaba envuelta en todo lo opuesto, el deseo de verlo de nuevo, el nerviosismo de saber en qué había quedado su trato, el anhelo mudo de su cuerpo que clamaba por las sensaciones desconocidas, esas que había atisbado mientras se desvestía ante sus ojos.

Lord Shropshire se abrió paso entre el gentío sin dificultad, parecían hacerse a un lado por miedo a que el escándalo que rodeaba su nombre los salpicara. Kathy sintió aún más pena, y el deseo de correr hacia él era abrumador.

Anthony se dirigió hacia la anfitriona para presentar sus respetos. La mujer no parecía salir de su asombro. La invitación al evento la había enviado antes de que los rumores de la indecorosa relación de Lady Shropshire llegaran a sus oídos, y había dado por sentado que Lord Shropshire no se presentaría por lo que creyó en vano cancelar la misma.

Comenzaba a lamentarlo y disfrutarlo por partes iguales. Temía las represalias de la sociedad al permitirle el ingreso, pero también era consciente del interés que despertaría en las damas; sin lugar a dudas, su fiesta aparecería mencionada en la sección de sociales de los periódicos.

El hombre hizo una reverencia, junto a Lady Ross, Lady Amelia estaba pálida y dubitativa. No sabía cómo tratar a Anthony, la confianza del pasado había desaparecido con el accionar de Christopher, y en el presente eran peor que dos extraños, eran enemigos.

Lord Sutton y Lady Penélope pasaron a ser, sin quererlo, también centro

de miradas disimuladas. Los presentes esperaban el enfrentamiento entre los antiguos amigos, los reclamos y la comidilla de la temporada. Anthony no les daría el gusto, no con eso, al menos. Alimentaría el escándalo de otra manera, de una que fuera placentera para él.

Se acercó a Lord Sutton y saludó a ambos con cortesía. Hasta besó la mano enguantada de Lady Penélope como había hecho tantas veces en el pasado. La sintió temblar entre sus dedos, y disfrutó de la incomodidad de la muchacha. Alzó la vista hasta fijarla en los verdosos ojos de ella y le regaló una sonrisa cargada de desprecio. Los Malloran también terminarían en boca de todos, podían salir a flote de un compromiso roto, pero de dos… pronto Lady Penélope sería la última mujer a la que un hombre quisiera aspirar, y quedaría relegada a la completa soltería.

—Espero que esté bien de salud, Lord Sutton ¿cómo está su herida? —preguntó con intención. Christopher tuvo el decoro de sonrojarse.

—Estoy repuesto, muchas gracias, Ton… Lord Shropshire —se apresuró a corregirse. Le costaba no llamarlo Tony, como antaño, cuando eran los más unidos amigos de Eton.

Anthony apretó los dientes hasta que por poco rechinan. Soportaba el dolor ante la traición de Christopher solo porque esperaba que la venganza fuera dulce, deseaba envenenarse un poco más, ahondar en los horribles sentimientos que su antiguo amigo le despertaba, para poder convencerse de que sus planes eran lo correcto.

Llevaba varios días de meditación en los que el alcohol fue su único compañero. El alcohol y el recuerdo de Lady Katherine llevando solo medias. El deseo que la muchacha había despertado en él parecía imposible de remitir, y debía recurrir a la mención de su apellido para recordarse que no era inocente. Era una Aldridge, era el enemigo.

Su madre continuaba recluida en Shropshire house, lejos de las murmuraciones en su nombre, lejos de las viles damas de la sociedad que mataban el hastío con rumores sin importarles el daño ocasionado. Lady Shropshire se había negado a separarse de Cornelia, su dama de compañía y, en su corazón, su mujer, sin importarle nada más.

Se amaban, Anthony lo había entendido hacía años, y quería a Cornelia como a una madre más. Ambas mujeres se encargaron de brindarle todo aquello que el anterior marqués de Shropshire parecía incapaz de dar. Cariño, contención, protección.

Él mismo se había enterado de la verdadera relación de ambas mujeres cuando su madre, con un temple de acero, se había enfrentado a Lord Shropshire en nombre de su hijo.

—Si vuelves a golpearlo haré público mi amorío —había amenazado la mujer, y Cornelia, a su lado, la había apoyado como siempre. Dispuesta a arrastrar su buen nombre por el hijo de su amada.

Lord Shropshire dejó las varas de castigo a un lado, y optó por magullar el espíritu del próximo marqués con dosis igual de dañinas de desprecio. Apenas lo dejaba ver a Lady Shropshire, temeroso de que lo inapropiado del comportamiento de la mujer inclinara el carácter de Anthony hasta hacerlo indigno del título de marqués. Solo cuando el viejo murió, los tres tuvieron algo de paz.

Lady Shropshire y Cornelia lo recibieron en su casa de Londres y lo mimaron como no pudieron hacer en los años en que era un niño. Parecían querer poner a cero una cuenta de amor que llevaba todos los números en rojo. Por desgracia para todos, no bastó.

Sin embargo, Anthony experimentó lo más próximo a la felicidad junto a esas dos mujeres, las quería y era querido por ellas. Y ahora, otro al que también creyó querer las había herido, expuesto el secreto que su madre solo estaba dispuesta a develar para protegerlo a él.

Con el rencor de nuevo corriendo por sus venas, giró hacia la multitud para hallar el objetivo de su venganza. Lady Katherine se hallaba en las inmediaciones de la mesa de refrigerios, junto a Lord Conward. El vizconde la socorría ante la palidez de la muchacha sin desaprovechar la oportunidad de tocarla un poco más de lo correcto por las normas.

Un sentimiento demasiado parecido a los celos arremetió contra él, pero quiso convencerse de que era la ira que le despertaban los Aldridge en general.

Se acercó a la Kathy e ignoró los susurros que acompañaban su andar. Katherine tenía los ojos fijos en él, era incapaz de cortar el contacto visual, y el sonrojo se evidenciaba en sus mejillas. Anthony se deleitó de la imagen que la joven le brindaba. Con su vestido color crema con cintas celestes que competían con el color de su iris, el recatado escote que en nada se parecía al de crespón, pero que le recordaba el tamaño de sus senos, el color rosado que los coronaba y la forma que se erguían por el deseo. El deseo por él.

Su cuerpo reaccionó ante la expectación. Deseaba cobrarse el pago, y

tuvo que mentirse durante todo el trayecto para convencerse de que era por Christopher, que Katherine no tenía poder sobre él.

—Buenas noches —saludó—, Lady Katherine, Lord Conward…

Ambos respondieron con una reverencia apropiada al título que ostentaba, aunque ahora estuviera mancillado.

—¿Me permites la siguiente pieza, Kathy? —solicitó recurriendo adrede al tuteo. Lord Conward quiso saltar en defensa de la virtud de la joven, pero una mirada de hielo de Lord Shropshire le impidió hablar.

Katherine, por el contrario, ya le había demostrado que tenía en su cuerpo y espíritu más valor que muchos otros que conocía. No se sorprendió cuando el desafío abandonó los labios de la joven.

—Lo siento, Lord Shropshire, pero el siguiente baile es un vals y aún no lo tengo permitido. Pero la cuadrilla…

No terminó la oración, la sonrisa maliciosa en los labios de Anthony la dejó sin palabras.

—Oh, querida, pero no empezaremos a preocuparnos ahora por el decoro ¿verdad? Por favor —exigió—, acompáñame —y prácticamente tiró de ella para alejarla del vizconde.

La presencia del hombre lo enervaba, quería gritarle que se alejara de Kathy, que ella le pertenecía; y pronto lo haría, solo que con actos, no con dichos.

Arrastró a Katherine hasta el centro de la pista, todas las miradas estaban en ellos. Christopher hizo el intento de acercarse, de desafiarlo. Antes de que Anthony pudiera recordarle a su antiguo amigo el precio a pagar por ir en contra de Lord Shropshire, Kathy lo sorprendió con un gesto hacia su hermano que lo detuvo en seco.

—Veo que estás dispuesta a cumplir con tu palabra —comentó con sorna.

—Sí, es tiempo de que dejes el escepticismo, Anthony, creí que ya había demostrado que seguiré con nuestro trato.

—Espero que tu hermano valore el sacrificio, ¿o es que acaso este es en realidad tu plan? ¿seducirme? —la incitó.

Katherine se sonrojó y apretó los labios para contener la respuesta. Sí, quería seducirlo, siempre lo quiso, solo que hasta ahora no había tenido el valor. Pero sus intenciones no eran solo colarse bajo las sábanas de Lord Shropshire, eran amarlo, amarlo con todo lo que tenía para dar hasta poder

limpiar el odio de su mirada y su corazón, hasta hacerlo renacer como un hombre nuevo, dispuesto a permitirse la felicidad, aunque no fuera a su lado.

El pulgar de Anthony le acarició los labios de una manera por demás de inapropiada. De todos modos, consiguió su cometido, que Kathy dejara el rictus severo y abriera apenas la boca a la espera de besos.

La orquesta comenzó a interpretar un vals, ellos tardaron en moverse. Cuando lo hicieron, fue de manera acompasada. Por supuesto, Anthony era un eximio bailarín. En su afán de contentar a su padre había desarrollado al máximo cada una de sus virtudes… nada bastó para el antiguo marqués, pero sí alcanzó para que Katherine cayera rendida a sus pies.

La joven sentía el calor de la mano de Lord Shropshire atravesarle las capas de tela en su espalda, y los botones de su vestido parecían gritar por su liberación. La piel le cosquilleaba en todos lados, más aún en las partes en las que hacía contacto con el cuerpo de Anthony.

Él la llevaba con maestría por la pista, dirigía su cuerpo menudo con facilidad, y Kathy no pudo evitar pensar en cómo sería cuando hiciera lo mismo en una danza íntima, completamente distinta a la que bailaban en ese momento.

No era la única a la que los tumultuosos pensamientos la azotaban. Anthony era preso de una agradable sensación que le resultaba ajena tras tantos días de odio y desesperación. En ese momento, la venganza no resonaba en su corazón como sí lo hacía el nombre de Kathy; porque para él siempre sería Kathy… aunque ahora un incómodo «su» se anteponía cuando la pensaba. Su Kathy.

Percibió el aroma a lavanda, se preguntó si era una fragancia artificial o si la joven olía así por naturaleza, si ese era su perfume de mujer. Cada curva del cuerpo de Katherine se ajustaba al suyo, y volvió a sentir una inmensa satisfacción al posar la mano en esa estrecha cintura. Imaginó cómo se sentiría cuando la tomara de allí para guiarla en el vaivén de sus cuerpos acoplados.

La deseaba… la deseaba tanto como la odiaba… la deseaba más de lo que la odiaba.

Desoyeron los murmullos, ignoraron las miradas. Por unos minutos volvieron a ser Tony y Kathy. Ellos solos en el mundo.

Apenas notaron cuando el vals finalizó, y quedaron enfrentados por unos segundos, con las miradas unidas y los corazones clamando el uno por el

otro. Anthony fue el primero en romper el hechizo, pues en él no duraba más que un lapso. El desprecio era tan fuerte que podía abrirse camino así lo encerrara tras mil candados.

Katherine, al ver el cambio en su rostro, se alejó de él para hacer una reverencia y correr junto a su madre que la observaba con los ojos fuera de sus cuencas. Christopher, al otro lado del salón, emanaba ira. Comenzaba a comprender el objetivo de Lord Shropshire, la razón por la que le había perdonado la vida, pero no podía sospechar la complicidad de Kathy. La creía una víctima de las garras de su amigo, y la culpa lo abrumaba.

La reputación de su hermana se desmoronaba segundo a segundo. Había bailado un vals sin aprobación, sin haber sido presentada en sociedad como correspondía, y, como si eso fuera poco, lo hacía con un hombre cuyo título estaba cubierto de fango.

—No huyas —le susurró Anthony cerca del oído—, aún no he terminado contigo.

—Ne… necesito ir al…

La dejó escapar, solo para disfrutar del juego del cazador y la liebre. Mientras ella corría a esconderse en los tocadores de damas, él se dirigió, ajeno a todo, a la mesa de refrigerio. Lady Amelia se acercó temblorosa, solo pudo soltar una frase llena de dolor:

—Anthony, por favor… Kathy es inocente.

—No hay Aldridge inocente —contradijo él, con la voz recubierta de furia—, y pronto todos lo sabrán.

—Mi hijo cometió un error, ojalá algún día seas capaz de sentir ese amor que te empuja a la locura —intentó defenderlo.

—¿Un error? Un error es algo que se hace sin querer, él cometió traición, Lady Amelia, y se merecía más que el roce de una bala. Sus súplicas están fuera de lugar.

Se marchó a paso firme, sin mirar atrás. La única que podía pedirle clemencia era Katherine, pues era la única dispuesta a dar algo a cambio. Pero la muchacha no lo hacía, no clamaba por ella, por su suerte, por su futuro. ¿Intentas seducirme? No había lugar para conjeturas, no le creería de nuevo a un Aldridge y sus promesas de cariño. No, solo usaban a la gente para su propio beneficio.

Kathy lo había hecho para salvar a su hermano, nada más. El deseo era solo un aliciente, algo que podía convertir a la venganza en un plato dulce,

aunque tenía por seguro que no se serviría frío.

Ella era todo fuego, y él… él ardía.

Fue en busca de Katherine, no pensaba continuar con la tortura de su cuerpo. Una vez saciara la sed de sensaciones, una vez se hundiera en ese hermoso cuerpo, sería capaz de dejar la obsesión que parecía despertarle la joven.

Es la novedad, se dijo, es la inocencia lo que me atrae como la miel a las abejas. No se atrevería a contemplar nada más.

Lady Katherine estaba apoyada contra la pared del pasillo que daba a los tocadores, intentaba mantenerse de pie, juntar valor para volver al salón y a las miradas réprobas que se fijarían en ella. Respiró profundo para deshacer el nudo en la garganta y limpiar los ojos de posibles lágrimas. Estaba haciendo lo correcto, su hermano vivía y pronto se casaría por amor, y ella… ella podría vivir los restos de una vida soñada, aunque el precio a pagar fuera su corazón.

Solo que comenzaba a perder parte de la determinación, comprendía que no tenía lo necesario para atravesar los muros de Anthony y llegar hondo, allí donde se anidaban los rencores. Sufriría el desamor del hombre que amaba para no conseguir nada a cambio. Pero le había dado su palabra, y romper el trato tenía un coste altísimo: la vida de Christopher.

Notó su presencia antes siquiera de verlo. Era el aura de Lord Shropshire, esa que ahora parecía estar teñida de negro.

—Anthony —susurró casi como un ruego.

—Creías que sería más fácil, ¿verdad? Que podías lidiar con esto, con el rechazo de la sociedad. Yo también lo pensé, siempre me ha importado poco la opinión de un par de lores estirados que no hacen nada útil con sus vidas. Y, al igual que tú, comprendí que esa indiferencia es solo una falacia, que cuando hieren a quienes queremos sí importa. No te duele tu reputación, te duele lo que sufrirán tu madre y tu hermano.

—Lo sé, es tu venganza, yo soy tu instrumento y nada más.

El «nada más» resonó fuerte en los oídos de Anthony. Kathy siempre sería algo más que un objeto para conseguir un fin, pero jamás lo admitiría.

—No temas, Kathy, ambos disfrutaremos de esto —dijo a modo de promesa antes de extender la mano para que se la tomara—. Solo sufrirás después, cuando llegue el momento de las consecuencias.

Katherine ya lo sufría, porque Anthony pensaba que solo la culpa la

embargaría cuando el fugaz affaire terminara.

Tomó la mano de Lord Shropshire y sintió una corriente que comenzaba a ser habitual en ella. Atrás habían quedado las mariposas en el estómago al verlo, los suspiros enamorados, las reacciones de una niña ante sus ilusiones. Ahora era una mujer que temblaba de expectación, por un deseo que no lograba comprender pero que la empujaba de manera irrefrenable a los brazos de ese hombre que ya era dueño de su corazón y que, como dueño y señor, reclamaba también la rendición de su cuerpo.

Anthony la condujo por los pasillos de la mansión de Lady Ross hasta el ingreso donde el carruaje con la insignia del marquesado de Shropshire los aguardaba. Kathy echó una última mirada y comprobó que todos los ojos de la sociedad estaban fijos en ella mientras se marchaba en compañía de Lord Shropshire. Entre ellos, los rostros de su madre, de Chris y Penélope la hicieron titubear. Quiso convencerse de que lo hacía por ellos, pero la verdad aguardaba en el interior del carruaje. Lo hacía por Anthony.

Él la ayudó a subir y se acomodó a su lado antes de indicarle al cochero la dirección. El ambiente en el carruaje estaba cargado de sentimientos, no todo buenos, por encima de ellos, la pasión parecía consumir la mayor parte del aire. La cercanía de los cuerpos parecía acrecentarla y el contacto era inevitable.

Anthony se acercó, preso de un impulso que no quiso analizar. Estaba cansado, cansado de luchar contra lo que Kathy despertaba en él, agotado de aparentar, de mantener la fachada, de simular ser más fuerte de lo que se sentía. El perfume de la joven le inundaba las fosas nasales y lo embriagaba como un buen licor. La observó de soslayo.

—Mírame —exigió. No soportaba que ella lo esquivara, que le recordara lo injusto que estaba siendo al cobrarle una deuda que no le correspondía. Katherine acató y giró el rostro hacia su derecha, brindándole una imagen completa de las facciones delicadas, de los labios llenos, diseñados para ser besados.

Y él quería besarla. No tenía motivos para refrenarse, Kathy no era su prometida, se recordó, Kathy sería su amante y era hora de que se lo recordara. ¿A quién? A ambos. A su corazón que le latía pesado por un remordimiento inapropiado.

Acortó la distancia que los separaban y, sin más dilataciones, unió los labios a los de Katherine. El sabor; la forma en que las bocas se acoplaban,

como si hubieran sido hechas para ser una; el suspiro de rendición, casi deleite de la joven lo empujaron a lo más hondo de su infierno personal, uno en el que deseaba perderse por siempre.

Kathy cerró con fuerza los párpados para impedir llorar de la emoción. Había soñado tantas veces con los besos de Anthony que no podía creer que al fin hubiera sucedido. La calidez de la boca del hombre la reconfortó, al igual que la delicada caricia de sus labios que le exigían más y más, pero sin violentar.

Le daba el tiempo para adaptarse, Anthony sabía de su inocencia e inexperiencia. La guiaba como un jinete experto, permitiéndole llevar el ritmo.

Kathy abrió los labios, dejó que Lord Shropshire la invadiera con su lengua, y pudo jurar que lo escuchó gruñir de satisfacción. Una corriente cálida, como brisa de verano, la recorrió por completo y su mano, sin intervención de su cerebro, se enredó en los castaños mechones de Anthony.

Se separaron apenas, para indagar en sus ojos y comprender que no quedaban vestigios de farsa entre ellos. Ambos lo deseaban, clamaban el uno por el otro.

Volvieron a fundirse en un profundo beso, que poco tenía de delicado y que los empujaba sin remedio a la espiral de pasión. Con un movimiento ágil, Anthony levantó a Kathy y la montó a horcajadas sobre él. Las prendas los incordiaban, y fue ella quien, en un arrebato de lujuria desconocida, alzó las faldas para poder sentirlo.

Gimieron. Sus nombres abandonaron los labios en un reconocimiento que solo la nebulosa del deseo les permitía. Se reconocían, se encontraban, como si fuera una imposición que iba más allá de la razón.

Las manos comenzaron a buscar piel, desesperadas. Anthony le desabrochó un par de botones de la espalda, solo para que la tela cediera y le permitiera desnudar los senos. Los llevó a la boca, hambriento, sediento, desesperado. El placer recorrió por completo a Kathy que emitió un suave quejido de placer.

No podía contener las emociones, la necesidad de obtener más en manos de su amante. Comenzó a tirar del chaleco de él, y parte de la camisa, para poder acceder a su pecho y acariciarlo como había deseado noches atrás. La sensación de la piel cálida de Anthony bajo sus dedos fue casi tan grata como los besos de que le recorrían el cuerpo. Unieron los labios una vez más,

compartieron el aliento, el aire que parecía insuficiente.

El roce de sus cuerpos unidos era delicioso, pero no bastaba para ninguno de los dos. Anthony maldijo, aunque solo un gruñido salió de su garganta. No era lo que había planeado, no era así como anhelaba tomar a Kathy por primera vez, pero era preso de las circunstancias y contenerse no era una opción a contemplar.

La deseaba, la deseaba demasiado. Su cuerpo estaba por traicionarlo, como si fuera un niñato inexperto. Rodeó la cintura de Katherine para deleitarse de su pequeñez, para degustar parte de sus fantasías, esas que lo atormentaban desde hacía varias noches. Ella arqueó la columna, regalándole la visión más hermosa y erótica que jamás hubiera visto.

Besó la piel del cuello, descendió una vez más hasta sus senos de los que parecía incapaz de saciarse. Dejó atrás cualquier pensamiento racional y comenzó a rebuscar bajo las enaguas, bajo los pololos, el centro mismo de la mujer.

—Kathy… —el nombre escapó en un susurro ronco. Estaba húmeda, lista para él. La acarició con delicadeza, trazando círculos en su clítoris para luego adentrarse en la estrecha cavidad. Katherine se movía por instinto contra su mano, buscaba una liberación, tan desesperada como lo estaba él.

La preparó tanto como pudo. Continuó con los roces hasta dilatarla un poco más, temía lastimarla, sabía que el dolor era inevitable, pero podía reducirlo… era capaz de eso, se convenció.

Desnudó su miembro erecto, que latía sin piedad en sus pantalones, y guio el cuerpo de Katherine hasta acomodar la punta en su entrada.

—Perdón —susurró—, perdón.

Katherine abrió los ojos al escucharlo y fijó la mirada en la azul zafiro de él. La disculpa estaba cargada de mucho más que la certeza del dolor que provocaría con su embiste. Anthony no podía detenerse, no ahora, no cuando Kathy se retorcía de placer al igual que él, cuando era tan evidente que ambos deseaban la consumación como nada más en el mundo.

Pero la culpa estaba ahí, en su pecho, como una pesada piedra. Perdón por tomarte así, perdón por robarte la inocencia, perdón por hacerte mi deuda pendiente.

El traqueteo del carruaje acompañó los movimientos de la pareja. Un centímetro a la vez, Anthony se introdujo en el cuerpo ceñido de Katherine, abriéndola, conquistándola y reclamándola como suya.

Un grito ahogado de dolor escapó de la garganta de la muchacha cuando la barrera de su virginidad fue rasgada, pero fue seguido por uno de deleite que le permitió a Anthony ir más profundo, hasta estar por completo en su interior.

—¿Anthony? —fue la pregunta que derrumbó el último muro de inocencia. Katherine comenzaba a experimentar el placer más profundo, el de hombre y mujer juntos, pero también el de algo que Lord Shropshire no había sentido jamás, el de entregarse a quien se ama con locura.

—Sí, Kathy. Sí —solo pudo decir cuando encontraron el ritmo perfecto. Con un brazo la rodeaba para sostenerla y acercarla aún más a él. Quería hacer de sus pieles una sola, de sus cuerpos uno solo. La mano libre la usó para acariciar el lugar exacto, ese que la llevaría a la cima.

Él estaba al límite. Cerró los ojos con fuerza hacia el final, porque si acompañaba las sensaciones con el espectáculo visual sería incapaz de esperarla, ¡Y por Dios que no se correría antes que ella!

El gemido de Katherine se convirtió en un grito de gloria, y lo empujó a él a alcanzarla. Los nombres volvieron a escapar de sus bocas, como lo que era, una declaración. Katherine y Anthony, nunca existió nadie más. Todo fue una antesala para el encuentro definitivo…

Pero aún tenían demasiados escombros que sortear antes de llegar al destino. Restos de malas decisiones, de silencios, de desprecio y traición. Anthony no creía que fuera posible lograrlo… Katherine… Katherine volvía a ser presa de la esperanza.

Capítulo 4

Los apellidos Richmond y Aldridge, el condado de Sutton y el marquesado de Shropshire resonaban en todas las charlas, en los salones, en los clubes de caballeros, incluso en los libros de apuestas.

Si Lord Sutton retaría a duelo a Lord Shropshire, si Anthony se casaría con Lady Katherine para limpiar, o ensuciar más, su buen nombre.

La temporada de fiestas comenzaría en breve y parecía que lo haría con todas las posibilidades de éxito a su favor. La diversión de la nobleza no parecía conocer igual con tanto escándalo.

Anthony estaba satisfecho con el resultado, no entendía por qué, entonces, sentía ese vacío tan grande. ¿No era eso lo que buscaba? La reputación de los Aldridge estaba arruinada, aunque no tanto como la de los Richmond. Quiso creer que a eso se debía a la falta de entusiasmo.

La realidad era que, con el precipitado resultado de su venganza, se quedaba sin excusas para volver a seducir a Katherine. Y deseaba hacerlo, tenerla en sus brazos, tomarla una y otra vez.

El encuentro fugaz en el carruaje no había saciado su pasión, por el contrario, la había incrementado. Se dijo una y mil veces que se debía a que

no había podido cumplir todas sus fantasías, pero comenzaba a comprender que era una mentira más. Estaba obsesionado con Kathy, con su cuerpo, con el sabor de sus besos, con el sonido de su voz y la expresión de deleite que halló en sus ojos azules cuando alcanzaron el clímax.

Había tenido otras amantes, relaciones discretas con mujeres mucho más experimentadas, no entendía qué hacía a Katherine tan especial, por qué ella lo arrastraba y seducía más que cualquier otra mujer.

Se dirigió al comedor de su casa de Londres para el desayuno. Los sirvientes se movían como fantasmas, sin emitir sonido alguno. Parecía que levitaban para que sus pies no resonaran en el suelo y lo perturbaran. Él prefería el trajín ruidoso, ese que le recordaba que existía la vida y lo empujara fuera de sus pensamientos. Pero eso jamás sucedería en esa casa.

Conservaba los sirvientes que supieron ser de su padre, solo los ancianos y el ayudante de cámara habían sido reemplazados. Todos seguían las costumbres impuestas por el anterior Lord Shropshire: discreción absoluta y el mínimo incordio. Quien se atreviera a molestarlo era despedido sin referencias, y ninguno quería correr el riesgo con el nuevo marqués, más ahora, que comenzaba a parecerse al anterior en el rictus severo y en el constante mal humor. Aunque nunca lo hubiera descargado en ellos.

La bandeja de plata con el periódico y la correspondencia fue dejado a su lado sin que el metal sonara, y con el mismo sigilo, la muchacha lo dejó de nuevo solo en el comedor con sus pensamientos flotando en el aire.

Leyó las noticias por arriba, focalizando solo en aquellas que eran de su interés. La cámara de lores había comenzado su funcionamiento y debía estar al tanto de los pormenores. Una pasada rápida por la sección de sociales le bastó para comprobar que su nombre, el de su madre y, ahora, el de los Aldridge llenaban varias páginas junto a notas menores sobre recientes compromisos y lamentables muertes.

Lo cerró sin más y se dedicó a la escasa correspondencia. Las invitaciones sociales brillaban por su ausencia, había sido expulsado del club de caballeros y si tenía más de una carta se trataban de cancelaciones a eventos a los que había sido invitado antes del escándalo.

No le mintió a Katherine cuando dijo que esa parte era la menos dolorosa, casi podía jurar que estaba aliviado, si no fuera porque su madre sufría, ya estaría refugiado en Shropshire house lejos de todo, disfrutando de las tardes cabalgando y practicando esgrima.

Los recuerdos de bellos veranos lo azotaron y, en esa ocasión, fueron condimentados con la imagen renovada de Kathy. Las memorias se colorearon con el cristal de los acontecimientos recientes, las tardes junto a ella, compartiendo entretenimientos banales, tomaron nuevas formas.

Siempre le pareció una dulce niña, bella, alegre, simpática. Su cómplice en cada juego, su compañera de andanzas. Jamás había albergado sentimientos románticos, mucho menos lujuriosos, hacia ella. Era la pequeña hermana de Christopher, la había visto crecer y se obligó a sentir por ella lo mismo que en ese entonces sentía por todos los Aldridge, un familiar cariño.

Esa familia que se forjaba bajo la premisa del amor lo llevaba a creer en cuentos de hadas, en que para él también sería posible. Y había sido incapaz de romper esa burbuja de sueños, aun cuando la niña se convertía en mujer frente a sus ojos, aun cuando era consciente de que no era una hermana, ni una prima…

Ahora lo veía claramente, retazos del pasado le llegaban y le mostraban que tuvo sus lapsos de debilidad frente a Kathy. Cuando Lord Shropshire murió, por ejemplo, y una Katherine de catorce años se acercó a él para brindarle un innecesario consuelo. Lo recordaba mejor esa mañana que el día siguiente al funeral. Los ojos celestes de la muchacha que le transmitieron la más profunda comprensión. Mientras los demás presentaban sus condolencias con falsedad, como si su padre hubiera sido un buen hombre, Kathy parecía decirle *no te sientas culpable por no lamentarlo.*

La sensación de ese abrazo sentido, la calidez de sus palabras, lo había abrumado entonces y lo hacía ahora; pero no durante los cuatro años que pasaron en el medio. No, en ese tiempo lo negó hasta el hartazgo, lo negó hasta convencerse de que era Lady Penélope quien despertaba eso en él. Pues Lady Penélope estaba destinada a ser su esposa, así lo habían hablado Lord Shropshire y Lord Malloran, así lo dictaban las costumbres.

Con esa misma certeza que lo abrumaba, con esa nueva lente que magnificaba los sucesos del pasado, también podía ver a Christopher y Penélope juntos. Iban los cuatro, de aquí para allá, al arroyo, al picnic, a cabalgar.

Una carrera, exclamaba Kathy divertida y le guiñaba el ojo en complicidad. Siempre encontraban el modo de conseguir que uno de ellos ganara contra el equipo rival. Lady Katherine simulaba perder el control de las riendas para que su montura le obstruyera el paso a la de Christopher, y

reían a carcajadas cuando su hermano la acusaba de hacer trampas. Ellos dos contra Chris y Penélope era la regla tácita de todos los juegos de verano. ¡Si hasta tenían señas memorizadas con las que Katherine delataba las cartas de su hermano! Acomodar el cabello tras la oreja derecha: un as; equivocar la nota del piano: escalera.

Cuando su amigo lo descubrió, enfureció y no tardó en buscar en Penélope una cómplice para hacérselas pagar, pero Kathy y él, juntos, eran los mejores tramposos.

Todos los buenos momentos se tiñeron de pesar, melancolía y rencor. ¡Christopher lo había arruinado! No solo había ensuciado a su madre, robado su prometida… le había quitado la felicidad de los momentos vividos.

Volvió la atención a la bandeja. Sorbió el té que ya estaba tibio, y revisó uno a uno los sobres y sellos, hasta hallar el de su madre. Partió la laca y extendió el papel ante sus ojos, la letra de su madre se presentaba como una reprimenda a un niño:

Anthony,

Los rumores de tu accionar en la fiesta de Lady Ross han viajado hasta Shropshire house, de más está decirte cuán decepcionadas estamos Cornelia y yo, y bien sabes que tu nombre nunca estuvo coronado con ese odioso adjetivo antes para nosotras.

Empujar a Lady Katherine a la deshonra no nos quitará la espada de Damocles que pende de nuestras cabezas y, pronto comprenderás, tampoco te dará la satisfacción que buscas.

Anthony, querido, para mí no hay ni habrá mejor Marqués de Shropshire que tú, y siempre será un honor para mí tratarte por el título que has heredado y que mereces más que nadie en el mundo; pero en este momento soy una madre con el corazón en el puño. Una madre que espera que su hijo venga a visitarla para así poder tirarle la oreja como corresponde.

No espero tu respuesta, espero tu presencia.
Con amor,
Lady Victoria Shropshire.

Las palabras de la marquesa lo hicieron sonreír a su pesar. Su madre siempre conseguía serenarlo, incluso cuando sabía que le esperaba una charla

para nada agradable con ella y Cornelia. De todos modos, ignorarla no estaba en sus planes, por lo que pidió a los sirvientes que prepararan todo para su viaje a Shropshire house. No era necesario demasiado, la casa principal del marquesado estaba a tan solo una hora de carruaje de Londres, mucho menos si lo hacía en la montura, como deseaba.

Estaba seguro de que una cabalgata veloz con el aire frío de frente le ayudaría a pensar mejor las cosas y aclarar por qué Lady Katherine seguía fija en su mente.

La montura de Anthony se abrió camino por el sendero de ingreso de Shropshire house. Los jardines nevados a los costados y la fachada imponente de la casa del marquesado se hicieron visibles a medida que avanzaba, al igual que los malos recuerdos. Los años que había pasado allí no fueron del todo felices, y si no fuera la principal propiedad del título la hubiera vendido hacía años.

Quizá lo hiciera, ya que no tenía una reputación que mantener; pero ahora les servía de guarida a los Richmond para alejarse de Londres y las habladurías en su nombre.

Un lacayo se apuró a recibirlo, lo mismo que el jefe de cuadras, que se encargó del caballo bayo de Anthony de inmediato. Sus botas resonaron en el mármol de ingreso, recordándole el vacío del lugar. Demasiado espacio para dos mujeres.

Lady Victoria y Cornelia se limitaban a un ala de la casa, el resto de las habitaciones permanecían cerradas y eran ventiladas una vez por semana. El frío era un habitante más de Shropshire house.

—Lady Shropshire aguarda en el salón personal.

Anthony asintió antes de dirigirse sin demoras al lugar. La sala en la que su madre pasaba las tardes daba a los jardines posteriores y los ventanales le permitían el ingreso del sol por las mañanas. Estaba decorado con colores claros que la hacían un poco más luminoso que el resto de las habitaciones. Era una de las pocas que Lord Shropshire le había permitido cambiar y por eso se había convertido en la preferida de Victoria. Había sido muchos años atrás, antes de Cornelia, antes de que él naciera, cuando el matrimonio debió mantenerse bajo el mismo techo para engendrar un heredero. Luego de su nacimiento, la separación fue inevitable. Apenas se soportaban el uno al otro.

El ama de llaves lo presentó como correspondía.

—Lord Shropshire —y se hizo a un lado. Lady Victoria y Cornelia se pusieron de pie y le brindaron una reverencia a modo de saludo. El título era una barrera más con la que el antiguo marqués había conseguido separar al hijo de la madre. Las formas a seguir impedían los abrazos cariñosos, pero los Richmond estaban muy lejos de la obligación a las formas dadas las circunstancias.

Cuando el ama de llaves se marchó en busca del té, ambas mujeres se acercaron para darle una cálida bienvenida.

—Tony, ¡qué alegría verte! —exclamó Cornelia. Lady Victoria, en cambio, tenía el enojo dibujado en el rostro.

—Sí, lo que no me alegra son los motivos —lo reprendió sin demora. Volvió a su sitio junto a la chimenea y mantuvo la boca cerrada mientras servían el té, luego ordenó a los sirvientes que los dejaran solo.

No todos los días un marqués era reprendido como un niño, y si bien ya nada tenían por hacer respecto a las habladurías, no permitiría que la servidumbre se le sumara comentando el modo en que la madre ponía en su lugar al quinto marqués de Shropshire.

—Nos han llegado los rumores de lo sucedido en el baile de Lady Ross —dijo la mujer sin demora.

—¿Rumores? —preguntó con fingida inocencia— ¿acaso hay rumores en mi nombre?

—El sarcasmo es un rasgo muy feo, Anthony.

Anthony aflojó los hombros y se dejó caer contra el respaldo del sillón, rendido. El gesto no pasó desapercibido en la mujer que dejó la severidad de lado por unos momentos para enfocarse en la compasión. Sabía que le pesaban las responsabilidades a su hijo, la administración del título que poseía más propiedades de las que un hombre pudiera controlar, las actividades en la cámara de lores y lidiar con las lenguas maliciosas de la sociedad, todo bajo la presión de perfección que el antiguo marqués había dejado impreso en el carácter de Anthony.

—¿Qué esperabas que hiciera? —rompió el silencio el hombre—, ¿que lo dejara estar?

—Retaste a duelo a Lord Sutton, ¿no fue suficiente herirlo?

—Fue apenas el roce de una bala, merecía mucho más que eso. ¡Merece mucho más que eso! —exclamó.

—¿Más? Ilústrame, por favor. En verdad deseo comprender la magnitud

del pago de su ofensa.

—Madre, hay que cosas que no debes comprender. —La furia lo traicionó, tarde se dio cuenta de ello.

La expresión de Lady Victoria fue dolorosa y letal, los ojos le brillaban ante la decepción.

—¿En qué momento te has convertido en la personificación de tu padre?

La mujer sabía cómo llevar a cabo el perfecto contraataque. La sola mención de Lord Shropshire regresaba a la tierra a su hijo. No respondió, se limitó a contener la ira en su cuerpo, mientras doblaba los dedos hasta convertirlos en puño.

Lady Victoria le permitió unos minutos de tregua, reconocía la necesidad del silencio en su hijo. Cuando la respiración furiosa dejó de ser la melodía principal del salón, retomó la conversación, pero cambió el receptor, se dirigió a su acompañante.

—Dime, Cordelia, ¿crees que mi hijo ha vuelto en sí?

Las dos lo evaluaron con notoriedad. Él se los permitió, las enfrentó tratando que la calma se instaurara en él por completo. Siempre encontraba la quietud junto a su madre, la mujer tenía esa maravillosa cualidad.

—Me atrevería a decir que sí... —Cordelia continuó con la línea de tregua de Lady Victoria.

—Entonces creo que es momento de retomar la conversación. Tú que tienes buena memoria, Cordelia, recuérdame dónde habíamos quedado.

—Según lo dicho, Lord Sutton merece mucho más que una bala.

—Ah, cierto... Los Sutton. —El sarcasmo no le sentaba muy bien a la mujer, aun así, lo utilizó para darle una lección a su hijo—. Lo que los Sutton merecen.

—Madre. —Anthony quiso ponerle fin al asunto. El apellido nombrado lograba regresarlo al camino del odio con extrema rapidez.

—¿Y Lady Katherine también lo merece? ¿Quién sigue, Lady Amelia? —rebatió Victoria molesta por la espiral de odio que parecía desatarse en su hijo.

Suficiente, no iba a encontrar el equilibrio mental en Shropshire house, su madre no iba a permitirlo. Estalló:

—¡Sí, todos ellos, todos los Aldridge, como caímos todos los Richmond!

Cornelia apoyó una enguantada mano en el brazo de Victoria para transmitirle contención, sabía cuánto sufría al ver a Anthony envuelto en el

rencor. Ella también lo quería como a un hijo, y deseaban lo mejor para él. Verlo sumido en ese dolor y soledad las hería a ellas más que mil habladurías.

—Anthony, estás jugando tus cartas de la manera equivocada.

—No te preocupes por mi juego, madre, yo siempre gano.

—¡Lo sé, por eso estamos frente a esta discusión!

Los ánimos de Lady Victoria se estaban exaltando, el color rojizo en sus mejillas lo indicaba. Cornelia, atenta como siempre estaba a sus necesidades, tomó un abanico para propiciar una dosis extra de aire. La discusión apenas daba inicio.

—¿Para eso me convocaste, madre, para entablar una discusión innecesaria?

—Cuando de ti se trata, todo es necesario... Hijo, aprovecharte de una joven inocente no está en tu naturaleza.

—¿Y quién dijo que es inocente? —replicó con dureza—. Fue ella quien me sedujo a mí, aunque claro, eso las voces de Londres no lo saben.

La testarudez de su hijo la sacaba de sus casillas. Detestaba cuando sacaba a relucir el legado Shropshire de esa manera.

—¿Anthony? —pidió Victoria que se explicara. En verdad quería entender el motivo de su accionar.

—Lady Katherine vino a mí pidiendo clemencia por su hermano, en mitad de la noche, sola; fue su idea lo de una reputación por otra, si te sirve de consuelo yo quería matar a Christopher. Todavía no estoy muy seguro de no desearlo… —lo último fue dicho como un susurro lleno de ira.

—¿Consuelo? ¿Convertirte en asesino? ¿Acaso te escuchas, hijo mío? —La tristeza se mezcló con la decepción y le hizo quebrar la voz por unos segundos—. Dios, doy gracias a Lady Aldridge entonces.

Victoria y Cornelia compartieron un par de miradas de entendimiento. Tantos años juntas las llevaban a comprenderse más allá de las palabras y ambas negaron con la cabeza, resignadas, al unísono.

—Esa niña siempre ha sido pura dulzura —comentó Cornelia, y Anthony bufó.

Ha sido, quiso responder, pero ya no lo es. Ahora es una mujer, y la dulzura fue reemplazada por fuego y pasión. Pero no podía decirlo, porque no estaba dispuesto a admitir que Kathy lo desarmaba, ni darle el argumento a las dos mujeres para que ahondaran en los remordimientos que sentía desde

que la tomó en el carruaje.

—Sí —coincidió Victoria—, dulzura, corazón y cerebro, porque alguien tiene que pensar y sentir por todos nosotros. Tú, mi dulce y preciado hijo, pareces no dispuesto a ello.

Dulce y preciado hijo, Lady Victoria comenzaba a valerse de la común victimización de madre.

—Ya sabes lo que creo con respecto a los sentimientos.

Una vez más, las enseñanzas impuestas por Lord Shropshire tomaban control de Anthony, y la mujer reconoció la batalla como perdida.

—No dejes que la desesperación te impida ver la verdad, Tony.

—No, eso lo dejé en el pasado. Los Aldridge han perdido el poder de cegarme, ahora veo todo con claridad. Nunca les importamos, madre, solo se interesan por ellos y por lo que quieren.

Su hijo estaba cegado por la ira y no existía posibilidad alguna de luz en su camino.

—No es así, Lady Katherine…

—Lady Katherine estuvo dispuesta a hacer todo por salvar a su hermano, a otro Aldridge, no se engañen creyendo que tiene intereses altruistas porque no es así.

¿Altruismo? Desde mil leguas podía verse que el altruismo no tenía lugar en el comportamiento de la joven. Ahora, el estandarte sobre el cual se sostenía el recurso de intercambio de Lady Aldridge despertaba todo el interés por parte de Lady Shropshire.

—Nunca dije eso —se defendió Victoria—, sin duda sus acciones tienen intereses ocultos, pero dudo que sean los que tú crees. Estás siendo un necio, Anthony.

—Vuelvo a preguntarte, madre ¿para esto me hiciste venir desde Londres? ¿para hablar de las intenciones de Lady Katherine? Lo hecho, hecho está, su reputación ya fue destruida, de nada sirve seguir con esta conversación —expresó como un ultimátum.

No iba a aceptar ningún tipo de intimidación por parte de su hijo, pero tampoco estaba dispuesta a más discusiones con él. Reformuló su estrategia para conseguir aquello que deseaba, solo así podría vencer a la testarudez de Anthony.

—Te hice venir porque eres mi hijo y te quiero, te extrañamos, estamos preocupadas por ti y no queremos que lidies con las consecuencias de

nuestros actos solo. Porque son eso, Tony, nuestros actos, nuestras decisiones, y que eso te arrastre a ti a la ruina me parte el corazón —dijo y, mientras las palabras abandonaban sus labios, se dejó gobernar por las lágrimas. No podía negar la realidad, la situación presente de su hijo era la natural decantación de sus decisiones. La mano de Cordelia volvió a posarse sobre su brazo para brindarle la contención necesaria.

—Madre… —se lamentó al ver que no era el único preso de los remordimientos.

—Lo nuestro también está hecho, y no podemos hacer nada para cambiarlo, pero jamás fue nuestra intención que pagaras tú, que eres inocente…

—Lo entiendo, no tienes por qué sentirte mal, sé que no fue adrede. Yo también lo lamento, lamento haber confiado en quien no lo merecía.

Dejó que su madre se refugiara en su pecho. Cornelia tenía los ojos húmedos por el dolor de su amada y la impotencia por no poder hacer nada por ella. Su romance estaba condenado por la sociedad, pero alejarse, romper su relación, las condenaría a ellas a algo mil veces peor. Se mantenían firme en el afecto desde hacía años, y lo seguirían haciendo.

—Tony, prométeme algo para alivianar mi pesar —pidió Victoria.

—Lo que desees —aseguró. Haría lo que fuera por verla mejor.

—Bríndale una oportunidad a Lady Katherine —rogó—. Permítete indagar en sus verdaderas intenciones, obsérvala con los ojos del corazón, y, cuando al fin lo veas, no te comportes como un necio.

—Ya he visto sus intenciones…

—¿Intenciones? —La mujer no pudo evitar reír.

El estado de ánimo en su madre lo desconcertó. Se enojaba, lloraba, reía. Le adjudicaba esos cambios a la edad.

—Sí, intenciones... quítale el halo angelical de la cabeza, madre. Katherine Aldridge dista mucho de ello. Créeme.

No intentaba convencer a su madre, se intentaba convencer a sí mismo.

Lady Shropshire pasó por alto lo dicho, estaba dispuesta a ganarle a su hijo con su propio juego.

—Los rumores dicen que las has hecho tu amante —lo interrumpió. Esperó a que él asintiera antes de proseguir—: pues, de ser así, continúa tu relación.

Anthony se separó de ella para indagar en su rostro y comprender lo que

le pedía. ¿Acaso no habían pasado cinco minutos desde que lo reprendió con dureza por haberla involucrado? La confusión se hizo presente en su mirada, y Lady Victoria le regaló una sonrisa llena de cariño y un deje de picardía.

—Ya lo has dicho —se explicó—, las reputaciones de ambas familias están destruidas. De nada sirve seguir con las normas ahora, nunca nos perdonarán en la sociedad. Continúa con tu amorío...

—No es un amorío.

Lady Victoria volvió a reír, por simple costumbre, fue en busca de la compañía de Cordelia. La mujer pudo leer en los ojos de su amada el plan improvisado. Al instante, se sumó a su risa.

—Llámalo como quieras...

Intentó darle un nombre, le fue imposible. Prefirió empujarse al silencio.

—Lo que sea que suceda entre ustedes, hijo, vívelo, disfrútalo, y permítete descubrir qué esconde Lady Katherine, devela por qué estuvo dispuesta a hacerte compañía en la deshonra.

Anthony asintió con el mentón, solo porque quería ver a su madre mejor. Y ahora, luego del llanto, le parecía ver en la mirada azul de Lady Victoria una leve luz de esperanza. No deseaba apagarla de nuevo.

En ese momento, de nada servía negar que él deseaba repetir el encuentro con Lady Katherine, que no le había bastado una vez para saciarse, para quitársela de la cabeza. Tal y como había prometido, descubriría los intereses ocultos detrás de Lady Katherine Aldridge y los sacaría a la luz.

Como decía el dicho, ten a tus amigos cerca, y a tus enemigos aún más. Y él no tenía intención de alejarse de Kathy.

Capítulo 5

El llanto de Lady Amelia se oía como un lamento fantasmal por todo el hogar Sutton, llevaba días refugiada en la alcoba, víctima de un malestar que solo tenía un nombre: vergüenza. El nombre de Lady Katherine Aldridge recorría las calles de Londres, peor aún, era el nombre que provocaba risas y comentarios mordaces en los clubes masculinos. Todos los planes de Lady Amelia habían ido a parar al mismísimo infierno en cuestión de días. No habría posibilidad de enlace matrimonial alguno, y la reputación de Kathy se encontraba hundida en lo profundo del fango, Lord Shropshire se había encargado de ello.

Toda la servidumbre giraba en torno a Lady Amelia, el malestar extremo de la mujer requería de iguales cuidados. Kathy, la originaria de todo el mal que recorría la estancia, se sintió en la obligación de liberar a las doncellas de la extenuante tarea, las atenciones hacia Lady Sutton debían incluir una gran dosis de tolerancia, la mujer tenía la capacidad de contagiar el mal humor y la jaqueca a todos aquellos que la rodeaban.

—La sombra de la desgracia ha caído sobre esta casa... —Su voz emitía una vibración constante de queja.

Kathy estaba agotada de oír lo mismo una y otra vez. Humedeció en el cuenco de porcelana el paño que utilizaba como compresa fría para aliviarle la jaqueca, lo estrujó y lo colocó sobre la frente de Lady Sutton.

—No es la desgracia, madre, es el clima de Londres. Llueve, lo comprobarías si te levantarás de la cama.

Amelia levantó la parte del paño que le cubría los ojos para escudriñarla con la mirada. Su hija no conseguía aliviar su malestar, al contrario, lo potenciaba. Kathy era la personificación de la vergüenza que le atenazaba el corazón.

—¡Muchacha insensible! Arrojaste tu honra, la honra de toda la familia a la miseria y tienes el valor de bromear con respecto a ello. ¡Te desconozco, Katherine Aldridge!

No podía negar las palabras de su madre, estaba en la cierto, el rumor de que era la querida de Lord Shropshire estaba en la cresta de la ola del mar de la comidilla popular, y aunque sabía que las miradas de desprecio y la difamación iban a pisarle los talones de ahora en más, no le importaba.

—Todos me desconocen, madre —dijo en un susurro apenas audible. Lo dijo con la decepción quemándole los labios. Hasta ella se desconocía, el amor que sentía por Anthony había mutado a una necesidad mayor.

Añoraba a Anthony, no se arrepentía de nada, lo único que la atormentaba era su repentina ausencia. No saber nada de él la hacía presuponer el fin. Y ella se negaba a aceptarlo, su cuerpo se lo impedía, deseaba con locura volver a disfrutar del calor de su piel, del roce de sus labios, de su humedad mezclada con la de ella.

—¿Eres consciente de lo que has hecho, Kathy? Te has condenado, hija.

Lady Amelia volvía a estar en lo cierto, se había condenado, sabía que sin Anthony viviría una vida llena de desamor e insatisfacción. Cuando conoces el paraíso de la manera en la que ella lo había conocido, la tierra se transforma en un agobiante infierno. Así se enfrentaba a los días, sumergida en el fuego de una necesidad que no volvería a ser saciada.

—Madre, esto pasará... otro nombre, otro suceso ocupará mi lugar.

—Verdad, lo hará, pero el daño ya estará hecho. —Amelia no pudo contener las lágrimas, llevaba días llorando, y su océano de tristeza no parecía dispuesto a agotarse—. Ni en mis más grandes pesadillas deseé esto para ti...

Kathy volvió a tomar el paño, sumergió sus manos para que el calor

agobiante del recuerdo de Anthony se calmara con el agua fresca.

—Yo sí... —confesó sin caer en cuenta de sus palabras, estaba perdida en la imagen de sus manos en el agua, disfrutaba de la sensación que le daba, movía los dedos en ella.

—Kathy, las mujeres y la soledad no nos llevamos bien, créeme.

Esa era la realidad disponible para Katherine de ahora en más, ningún hombre la desposaría, no formaría un hogar, no traería descendencia a este mundo. Su futuro, no muy lejano, se vestía de soledad de campo, sería tía, sería hermana, sería una mujer olvidada.

La resignación de su hija fue el puñal definitivo para Lady Amelia, lloró hasta dormirse, quería volver a abrir los ojos cuando el apellido Sutton no resonara más por las callejuelas de Londres.

La llegada de Christopher consiguió quebrar el agobiante silencio familiar. Katherine se había refugiado junto al piano con la intención de motivar a su ánimo, el mismo se hundía en la desazón; al no tener noticias de Lord Richmond, sus dedos tamborileaban sobre las teclas sin gran fuerza, apenas se oían las notas.

—¿Con qué aquí estás? —La pregunta abandonó los labios de Chris con una extraña dosis de furia.

—¿Dónde más estaría? —La ironía se hizo presente en Kathy, podía compartir la furia con su hermano, si tan solo se hubiese callado, si tan solo hubiese permitido el matrimonio de Penélope y Lord Shropshire, ella no estaría así, sofocada por en la melancolía de un cuerpo deseoso de otro, de un corazón latiendo a ritmo desenfrenado. Sería feliz ante el desconocimiento, hubiese muerto con la ilusión de un amor. Pero no, el desgraciado tuvo que luchar por su amor y, al hacerlo, la obligó a hacer lo mismo a ella—. Según madre, el encierro es la única forma de combatir la difamación. ¿Qué piensas tú?

Christopher estaba nervioso, caminaba de un lado al otro del salón manteniendo los puños cerrados. Él se reconocía como el generador de la tormenta, había arrastrado con su fuerza a Katherine, la había condenado. Lo sabía, conocía a su hermana, conocía a Anthony, todo cobraba sentido, ahora que su corazón se hacía pedazos a sus pies comprendía la cadena de sinsabores a la cual se encontraban prisioneros.

—¿Christopher? —El silencio y el comportamiento en su hermano no

significaba nada auspicioso. Ante la no respuesta, volvió a convocarlo—. ¿Christopher?

Nada, el ensimismamiento de su hermano le hizo a un lado sus penas para vivir las de él como propias, algo lo atormentaba, lo angustiaba. Valiéndose de la privacidad de la que gozaban, sin su madre de por medio para recordarle las normas sociales, fue hasta él, lo tomó de las manos y lo obligó a tomar asiento en el sillón. Entrelazó los dedos a los suyos y él le correspondió con desesperación.

—Lo siento, Kathy, cuánto lo siento. —Sí, había lamento en su voz, y ese lamento inquietó a Katherine.

—¿Qué sientes, Christopher? ¿Qué ha sucedido? —El quiebre en su hermano, sin dudas, tenía su justificación en algún acontecimiento aún no reconocido por ella.

—He arruinado todo, mi futuro —Buscó la mirada de su hermana, el brillo en la suya pretendía confesarle la tristeza que, como hombre, no sabía trasladar a las palabras—, tu futuro... él de Penélope.

—¿Penélope?

—Sí, Lord Malloran le ha prohibido que se case conmigo debido a los últimos... —Se detuvo, no quería que su hermana se responsabilizara por lo sucedido.

—A los últimos, ¿qué? —Kathy había perdido más que su virginidad en los brazos de Anthony, había perdido también la ingenuidad que la estructura social dominada por hombres la obligaba a conservar. En cierto aspecto, él la había librado de una pesada ancla. Ya no tenía que simular más—. ¿Rumores? ¿Rumores de mi persona?

Christopher no iba a asentir, si lo hacía sabía que Katherine iba a colocarse sobre la espalda el manto de la culpa de su infelicidad, y ella nada tenía que ver con ello, los únicos responsables, en igual medida, eran él y Lord Shropshire.

—El apellido Sutton ha perdido su lugar en el núcleo social de Londres, y Lord Malloran no quiere que el suyo se vea salpicado por nuestra desgracia.

¡Desgracia! Esa maldita palabra. Katherine estaba hasta el hartazgo de ella.

—¿Qué opina Penélope al respecto?

—No importa lo que opine, tú ya conoces a su padre.

Verdad, al hombre poco le importaban los sentimientos o necesidades

emocionales de su hija, si hubiese puesto todo eso en juego tiempo atrás, nada de lo que hoy les sucedía sería un hecho.

—¿Y qué piensas hacer tú? —Alguien tenía que ser feliz en esa casa. Lo único que nunca iba a quebrarse bajo ese techo era la premisa del amor por sobretodo.

—¿Qué quieres que haga? —La entrega lo gobernaba, la esperanza se había diluido en su sangre.

—¡Por todos los santos, Christopher! —Se distanció de él, la entrega de su hermano la decepcionaba—. Tienes razón, has arruinado todo, y lo arruinaste pensando que se justificaba por amor.

—Sí, y tal vez... tal vez me equivoqué.

—No, no lo hiciste. —Kathy también debía creerlo, debía creer que el amor justificaba todo—. Utilizaste el recurso equivocado, nada más que eso, pero no te equivocaste... los Sutton amamos, los Sutton conocemos el valor del amor, y el amor... el amor lo vale todo, Christopher.

Las palabras de Katherine le inyectaron una dosis de aquello que necesitaba, Penélope regresó a su mente, no estaba dispuesto a vivir sin ella, no estaba dispuesto a que fuese la mujer de otro hombre, y ella le había confesado lo mismo. Penélope también estaba dispuesta a todo.

—Los Sutton amamos —repitió mientras sus labios se curvaban en una dulce y esperanzadora sonrisa—. Sabes, he contemplado otra posibilidad...

—¿Cuál?

La melancolía naciente en el corazón de Kathy se puso en pausa, la felicidad de su hermano también era importante para ella.

—Escocia.

—¿Escocia? —Los ojos de Katherine se abrieron de par en par. Christopher continuó para saciarle la inquietud.

—He oído hablar de un pueblo llamado Gretna Green, en Dumfriesshire, allí podemos casarnos sin el consentimiento de los padres de Penélope. ¿Qué piensas?

Boquiabierta, así quedó Kathy, los planes de su hermano se presentaban ante ella como una brisa repentina de aire fresco, cuando de amor se trataba, siempre existía el camino. Ellos debían tener un final feliz, debían tenerlo, solo así ella podría llegar a contemplar una posibilidad similar. Anthony regresó a su pensamiento, el amor que sentía por él golpeó fuerte en su pecho, le recordaba que desde siempre había estado ahí, y que siempre lo

estaría, más allá del fin de la historia sin nombre que ellos eran, ese sentimiento nunca la iba a abandonar.

Lord Sutton había ido en busca del sostén de su hermana, su coraje requería de una bofetada amistosa, alguien que le diera una visión de aquello que valía la pena. Por desgracia, el silencio en ella lo desmoronó en segundos.

—Es una locura, lo sé... —La tristeza repentina le borró la sonrisa recién nacida del rostro.

—Verdad, es una locura... —No hablaba Kathy, hablaba su corazón enamorado—. Es la única locura posible, Christopher. ¿Se lo has comentado a Penélope?

—Sí.

—¿Tiene alguna objeción?

—No, tiene la maleta preparada.

Katherine regresó a su lado, volvió a entrelazar los dedos a los suyos, le entregaba parte de su valor, su deseo, su ansia de felicidad compartida. Ella se iría al fin del mundo con Anthony, sin dudarlo, sin importarle las opiniones ajenas.

—Pues, ve por la tuya.

La felicidad parecía multiplicarse en él, una sonrisa daba origen a otra, y a otra... El sentimiento lo llevó a besar las manos de Katherine.

—Perdóname...

—¿Perdonarte, por qué?

—Porque mi felicidad es la causa de tu infelicidad. Porque la pérdida de tu honor me salvó la vida. Juro, te lo juro, Kathy... llegará el día en que Anthony pagará por lo que te hizo.

—Basta de rencores, basta de deudas, Christopher... ve, prepara tu maleta. Continúa el legado familiar que sustenta esta casa, los rumores no pueden con él, nunca podrán.

Abandonó el resguardo del sillón para ir en busca de sus pertenencias lo más rápido posible, no quería demorar más, deseaba a Penélope desde hacía años, soñaba con convertirla en su esposa, y la posibilidad de esa realidad se encontraba a unos cientos de millas de ahí.

Antes de abandonar el salón se detuvo al recordar la otra figura familiar de importancia, Lady Amelia.

—¿Qué sucede? —Katherine le atravesó los pensamientos.

—Madre...
—No está en condiciones para más rumores.
—No puedo marcharme, entonces.
Giró en busca de complicidad, era Lord Sutton, el hombre de la familia, pero en ese instante presente se sentía un pequeño niño que necesitaba ser guiado. La postura de su hermana, segura, desafiante, dispuesta a todo, se le presentó como la de una mujer irreconocible, ¿en qué momento se había convertido en eso?
—Puedes y debes, Christopher.
—Le voy a romper el corazón...
—No, no lo harás, la vergüenza que he traído a esta casa le ocupa el pensamiento.
Él no quería saber, no podía afrontar la totalidad del rumor de su hermana con respecto a Anthony, había oído tantas cosas, tantas... y no quería pensar en ninguna de ellas, porque si lo hacía volvían a estar en el mismo conflicto pasado, un duelo, honor por honor. Era una maldita rueda, un continuo retorno. Basta de rencores, basta de deudas. Kathy estaba en lo cierto.
—¿Crees que puedas mantenerla ajena a los comentarios de mi huida?
—Descuida, es muy probable que Penélope ya sea tu esposa para cuando se entere de esto. —Le sonrió para darle la consagración final a la promesa de su secreto.
Él se perdió en lo alto de la escalera, la presura empujaba a sus talones, iba en busca de su felicidad y no estaba dispuesto a perder ni un minuto más de ella.

Cuando la noche se hizo presente, la esencia latente de la soledad la embriagó, y la melancolía no hizo más que empujarla a derramar las lágrimas que llevaba días conteniendo. Vislumbraba su futuro, vislumbraba la ausencia de un amor correspondido, de caricias bajo las sábanas, de besos robados en plena tarde. Peor aún, podía imaginar una vida sin Anthony, y ese sentimiento la desgarraba por dentro. Quería apelar a su odio, al resentimiento que lo manipulaba y lo transformaba en el hombre distante que era para que continuara con ese endemoniado y dulce juego de venganza con ella.
Un golpe en la puerta la forzó a limpiarse las lágrimas, la voz de Sophie

resonó con suavidad al otro lado de la habitación.

—¿Se encuentra bien, mi Lady?

No, esa era la respuesta. No estoy bien, me duele el corazón, me duele el alma, y mi cuerpo reclama con desesperación a otro. ¡Estoy condenada!

—Sí —mintió.

La bandeja de plata con el tentempié sin tocar que Kathy había solicitado a cambio de la cena decía lo contrario.

—No ha probado bocado alguno.

—No tengo apetito, Sophie, mañana será. —Kathy fingía ante su madre, ante Christopher, ante todos, solo con su doncella se permitía la libertad de expresar tristeza.

—Eso ha dicho anoche, y la noche anterior...

—Lo sé, y te juro que lo intento, en verdad lo hago, pero... pero el dolor en mi pecho es tan grande y fuerte que apenas puedo respirar, imagínate lo demás.

—Me lo imagino, mi Lady, por eso estoy aquí sin importar la hora. —La ansiedad en su voz significaba noticias.

—¿Qué ha sucedido?

Sophie sonrió, el rostro se le iluminó y Katherine se vio invadida de presuposiciones que hacían que el corazón le saltara y golpeara dentro del pecho. Su fiel doncella conocía el origen de su tristeza y, en consecuencia, también conocía la medicina para tal tormentoso mal.

—Han traído esto para usted —dijo exhibiendo una pequeña carta con el sello Shropshire en su reverso.

Movida por una fuerza casi sobrenatural, abandonó el letargo que la mantenía atada al sillón contiguo a la ventana y capturó con ansias la carta. Era la primera noticia que recibía en días de Anthony. Quebró el sello con tanta desesperación que rasgó parte del papel, sus ojos desfilaron por las escasas palabras escritas a puño y letra, reconocía su escritura.

No me conformo con poco, Katherine.
Nuestro trato sigue en pie hasta que yo lo decida.

Esas palabras bastaron para recordarle a su cuerpo que le pertenecía. Por puro deseo tembló, la piel se le encendió y el centro de su femineidad se humedeció víctima del recuerdo de la noche de su sensual asedio.

La nota finalizaba con una invitación a su casa de campo que, en entre líneas, se alzaba como una orden más que como un simple pedido. Orden o no, ella estaba dispuesta a satisfacer ese pedido, porque al hacerlo satisfaría las demandantes ganas que su cuerpo tenía de él.

Nuestro trato sigue en pie hasta que yo le decida.

Hablaba la ira en él, aún la convocaba con el resentimiento a flor de piel. Esos sentimientos eran los que consagraban el encuentro de su cuerpo con el de ella.

Eran una balanza que se mantenía en equilibrio por el peso de emociones opuestas. Juntos hallaban la perfecta armonía en el más intenso de los caos. Él era furia, ella pasión. Y Katherine se aferraría a ellos.

Sí, quería su furia, su odio, solo así se aseguraría un lugar a su lado. Haría de esta venganza una venganza perpetua, lo ayudaría a extender la condena hasta que su cuerpo y su corazón fuesen saciados por completo.

Capítulo 6

Lady Amelia estaba en plena crisis, una crisis que ella misma pronosticaba como la antesala a su muerte prematura. Lo único que la reconfortaba era la idea del reencuentro con Lord Sutton en los intrincados laberintos del más allá. Sí, iba a morir, Kathy y la repentina ausencia de Christopher iban a matarla.

El dramatismo de su madre no pudo fraguar los deseos de Katherine, aunque muy dentro se convenciera de que asistiría a la casa Shropshire por pura demanda, podía reconocer el maravilloso anhelo que la invitación había despertado en ella. A pesar de ello, reconocía que el hecho de corresponder a las intenciones del Lord la llevaban al abismo definitivo de su condena, los rumores encontrarían la razón de ser. Lady Sutton también lo sabía, pero había llegado al límite de la desesperación, ya no existían más posibilidades de buenos enlaces matrimoniales, Kathy era sinónimo de libertinaje y desprecio social, lo único que quedaba a contemplar era que Lord Shropshire decidiera cambiar el rol que le otorgaba a Kathy en su vida. Sí, de amante a esposa, y de solo pensarlo, las entrañas de Lady Sutton se retorcían. No era lo que deseaba, en lo absoluto lo era, el apellido y el futuro linaje del Lord ya

estaba de barro hasta las rodillas, pero en la circunstancia presente, una vida con las necesidades cubiertas era lo importante para Lady Amelia. Como no pudo luchar contra la obstinación de su hija, decidió albergar en su mente este último pensamiento a modo de falsa calma. El mal ya estaba hecho, tal vez aún quedaba una forma de mutarlo a un mal funcional.

Katherine no recordaba cuándo había sido la última vez que había abandonado la casa a solas, de seguro más años de los que podía contar. El aislamiento familiar había comprendido mucho más que el período de duelo, los años previos a la muerte de Lord Sutton habían sido igual, la enfermedad del señor de la casa los había empujado a la soledad y al desapego social. La invitación de Anthony volvía a encender la llama de la aventura en ella.

La distancia entre la casa citadina de los Sutton y Shropshire house estaba a un par de horas de camino en carruaje. Se deleitó con la belleza y quietud del paisaje, rememoró el pasado en aquellos mismos caminos, y la realidad del presente que la llevaba a los brazos de Anthony se diluyó gracias al perfume de las flores silvestres que inundaban el interior del transporte. Cerró los ojos y se permitió fantasear, iba camino a la vida que deseaba, iba en busca del dulce sueño que la había mantenido en vela infinidad de noches, iba a ser feliz con el hombre que amaba. Como era de esperarse, la fantasía se hizo pedazos cuando el dibujo lejano de la casa del marqués danzó frente a sus ojos, por puro acto instintivo, el corazón se le aceleró. Suspiró, se obligó a dejar de ser la Kathy que añoraba ser en sus brazos, debía ser la otra, la partícipe de un juego, la que se canjeaba como el premio consuelo a una venganza no del todo satisfecha.

La servidumbre le dio la bienvenida y la anunciaron. Para su sorpresa, Anthony no se encontraba en la casa y el recibimiento quedó a manos de Lady Shropshire. La vergüenza, esa que no le hacía efecto cuando transitaba las calles de Londres y hablaban en su nombre por detrás, ahí, frente a Lady Victoria, le sonrojó las mejillas a más no poder. ¿Cómo mirar a los ojos a la mujer que había sido difamada de manera pública gracias a la voz Sutton? ¿Cómo?

Lady Victoria y Cordelia, el segundo nombre puesto en el epicentro del rumor, la recibieron con una amorosa sonrisa en el salón principal de la casa.

—¡Lady Katherine Aldridge! —Lady Shropshire se mostraba en verdad

feliz de su presencia—. ¿En qué momento dejaste de ser una dulce niña para transformante en tan bella mujer?

Kathy hizo una reverencia, respetar las normas sociales parecía ser el argumento perfecto para dejar a un lado el evidente bochorno.

—Por favor, deja los formalismos de lado, ven aquí... quiero verte de cerca.

No podía emitir palabra alguna. La garganta se le había cerrado por completo, a pesar de que el recibimiento se vestía de grato y placentero, ella no podía dejar de sentir la dosis desagradable en el mismo, tendrían que detestarla, de la misma manera en la que Anthony lo hacía. Tendrían...

Correspondió a su pedido, dio unos pasos hasta llegar a una distancia prudencial. Una vez ante ella, Lady Victoria la recorrió con la mirada de los pies a la cabeza, la sonrisa con la que le había dado la bienvenida se desdibujó de sus labios hasta convertirse en una indescifrable mueca. La evaluación exhaustiva solo potenció aún más el sonrojo en Kathy. Después de unos eternos segundos rompió el silencio.

—¿La recuerdas, Cordelia? —Las palabras iban dirigidas en complicidad a la mujer que era su silenciosa compañera de vida —¿La recuerdas corriendo por nuestros jardines?

—La recuerdo como si hubiese sido ayer.

—¿Y recuerdas mis palabras también?

—Por supuesto que sí... —dijo sonriendo al tiempo que buscaba la mirada de Kathy. Ahora, las dos mujeres se dedicaban a examinarla—. Dijiste que iba a convertirse en una hermosa mujer. Y estuviste en lo correcto.

—Lo sé... nunca me equivoco. —La sonrisa volvió a apoderarse del rostro de Lady Victoria—. Toma asiento, cariño —Le indicó la comodidad del sillón contiguo—. ¿Cuántos años han pasado de la última vez que te vi?

Katherine intentó hacer memoria, no pudo, los nervios la gobernaron de tal manera que apenas pudo tomar asiento de la forma correcta, su cuerpo se desplomó sin decoro sobre el sillón.

—Muchos, Lady Victoria, creo que muchos —logró decir intentando mantener la amable cortesía que le estaban brindando.

—Sin duda, Kathy... demasiados. Tenemos que ponernos al día. Como te imaginarás, a excepción de Anthony, no tenemos muchas visitas. Vamos aprovecharte al máximo, ¿no es así, Cornelia?

—Por supuesto que sí. Comencemos con el simple placer de compartir un té.

La interacción en las mujeres era tan natural que bastaba verlas para comprender el sentimiento que las unía. Un sentimiento tan fuerte que ni siquiera un secreto liberado podía llegar a destruir.

La tarde avanzó entre rememoraciones y un recorrido por la casa. Sin que se lo propusieran, las primeras estrellas brillaron en lo alto del cielo para recordarles que era hora de retomar las costumbres cotidianas. La cena las esperaba en el salón comedor. Cenarían a solas, la ausencia de Anthony continuaba siendo un hecho difícil de cuestionar por Katherine, no se atrevía a indagar en la privacidad personal del marqués ante su madre, no se encontraba en posición alguna para demandar tal información. Para su fortuna, ni bien tomaron asiento frente a la mesa, Lady Victoria consideró oportuno satisfacer su incertidumbre. La mujer no había pasado por alto las miradas expectantes de Katherine, se notaba a la legua los deseos que refrenaba, el más leve sonido la hacía voltearse, el sutil movimiento de una hoja la hacía ir en busca de una presencia fantasma.

—Esta noche contamos con el privilegio de la intimidad... mañana otra será la historia.

—¿Mañana regresa Anthony? —No pudo con sus emociones, se le escaparon de los labios. Cuando cayó en cuenta de su expresión, se corrigió —. Perdón, Lord Shropshire.

—Sí, la cámara de Lores reclamó su presencia y no tuvo más alternativa que partir antes de tu llegada, pero mañana... Anthony —Lady Victoria disfrutó el hecho de ver nacer el sonrojo en las mejillas de Katherine— estará de regreso sin más demoras.

Como era de esperarse, el corazón de Kathy reaccionó a su nombre. Latió tan fuerte que perdió el control de su cuerpo, la cuchara que sostenía en la mano, se le deslizó por entre los dedos para hundirse en la profundidad del plato de sopa.

Cornelia no pudo resistirse, una suave risa se escapó de ella, y esa risa bastó para regresarle la tranquilidad a Kathy. Lady Victoria halló en ese instante el pie perfecto para sacar a la luz aquello que limitaba el disfrute a su invitada, Lady Shropshire estaba muy al tanto de la terquedad de su hijo, jamás iba a reconocer la verdad resguardada detrás del comportamiento de

Lady Aldridge, ella sí, ella estaba dispuesta a develar los reales motivos de la bella muchacha y, para hacerlo, necesitaba conocer la raíz de todo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Kathy?

Katherine asintió en silencio, presentía que debía guardarse las palabras, en cuestión de segundos, iba a necesitarlas a todas.

—¿Dime cuál es el motivo de tu incomodidad?

La pregunta la impactó, el cuerpo se le tensó al darse cuenta de que, durante todo el día, a causa del malestar de la traición que su familia había cometido, ella había dado la imagen equivocada con su comportamiento distante.

—¿Incomodidad? —El nerviosismo ejerció poder sobre su respuesta. Titubeó—. Por... por favor, no.… no piense eso, Lady Shropshire. No es incomodidad, me han hecho sentirme más a gusto de lo que merezco, créame.

—¿De lo que mereces? —La mujer comenzaba a comprender por dónde corría el cauce del comportamiento de Lady Aldridge—. Bríndame la obra de arte completa, Katherine, de lo contrario, no podré dar una correcta opinión.

El silencio fue un nuevo acompañante. Katherine acababa de reconocer que ella sola se había colocado entre la espada y la pared. No podía callar más, si quería sobrevivir unos días bajo ese techo sin que la angustia le aprisionara el pecho, debía ser libre de hablar. Lady Shropshire merecía eso y más.

—Lo siento... —Así rompió el silencio, con un «lo siento» tan puro y auténtico que la piel de las dos mujeres se erizó con tan solo oírlo. El nacimiento de las primeras lágrimas realzó el brillo en sus ojos—. En verdad siento mucho el dolor que mi familia le ha causado, Lady Shropshire —Buscó con su mirada a Cordelia, ella también merecía esa disculpa—. Que les hemos causado.

—Tú no eres responsable de nada, Katherine.

—Lo soy, de manera directa o indirecta, lo soy... toda mi familia lo es.

El amor que Lady Victoria sentía por Cornelia la había empujado a una forma de vida muy diferente a la común y ordinaria, una forma de vida en la que se contemplaba el mundo con otro cristal. Era una mujer que había nacido en el tiempo equivocado, cuyos pensamientos vibraban al ritmo de melodías que la sociedad no se permitía oír, menos que menos, disfrutar.

—Déjame decirte algo sobre la familia, el peor error que cometemos en nombre de ese sagrado lazo, es el hecho de olvidar que somos individuos que

forman parte de un todo, y no un todo que conforma a un único individuo. Tú no eres tu padre, no eres tú madre, y por, sobre todo, no eres tú hermano, eres Katherine. No te responsabilices por el daño ajeno. No te pertenece.

—Anthony no lo cree así... —Hizo a un lado las formas y le permitió al sentimiento puro hablar. Agradecía las palabras de Lady Victoria, y deseaba, con su cuerpo y su alma, que esas palabras fuesen compartidas por su hijo. Las lágrimas contenidas le recorrieron las mejillas convocadas por las amables palabras de la mujer.

—Y ahí tienes el claro ejemplo de lo que te he dicho... yo no soy mi hijo. —Le permitió el momento de desahogo a la muchacha y luego continuó—. Katherine, estás aquí por un motivo que me reservo, un motivo que ha nacido de una promesa, y por ello quiero a cambio otra, una de tu parte...

—Lo que sea, Lady Victoria... lo que sea.

—Prométeme que cuando te marches de aquí no te llevarás contigo la culpa de algo que no te pertenece. Prométemelo.

Por supuesto lo hizo, Katherine se aferró a ese juramento con todas las fuerzas.

La razón de tal promesa albergaba en su interior la posibilidad de un futuro luminoso para su hijo y para ella. Sin culpa no había deuda, sin deuda no tenían lugar los tratos convenientes, sin tratos y pactos... solo había lugar para los sentimientos.

La sola idea de amanecer con la certeza de la compañía de Anthony en la casa la obligó a salir de la cama a primera hora de la mañana. Luego de un desayuno fugaz, a pesar del viento frío de los últimos días de invierno, decidió invertir el tiempo en la expedición. Se envolvió en una pesada capa y se reconfortó los dedos con el calor de unos delicados guantes.

Caminó por horas, hasta que el sol estuvo bien en lo alto, tibio y radiante. La sensación de libertad la inundaba desde la noche anterior, la conversación con Lady Shropshire le había apartado de la mente las pesadillas culposas que la acompañaban paso a paso. No se sentía tan libre y bien desde hacía mucho, y esa agradable sensación la llevó a perder la noción del tiempo.

Cuando pasó junto a las caballerizas, se permitió un tiempo más de ocio, aunque le gustaba la vida social de la ciudad, extrañaba todos los condimentos extras que le obsequiaba el campo. Tenía una pasión especial

por los caballos, desde muy pequeña había desarrollado una capacidad de vínculo muy particular con ellos, hasta el más brioso de los corceles se transformaba en dócil y sumiso ante su cercanía. De entre todos ellos, distinguió al caballo de Anthony. La quietud que la había acompañado en cada paso del paseo, ahora, desaparecía. Ya estaba de regreso. La posibilidad del reencuentro despertaba aquellas partes de su cuerpo que se encontraban dormidas a la espera de su contacto. Pensarlo, solo eso necesitaba para encenderse, para gozar de su cercanía con la simple idealización del momento. Antes de hacerse presente ante él debía contener el fuego de su piel, no estaba dispuesta a darle esa satisfacción, no quería confesarle con el cuerpo todo aquello que su corazón callaba. Como recurso desesperado, se quitó el guante de la mano derecha y descargó el fuego contenido sobre el lomo caliente del caballo de su amado. Lo acarició con dulzura, disfrutó del contacto con los ojos cerrados, la serenidad regresaba a ella, a su corazón y a todo lo demás. Podía imaginarlo con su porte magnánimo y desafiante sobre él, sonrió, el pensamiento cobró un realismo inusitado, al punto tal que, para Kathy, el perfume a hombre de Lord Shropshire estaba impregnado en el pelaje de animal. Sí, todo olía a él, sonrió ante esa locura, el deseo latente de él jamás la abandonaría... jamás.

Un calor repentino le golpeó la espalda, la brisa tibia de un aliento inesperado le rozó el cuello. No estaba sola. Abrió los ojos en el preciso instante en que la mano de Anthony se entrelazaba a la de ella para perpetuar la caricia. La invadió con la pesadez de su cuerpo, la aprisionó con él, y sus labios se posaron en la única parte de su cuerpo expuesta, el cuello. Un beso fue suficiente para tirar el autocontrol de Katherine a lo profundo del infierno, del infierno que él despertaba en ella. Giró, consciente de que se enfrentaría a su provocadora boca. Mantuvieron la calma, ambos lo hicieron, apaciguaron el hambre que los impulsaba a devorarse con la satisfacción de la cercanía.

—Pensé que habías amanecido con la absurda idea de huir de mí. —Si no hablaba, tendría que besarla, y si la besaba tendría que poseerla por completo, ahí en medio del establo.

—Mi Lord... —Fue una provocación llamarlo así—, absurdo sería pensar lo contrario. Cumplo con mi palabra.

—Así parece —dijo con la satisfacción a flor de piel—. Aun así, es inevitable en mí esperar la traición de tu parte, al fin de cuentas, la llevas en

la sangre.

—Y tú en el pensamiento, no sé qué es peor. —Estaba desafiante ante él, no podía controlarlo, enloquecerlo, hacerlo arder en la furia, era la estrategia a la que su cuerpo recurría en pos de obtener la satisfacción que solo él podía otorgarle.

La tomó de la cintura y la manipuló sin que ella se diera cuenta, en segundos, la madera fría de la caballeriza fue la prisión que le robaba la libertad a su cuerpo, y él, él era su desesperado carcelero. La tenía para sí, inmóvil, rendida. Los labios de Katherine temblaban ante la expectación. Recorrió su cuello con la punta de la nariz en un estimulante juego, el perfume de su piel, esa fragancia que no podía apartar de él desde la noche en que la había hecho suya, lo embriagó hasta llevarlo al abismo de la cordura, una que estaba a pasos de perder.

Si la besaba... Dios, si la besaba, reclamaría todo lo demás.

Se apartó de ella, por su bien, por el bien de ambos. Tarde, su masculinidad clamaba por la humedad de Katherine. Le dio la espalda, no quería revelarle el impaciente deseo que tenía de ella. Intentó hurgar en los sentimientos opuestos, en las emociones que eran motivadas por su ira, hallarlas fue más sencillo de que lo hubiese imaginado.

—¡Felicitaciones! —El sarcasmo se adueñó de su palabra.

Katherine, que aún luchaba contra la respuesta de su cuerpo no saciado, se forzó a comprender el motivo de su irónico festejo.

—¿A qué te refieres?

Llevaba más de un día en Shropshire house, su desconocimiento tenía cierta justificación, la noticia había llegado a los oídos de Anthony apenas unas horas atrás mientras estuvo de visita en la ciudad.

—Tu hermano y Lady Malloran... no, espera, Lady Sutton. —El deseo de su cuerpo por Kathy fue finalmente aplacado, giró para volverla a enfrentar. Ella trataba de ocultar una pequeña sonrisa. Eso lo enfureció—. Estabas al tanto de sus planes, ¿verdad?

Ocultarle las ansias de su cuerpo se convertía en una tarea cada vez más difícil, y si a eso le tenía que sumar los pensamientos de lo que le parecía correcto o no, entraría en una crisis de inmediato. Basta, iba a invertir las energías en lo que consideraba prudente, nada más.

—Sí, lo estaba, pero no sabía si habían podido llevarlos cabo. Gracias, me alegra saber que ha sido así.

—¿Eres partícipe de ese infantil juego de niños que han llevado a cabo, Katherine?

—Lo único infantil aquí es tu comportamiento, Anthony.

Anthony... su nombre en sus labios tenía un efecto de embrujo. Dio unos pasos y estuvo de nuevo a centímetros de su cuerpo. Tenerla lejos lo impacientaba, le helaba la sangre.

—Lord Malloran está convertido en una furia.

—Problema de Lord Malloran. Si por una vez, solo por una vez, hubiese antepuesto los deseos de su hija a los suyos, otra sería la historia.

Anthony no pudo más que quebrarse en una carcajada.

—Alecciónname, Kathy... —dijo empujándola con su cuerpo de regreso a la prisión de la madera fría. Para hacer más evidente el poder de control en ella, apoyó la mano en la pared, justo por sobre la altura del hombro derecho de Katherine—. ¿Cuál sería la otra historia?

Los celos enterrados de Katherine renacieron, regresó al pasado, al momento aquel en el que el matrimonio de Anthony y Penélope se había transformado en la noticia principal de la ciudad. Recordó el dolor, las lágrimas derramadas, volvió a vivir todo en un segundo. Quería abofetearlo por el dolor que le había causado en silencio. Quería... Dios, quería... acariciarlo, besarlo, amarlo con su corazón, con su cuerpo.

—¿Alguna vez amaste a Penélope?

La pregunta lo sorprendió de pies a cabeza. El amor no tenía la misma importancia en la vida Lord Shropshire, por lo menos no hasta ese día.

—¿Qué diablos tiene que ver el amor con todo esto?

—Responde a mi pregunta ¿la amaste? ¿la amas? —Reclamaba mucho más de lo que él creía con eso.

El profundo celeste de los ojos de Kathy se fundió con la mirada ardiente de deseo de Anthony, así fue como se enfrentaron a la primera muestra del amor silenciado en ambos. Se reconocieron como los artífices de las emociones del otro. El amor que ella callaba hallaba la forma de llegar a él, y él, ante la experiencia nueva, le correspondía de igual manera sin siquiera poder reconocerlo.

—No —confesó con una certeza tan fuerte que el corazón de Kathy estalló dentro de su pecho.

El corazón de Anthony Richmond no tuvo ni tenía dueña, la esperanza en Kathy se reconstruía.

—¿Nunca la amaste y aun así te aferraste a la idea de un matrimonio?
—No tengo que darte explicaciones por mis decisiones.
—No busco explicaciones, pretendo hacerte ver cómo tu frialdad de sentimientos dañó a las personas que te rodeaban. No lo niegues, siempre supiste que ella amaba a Christopher.
La respuesta lógica de los cuerpos sería tensarse ante el ritmo de la conversación, pero Kathy y Anthony iban contra la corriente, hallaban la liberación entre palabra y palabra.
—Como te imaginarás, Katherine, la frialdad que tú citas con respecto a mi persona es la misma que me impidió ver el nacimiento de tan puro sentimiento.
La respiración de Kathy comenzó a agitarse, la quietud que emitían los cuerpos tan cercanos la desconcertaba, y ese desconcierto encendía la hoguera de su pensamiento. Anthony se entregaba a una sensación similar a la suya, disfrutaba de la calma, la disfrutaba porque podía reconocer los aires de tormenta que en breve se harían presentes.
—Por favor, con un vistazo al pasado basta para reconocer el amor entre ambos, ella era su sombra. Donde él iba, ella estaba, como cómplice, como compañía... como todo.
Ella abría el cofre de los recuerdos, le presentaba un escenario nunca antes contemplado por él. ¿Podría estar su madre en lo cierto? ¿Los motivos que habían arrojado a Kathy a sus pies eran otros?
—Lo recuerdo, tienes razón, Kathy. La recuerdo a ella, y también te recuerdo a ti. Tú fuiste mi sombra, mi cómplice... mi todo. Dime, ¿qué significa eso?
—Nada —rebatió ella sin piedad. No iba a darle ese placer, no, no iba a hacerlo.
Sin poder poner una pausa más entre ellos, Anthony propició el primer estallido de la tormenta que se avecinaba entre sus cuerpos, desabrochó el lazo superior de su capa y la dejó caer. Su cuello compartió la desnudez con su pecho y el nacimiento de sus senos.
—¿Y qué significa esto, entonces?
Todo, quería gritarle. Significaba todo para ella, podía morir ahí mismo, en sus brazos y toda su existencia tendría un motivo.
—Nada —volvió a repetir. Mentía y mentiría todo el tiempo que fuese necesario—. Un acuerdo entre partes.

Los labios de Anthony recorrieron su piel expuesta, el fuego en ellos la hizo estremecer ante el simple contacto.

—Un acuerdo entre partes —susurró sobre su cuerpo. Su mano abandonó la pared para reunirse con su compañera a la altura de la espalda de Kathy, desabrochó los primeros botones de su vestido, la tela cedió, con el dulce y delicioso roce de su nariz viajó al epicentro de su pecho, le besó los senos, y la inevitable reacción de los mismos ante sus labios estimuló la liberación de sus pezones—. Y así debe de ser hasta que me sacie con tu cuerpo, mi dulce Kathy.

Él también mentía, y se valía de la necedad para sostener esa mentira. La deseaba desnuda, en su cama, deseaba con desesperación gozar de cada centímetro de su piel, y ese no era el lugar. Aun así, la leña ya había sido arrojada al fuego y ardía. La mujer que se encontraba prisionera de sus brazos y caricias no se entregaba por sumisión o complacencia ajena, lo hacía por propio deseo y eso lo impulsaba hasta el límite de la locura misma. Quería satisfacerla, hacerla suya para que ningún otro cuerpo la reclamara, para que ningún otro cuerpo pudiera hacerla vibrar como él lo hacía. Sus manos descendieron por su espalda, le rodearon la perfecta cintura y continuaron por el trasero, lo acarició por sobre la tela y luego tiró de ella para apoderarse del contacto de su piel.

Katherine se dejó llevar por las sensaciones que le quemaban el cuerpo, acuerdo entre partes o no, no podía huir de sus caricias, las necesitaba y no tenía pudor alguno en reclamarlas. Por el instinto propio del deseo, alzó su pierna derecha para abrazarse a Anthony y acercar el roce de su masculinidad a ella. Con la destreza única de un caballero traspasó la barrera de las enaguas hasta llegar al preciado tesoro de Kathy, sus dedos traviesos se humedecieron ante el primer contacto, ella estaba lista para él y la invadió, la torturó con una delicada penetración, una penetración que solo tenía como fin el placer absoluto de ella. Katherine gimió cuando su invasión provocó a ese capullo secreto en ella. Gimió y el placer que la inundaba la llevó a buscar todo lo demás, se apoderó de cuello de Anthony y guio su rostro hasta el de ella, propició el encuentro de sus labios. Mientras él la llevaba al borde del placer absoluto con la intensa penetración de sus dedos, ella lo arrasó con sus labios, pero con eso no le fue suficiente, no, su lengua se adueñó de la boca de Anthony dando inicio al único duelo posible entre ambos, el del deseo contenido. La mano de Kathy buscó soporte en su pecho con una segunda

intención, descender hasta su miembro erecto que aún se encontraba prisionero en su pantalón. Él le descifró las intenciones y le apartó la mano, esos no eran sus planes. ¡Diablos, con ella todo se salía de control! ¡Él perdía el control!

—No —susurró abandonando el duelo de lenguas para murmurar sobre sus labios—. Quiero poseer tu cuerpo como corresponde... —Su respuesta apagó los gemidos nacientes en Katherine. Fue un busca de sus ojos, la decepción en su mirada hizo que su erección creciera aún más, utilizó todo el control de su cuerpo para evitar correrse en sus pantalones—. Pero esto aún no termina —dijo profundizando la invasión en su sexo—. Goza para mí, Kathy.

Los gemidos regresaron, se hicieron fuertes, y acompañaron los inicios de los espasmos que expresaban el placer que él le brindaba. Lamió sus pezones y le besó los pechos a modo de despedida, luego avanzó con ritmo frenético hasta sus labios. Penetró su boca con la lengua mientras sus dedos danzaban en un vaivén lento y profundo en su sexo.

Ahí mismo la amó de la única manera que él sabía amar, le hizo el amor con la lengua y con sus dedos.

La cena fue la peor prueba de fuego para ella, después de lo sucedido en las caballerizas, no podía mirar a los ojos a Anthony. Trataba de huir de cualquier posible intercambio de palabras entre ambos, si sus ojos hacían contacto con los de él pondrían sobre la mesa a los demonios ocultos de Kathy.

—¿Te encuentras bien, cariño? —El silencio de la joven resultaba alarmante para Lady Victoria, miró de soslayo a su hijo, la sonrisa que él trataba de disimular parecía ocultar la verdadera respuesta a su pregunta.

Katherine caía en cuenta que su mutismo podía ser el promotor de un sin fin de suposiciones, por ello prefirió generar la suposición más correcta en la mujer.

—Sí, Lady Shropshire, aunque creo que mi paseo matutino no ha sido tan beneficioso como esperaba. —Las mejillas le ardían, podía notarlo—. Me temo que he cogido un resfriado.

Lady Victoria albergaba en su corazón la ilusa idea de que su hijo era un caballero, era imposible para ella pensar en el comportamiento desbordado de su hijo, ese que lo llevaba a explorar el cuerpo de Katherine donde sea, y

cómo sea. Sí, estaba muy al tanto de los rumores sobre la relación amorosa y clandestina de Anthony con Lady Aldridge, pero estaba enceguecida por el amor maternal, y se abrazaba a la idea de simples rumores. Anthony era incapaz de apropiarse de la virginidad de una joven de esa manera por un absurdo intercambio de traiciones. No, no su hijo. En consecuencia, lo manifestado por Katherine fue más que lógico.

—Oh, querida... —dijo examinándola con más detenimiento—. Creo que estás en lo cierto, solo así puede entenderse la combinación de palidez extrema en tu rostro y esas mejillas al rojo vivo. ¡Debes arder en fiebre!

Lady Victoria le entregaba en bandeja de plata la salvación, y Kathy se valió de ella. Fingió malestar, se recorrió el rostro con la palma de la mano.

La actuación de Lady Aldridge fue tan magistral que hasta Anthony la creyó real. El disfrute que le otorgaba la presencia de Kathy se evaporó, fue suplantado por una repentina dosis de preocupación y culpa. Él le había quitado la capa, la había entregado al ataque directo del frío del invierno para satisfacer las ansias de ella.

—Anthony —Su madre se dirigió a él en busca complicidad—, me parece que es conveniente excusar a Lady Katherine por esta noche.

En ese instante, el afecto que Kathy sentía por Lady Victoria se magnificó, le agradeció en silencio, refugiarse en la habitación se transformaba en la única herramienta de supervivencia para ella, el cuerpo todavía le vibraba por las sensaciones sentidas horas otras, y el esfuerzo que hacía para ocultarlas estaba agotando su caudal de poder.

Lord Shropshire se reservó la palabra, su tono pondría en evidencia la participación en el hecho desafortunado. Se levantó de la mesa para demostrarle su opinión al respecto y dejarla partir. Con una reverencia a todos los presentes, Katherine abandonó el salón comedor.

No ardía a causa de la fiebre, ardía por Anthony, por el recuerdo de sus caricias y palabras.

«*Quiero poseer tu cuerpo como corresponde*».

Ella quería poseer el suyo también. Ansiaba el placer de sentir su cuerpo desnudo, entre las sábanas, a su lado. No quería más besos robados, ni placer a la sombra, quería el éxtasis total, y eso incluía la ilusión de una noche completa entre sus brazos.

Una doncella se acercó para ayudarla a quitarse el vestido y liberarla de

la presión del corsé y las enaguas. Luego, y a pedido de ella, la dejó en la soledad de la recámara. Kathy se sorprendió observando la desnudez de su cuerpo frente al espejo. Una vez más, el susurro de Anthony le quemó la piel.

«*Quiero poseer tu cuerpo...*»

Cerró los ojos y se acarició los pechos al ritmo del recuerdo. Él le hacía experimentar el deseo de una manera no concebida. Con solo imaginarlo su cuerpo reaccionaba, y su sexo latía anhelante del roce. Se forzó a abrir los ojos, a alejarlo de su mente, de lo contrario, caería de forma directa a una satisfacción impropia para una dama. Tomó la bata que reposaba sobre el sillón cercano, se envolvió en ella y se refugió ante el fuego del pequeño hogar de la habitación. Para empujar a sus pensamientos al camino correcto, sin la imagen de Lord Shropshire, se desató el recogido del cabello para iniciar la aburrida tarea del desenredo. Una cepillada tras otra, así pasó los minutos, la hora, hasta que el sueño le abrió los brazos dándole la bienvenida.

El descanso no fue profundo, la incomodidad del sillón no se lo permitía, por ello, cuando el suave llamado en la puerta resonó en la habitación, regresó al momento presente sin inconveniente alguno.

Descalza, en puntillas de pie, con intención de perpetuar el silencio de la madrugada, avanzó hasta la puerta. La duda no la sorprendió, su cuerpo la había puesto en preaviso, reconocía la figura que se encontraba al otro lado. Giró la llave y retrocedió para que atravesara el umbral sin impedimento.

La expresión en su rostro no era la que Kathy esperaba, y no lo sería, la preocupación por su bienestar era lo que lo había llevado hasta ahí a mitad de la noche.

—¿Cómo te sientes? —dijo cerrando la puerta tras él. Apoyó el candelabro con la luminaria sobre la mesa cercana. Su vestimenta había quedado a medio camino, solo lucía pantalón, botas y camisa. Tenía el caballo revuelto, lo que le hizo presuponer a Kathy que había intentado dormir sin mucho éxito.

—Bien... —respondió sorprendida por la pregunta y por el comportamiento de Anthony. La mentira utilizada horas atrás era apenas un recuerdo para ella.

Le rozó el rostro con la palma de la mano para comprobar la temperatura de su cuerpo y arribó a la conclusión que la culpa le permitía.

—Estás ardiendo.

Kathy comprendió que la historia de su malestar había sido una mentira

muy creíble. La preocupación en Anthony actuó como un afrodisíaco para ella.

—Por supuesto que estoy ardiendo, me quedé dormida junto al hogar —confesó entre suaves risas.

La traviesa actuación de Katherine finalmente bajaba su telón ante Lord Shropshire.

—¿No te sientes mal?

Ella negó con la cabeza, si hablaba estallaría en una carcajada.

—¿No hay resfriado alguno?

—No, mi único malestar de la noche has sido tú.

—¿Yo? —Capturó su pequeña cintura entre sus manos y la acercó a él con brusquedad. Ahora que sabía que no estaba débil y frágil, estaba dispuesto a reprenderla por su comportamiento.

El telón de una nueva obra se levantaba, la de ellos, la del deseo, la del placer manifiesto.

—Sí, tú... tu mirada.

—Ay, Kathy, Kathy, Kathy... siempre has sido una niña traviesa.

Los botones sueltos de la camisa de Anthony le permitían la bella visión de su pecho y vello, sin poner reparo alguno a lo que deseaba, los dedos de Katherine lo recorrieron, vibró ante el contacto delicado de la piel de la palma de su mano con la aspereza de su vello masculino.

—No, en eso te equivocas, nunca fui una niña traviesa... todas mis travesuras tuvieron un mismo propiciador.

Él sonrió, reconocía que ella estaba en lo cierto. Se regocijó con los lejanos recuerdos de la complicidad de ambos.

—Y ahora, ¿cuál es tu excusa, Lady Aldridge?

—La misma, Lord Shropshire... la misma —dijo apartándose. Una vez que él se lo permitió, se desanudó la bata y la dejó caer a sus pies.

Conocía su desnudez, se había apropiado de ella semanas atrás en proclamación de una venganza, pero ahora, ese cuerpo desnudo significaba mucho más, era la expiación de su alma, un alma que quería dejar el pasado, el dolor y el desencanto en el olvido. Con Katherine estaba dispuesto a experimentar las maravillosas sensaciones opuestas a ello.

Con delicadeza, la cargó en brazos y la llevó hasta la cama, acomodó su cuerpo entre las sábanas y, antes de tomar la distancia necesaria para desnudarse con comodidad, la besó con ternura en los labios.

Quería poseerla por completo, acababa de reconocer esa añoranza en él, quería ser el dueño de todo, de su cuerpo, de sus anhelos, de su corazón. Ya no se conformaba con el premio consuelo de la satisfacción que podía darle, reclamaba todo.

Ante la mirada hambrienta de Kathy, se desnudó, el descubrimiento de su masculinidad erecta provocó un estremecimiento en el cuerpo de la mujer que lo esperaba en la cama, y él se deleitó.

La cubrió con la tibieza de su cuerpo, y su virilidad erguida apretó los labios ansiosos del centro de su húmeda femineidad.

—¿Es esto una travesura más para ti, Kathy? —susurró antes de perderse en el monte de sus pechos.

Ella arqueó la cintura a él, quería sentir la punta del miembro duro y caliente en su palpitante hendidura.

—No, soy el pago de tu deuda.

Esas palabras le dolieron. No existía perdón alguno en este mundo para él, para lo que le hacía a la mujer que cubría con su cuerpo desnudo. No solo debía enfrentarse a la verdad oculta detrás del placer, del deshonor de Kathy, también debía de enfrentarse al estúpido argumento que él utilizaba para cubrir el auténtico origen de lo que ella le generaba. Lo que sea que fuese, aún no tenía nombre, pero no era eso, no era lo que ella expresaba por él.

Abandonó la dulce travesía que le significaba besar sus pechos para ir en busca del brillo cómplice de sus ojos. Le entrelazó los dedos en el cabello rubio rojizo y luego le rodeó el rostro con las manos. Se inclinó hacia ella hasta quedar a escasos centímetros de sus labios.

—No, no lo eres, Kathy.

—Anthony...

No le dio tiempo a más palabras, la silenció con un beso. Su lengua se deslizó dentro de la boca de Katherine para hacerla desistir de cualquier argumento que los pudiera arrojar al camino de los sentimientos no reconocidos.

El sabor de la boca de Anthony poseía un ingrediente secreto que la enloquecía, era casi comparable al poder de una poción de hechicería, la hacía olvidar todo, rendirse, y a la vez, ir en busca de lo que se creía con derecho a reclamar.

Alzó las piernas y le rodeó con ellas su cintura mientras sus manos se daban el permiso de disfrutar de la sedosa piel de su espalda. La boca de

Anthony la arrasó una y otra vez, la delicadeza ya había perdido el lugar, juntos perdían el control en el más efímero de los segundos. Katherine tembló de deseo, el inesperado roce de su erección la empujaba a una explosiva expectación, le clavó las uñas en la espalda víctima del frenesí que la gobernaba. Cuando él la liberó de la tortura de sus besos, Kathy habló para transformar en palabras la exigencia que el cuerpo le demandaba:

—Necesito sentirte dentro de mí, Anthony, por favor...

El reclamo no hizo más que motivarlo a una mayor invasión, deslizó la mano sobre el vientre plano y sedoso de Kathy y siguió hasta abajo buscando una caricia más íntima, una caricia que profundizó con la lengua. Él también estaba movido por una necesidad, la de conocer el sabor de su humedad, de su sexo. Se perdió con su lengua en la profundidad de sus pliegues carnosos cubiertos por suaves rizos, estimuló su clítoris hasta que él primer gemido se escapó de ella, y luego, sin piedad alguna la penetró con la lengua. La intensidad del placer que Kathy manifestaba lo llevó casi a su propia explosión de placer, tuvo que tomar distancia por unos segundos antes de volver a retomar el devorador juego. La confesión de su cuerpo no se hizo esperar, el clímax definitivo la inundó. Una cadena de gemidos se escapó como un eterno susurro de sus labios. Sabiendo que la mujer ante él ya se encontraba satisfecha, se preparó para la embestida final.

Regresó sobre ella, la aprisionó con su cuerpo y buscó su mano para llevarla al contacto directo con su pene duro y erguido. Ella lo oprimió, lo acarició, lo estimuló de manera magistral a pesar de su inexperiencia. Anthony soltó un gemido rudo y gutural.

—Es tuyo... —le dijo con la excitación desbordante en la voz—. Haz con él lo que se te plazca.

Y lo hizo, alzó sus caderas a él, y guio la punta del miembro a su sexo demandante. Ella misma forzó la penetración, una penetración que le hizo morderse los labios para contener el grito desenfrenado que clamaba por salir de entre ellos.

Anthony no pudo soportar mucho tiempo más la dulce agonía, le apartó con brusquedad la mano que aún se aferraba a su pene, le alzó los muslos y la penetró profundamente. Movió la mano entre los cuerpos para poder seguir estimulando su clítoris mientras salía y entraba de ella una y otra vez, quería asegurarse de que su orgasmo, su momento en la cumbre, lo compartiría con ella. Alcanzaron el nirvana juntos, se entregaron a la devastación del placer

de la mano, él se derramó en su interior y ella... ella abandonó por completo el pudor y gritó su nombre.

Shropshire house guardaría el secreto de ese grito en sus paredes por los siglos de los siglos.

Shropshire house se convertía en el escenario impensado de una verdad que ya no podían ocultar más. Eran hombre y mujer, eran la pieza faltante en el otro. Se necesitaban, se pertenecían. Siempre lo harían. Solo tenían que tener el valor suficiente para reconocerlo.

Capítulo 7

La despedida de Shropshire house estuvo teñida de melancolía. Solo Lady Victoria y Cornelia la despidieron. Tras noches de compartir sábanas y confesiones mudas, Anthony se refugió lejos de ella.

Lady Katherine no podía contener sus demonios, y comenzaba a comprenderlo. Ella había cumplido con la promesa hecha a Lady Shropshire, no se llevaba la culpa de lo sucedido, pero no podía decir lo mismo de Anthony.

Lo había leído en su mirada, en sus ojos azules que brillaban desesperados luego de una noche juntos en la que las sensaciones vividas no parecían ser suficientes.

Esa última mañana, él estaba ahí. El amanecer apenas se colaba por las ventanas e iluminaba la silueta de Lord Shropshire en el sofá de la recámara mientras la observaba dormir.

—Anthony —fue su ruego, su llamado a que compartieran la cama una última vez; pero el hombre se puso de pie y se marchó dejando su ausencia como única compañía. Una ausencia a la que Kathy debería acostumbrarse de ahora en más.

El paisaje ya no se presentaba lleno de esperanzas y oportunidades, ahora estaba vacío y carente de belleza para ella. Volvía a Londres como la mujer de Anthony, una mujer que nunca sería reclamada como tal.

En la casa de los Sutton lo aguardaba la familia con todos sus reclamos. Comenzó a compartir con Anthony algo más que sus cuerpos, la pasión y el anhelo de más, comenzó a compartir el rencor de quienes no veían el amor que le profesaba.

—¡Quieres matarme de un disgusto! Eso es lo que quieres, Katherine —fue el reclamo de Lady Amelia. No fue antepuesto de un saludo, ni del interés por su bienestar.

Nada importaba más que su reputación. Incluso Christopher y Penélope la observaban como si fuera una serpiente venenosa que pronto daría su letal mordida.

—No, madre —fue su cansina respuesta.

—Si teníamos una oportunidad de solucionar esto, la has lanzado a un precipicio con tu extensa visita a Shropshire house.

—No existía tal posibilidad —intentó defenderse.

—Christopher —clamó Lady Amelia—, ahora eres Lord Sutton, es tu responsabilidad.

—Encontraremos el modo de que esto no repercuta en todos, sigue siendo la hija de un conde…

—¿De qué hablas? —exigió Katherine, de mala manera.

—De matrimonio, por supuesto, no podemos permitir que el rencor de Lord Shropshire hacía mí siga haciendo mella en tu reputación y en la de todos nosotros.

Katherine tuvo que sentarse para disminuir el impacto de las palabras de su hermano.

—¿Casarme?

—Sí, eres una buena mujer, duplicaré la dote y…

—¡Christopher! —exclamó la muchacha.

En cambio, Lady Amelia brilló con la llama de la esperanza.

—Una excelente idea, ya te lo he dicho, hija, la soledad no es buena para una mujer. Un buen hombre…

—¡No!

—Entra en razones, Kathy —pidió Penélope y fue la gota que rebalsó el vaso de paciencia en Katherine.

—No pueden pedirme eso, no ustedes. Se han casado por amor… Christopher, nuestra charla… tu huida a Gretna Green…

Christopher se sentó junto a su hermana y le tomó las manos a modo de consuelo. Esperó hasta que ambas miradas se unieron, tan parecidas en color como en anhelos.

—Quiero lo mejor para ti, Kathy. Ojalá pudiera darte todo, pero dadas las circunstancias, eso es imposible. Ya tienes dieciocho años, no podemos esperar a que pase el escándalo.

—Quedaré soltera, si es por el dinero para mantenerme…

—¡No digas sandeces! —exclamó su hermano—, no es el dinero, ¡qué más quisiera yo! El amor es lo único que no podemos comprar, si no, míranos a nosotros.

—Eso hago, Chris. No les ha importado la reputación ni las habladurías, han hecho lo que debieron por amor.

—Exacto, por amor, Kathy. Si tu corazón tiene dueño, haré lo que esté a mi alcance para que se concrete una unión, sin importar si es por debajo de nuestra condición… saltaremos cualquier obstáculo. Pero tu reputación no ha sido mancillada por amor, sino por odio, y ahora debemos remediarlo.

Las palabras de su hermano la empujaron a un llanto irrefrenable. Por supuesto lo había hecho por amor, por un sentimiento que no era correspondido.

El silencio de Anthony, su ausencia en la despedida así se lo indicaban. Había perdido todo, y comprendía que quizá Christopher tuviera razón. Solo le quedaba otro amor, el de su familia que, a su manera, se preocupaban por ella, que deseaban lo mejor y salvarla de una existencia que no tenía salida.

Debía ser fuerte por ellos, debía seguir las normas para que su comportamiento no recayera en las nuevas generaciones Sutton. Los hijos de Christopher y Penélope serían más inocentes que todos ellos de esa espiral de odio y rencor. No los condenaría a la deshonra, ese sería su único consuelo.

Las lágrimas impactaron en el corazón de Lord Sutton, que le alzó el mentón para que lo mirara a los ojos y le dijera la verdad.

—Kathy —pidió—, si algún hombre es dueño de tu corazón, haré lo posible para que sea él quien te despose. Confía en mí.

Debía liberarse, romper las cadenas que aprisionaban a su corazón. Era tiempo de que el rumor se enfrentará al real motivo. Tal vez así la decepción sería menor, y el entendimiento le obsequiara el poder de decidir sobre su

futuro.

—Lo sabes, Chris, solo que, como él, no quieres verlo.

—¡No! —la exclamación de su hermano sonó junto al quejido de Amelia y Penélope.

—Sí. No solo buscaba salvarte a ti, también intentaba salvarlo a él. —El peso de las miradas puestas en ella no la debilitó, contrario a eso, la armó de valor. Ya no callaría, había tomado cada una de sus decisiones con la certeza de lo correcto, y su familia debía saberlo—. Y no me arrepiento, valió la pena. Por lo menos uno de ustedes halló la felicidad.

—Kathy, no puedes hablar en serio —se exacerbó Christopher—, él es el verdugo de tu vida, es quien te ha empujado a esto. Eras inocente, te utilizó, y ahora lo veo, también utilizó tu afecto para concretar su venganza. —No iba a permitir que su hermana se entregara a esa deformación del amor, no. Su pureza era innegable, el veneno de Anthony, también—. ¡Abre los ojos! No puedes amarlo.

—Tú lo hiciste por amor, destruiste todo por estar con Penélope. La única diferencia es que a ustedes les ha salido bien —sentenció antes de abandonar el salón principal y guarecerse en su recámara.

Había fallado. Podía ser que su hermano fuera feliz, que viviera y que el duelo no lo hubiera empujado a la muerte, pero fracasó en el objetivo mayor, en el de salvar a Anthony, en el de salvarse a sí misma.

No tenía un futuro prometedor, se dejaría llevar por lo que imponían para ella, porque eso era lo mejor para todos. Para todos menos para Lady Katherine Aldridge.

Lady Mariana Thomson se presentaba como una tabla a un náufrago para los Aldridge. Su fiesta anual, a la que habían sido invitados, era el único regreso a la sociedad posible. La mujer, italiana, antigua cantante lírica, supo enamorar a Lord Thomson con su voz sin igual y su talento que, además de los escenarios, la convirtieron en la mujer más deseada de la época.

Estaba acostumbrada a estar en boca de todos y que los escándalos siempre la rodearan. Los amaba, eran el elixir de su vida, y esa temporada no sería la excepción. Ella no se escandalizaba por los rumores, ni la relación secreta de Lady Shropshire, de la cual sospechaba hacía años, ni el comportamiento de Lady Katherine podían horrorizarla. Por el contrario, elevaban la admiración ante ambas mujeres que, al igual que ella,

desmerecían el qué dirán en pos de la felicidad.

Y era una convencida de los finales felices luego de haber conseguido el suyo en brazos de Lord Thomson. Si hasta se había hecho con el vizconde rompiendo el compromiso de este con la hija de un duque. Saboreaba ese éxito en cada baile que daba, en cada mirada que despertaba.

La recatada sociedad londinense se tuvo que abrir ante ella y el dinero que Lord Thomson hacía en inversiones americanas. Su título no era el más prestigioso, pero sí lo era su fortuna sin igual que salvaba a los conservadores lores de la ruina a cambio de favores.

En cada temporada, Lady Thomson amadrinaba a más de una joven americana que cruzaba el océano en busca de un título que comprar con el dinero de sus padres. Y ella se aseguraba de que, además de un Lord, se llevaran un esposo enamorado.

Pero en esta ocasión había dirigido sus esfuerzos hacia Lady Katherine, esa muchacha inglesa que había intercambiado deshorna por amor y vida. No dejaría que los buitres de la sociedad londinense le devorasen los ojos.

Su baile era tan ostentoso como lo era ella. Ponche, alcohol, salón de juegos, salón de caballeros para compartir coñac y puros, y vals entre artistas. Un ambiente festivo y relajado que contrarrestaba el clima gris que la hacía añorar su amada Italia.

Los carruajes comenzaron a llegar al ingreso de la suntuosa mansión de los Thomson. El de los Sutton se hizo presente de manera puntual, sacando una sonrisa de los labios de Lady Mariana. Uno podía sacar al inglés de la sociedad, pero no podía sacar las costumbres sociales de un inglés.

Cuando Lady Katherine descendió, la sonrisa se amplió aún más y arrojó certezas a sus conjeturas. Allí había más que deseos de venganza, allí había deseos y punto.

La belleza de la muchacha cortaba el aliento, más luego del evidente esmero al vestirse. Estaba en busca de marido, de un hombre que quisiera poseer esa belleza sin importarle las habladurías, y ella conocía a muchos así.

Sin el escándalo, la joven hubiera sido el éxito de la temporada. Ya no llevaba colores claros, ¿de qué valían las apariencias ahora? El vestido azul francia resaltaba el color de sus ojos y contrarrestaba con el de su cabello que ahora parecía ser todo fuego.

Su peinado dejaba un par de prolijos bucles enmarcando su rostro de forma de corazón, sus pómulos altos y su nariz respingona que parecía un

desafío.

Lord Sutton fue el primero en acercarse, como correspondía. Ahora era el hombre de la familia.

—Lady Thomson —saludó con una reverencia—. Muchas gracias por la invitación, sus bailes siempre son los mejores de Londres. Es un honor para nosotros estar aquí.

—Lord Sutton, siempre tan adulador —respondió la mujer tras devolver el saludo—, y tan encantador. Podemos comprender a Lady Penélope, perdón, Lady Sutton, con tan solo compartir unos segundos en su compañía.

Penélope se sonrojó ante lo descarado de las palabras de la mujer que no temía en sacar a relucir lo escabroso de su matrimonio.

Luego de ellos, saludó a Lady Amelia y dejó que su hijo presentara a Katherine como era debido.

—Un gusto conocerte al fin, Lady Katherine —la saludó la mujer mientras la evaluaba de cerca—, nunca me dejo llevar por los rumores, siempre son exagerados, pero en el caso de tu belleza, se han quedado cortos.

Kathy, a diferencia de Penélope, no mutó su expresión. No quería saber qué se comentaba de ella, pero Lady Thomson no estaba dispuesta a dejar de impartir conocimiento:

—Debí suponerlo —agregó—, si hay algo más fuerte que el cotilleo entre los lores, lo es la envidia.

—Gracias —fue la escueta respuesta, antes de que la mujer tuviera que saludar a otros invitados que aguardaban para dar sus respetos.

Los Sutton se dirigieron al salón principal. Las arañas de los techos con más velas de las que ellos usarían en un año iluminaban el recinto y lo caldeaban hasta hacerlo agradable pese a los inmensos ventanales abiertos que daban a los jardines.

Las mesas de refrigerio estaban repletas de manjares y los sirvientes recorrían el lugar con bandejas llenas de copas de cristal labradas que refulgían el dorado de su contenido. Katherine tomó una de ellas, sin prestar atención a la reprimenda de su madre, y sorbió el costoso champán. Era la primera vez que lo bebía, y la burbujeante sensación en su boca le recordó al placer de los besos de Anthony.

Todas las miradas estaban puestas en ellos y, por donde iban, los acompañaba un constante murmullo, como si estuvieran parados debajo de un panal de avispas.

A medida que las horas pasaban, Amelia comenzaba a comprender que era en vano. El carnet de baile de Katherine estaba vacío, y su hija lucía como un bello jarrón más del decorado de Lady Thomson. Lo peor para su corazón de madre era ver en el rostro de su hija el rictus de resignación.

Sin embargo, para Kathy era más que eso. Era descubrir otra parte de su carácter que igualaba a la terquedad: la resiliencia. Encontraba dentro de ella una fuerza y una entereza que nunca antes había sido puesta a prueba, ni siquiera con la muerte de su padre. Se enfrentaba al destino forjado por las circunstancias dispuesta a dar todo para que saliera de la mejor manera posible. ¿Qué más tenía por perder? Su corazón, su nombre estaban ambos igual de destruidos, pero su familia estaba de pie y podrían salir de eso. Ella continuaría con su designio, el de convertirse en la tía olvidada en el campo de la que nadie quería saber nada. Pronto otro escándalo divertiría a la elite londinense y ella, junto a su dolor, quedarían como una anécdota del pasado.

Las palabras maliciosas a su alrededor no hacían mella. Solo una persona tenía el poder de perturbarla y no estaba ahí, como no había estado a su lado la última mañana en Shropshire house.

Lady Thomson le presentó a un par de debutantes americanas, cuyos modales relajados y su acento exótico sirvieron para levantarle el ánimo. Estaban tan fuera de lugar como ella, y eran tratadas con el mismo desprecio, solo que en esas muchachas era inmerecido.

Cuando los murmullos aumentaron, las palpitaciones de su corazón lo hicieron a la par. Solo un hombre podía conseguir esa respuesta en el salón: Lord Shropshire.

Anthony también había sido invitado al evento, y no se presentó solo, sino que lo hizo en compañía de su madre. Lady Victoria se abría paso por la multitud como una reina. Su cabeza no se inclinaba ni un centímetro, no fuera cosa que la imaginaria corona cayera de ella. El respeto y la admiración de Kathy crecieron al verla, al igual que el cariño. Esa mujer había vencido a la sociedad y ganado la batalla al amor, como una digna contrincante a los Sutton.

Los Sutton podían ostentar el lema de casarse por amor, pero jamás el de luchar por uno con las garras que lo había hecho Lady Victoria.

La mujer llegó junto a ellos y los saludó con cortesía. El murmullo pasó a ser un total mutismo, esperaban un desplante, un cotilleo nuevo, pero Lady Shropshire no les daría el gusto. Jamás.

Por las reglas sociales, les correspondió a ellos inclinarse ante el título que la mujer ostentaba. Anthony observaba todo desde la distancia, dejando que esos metros que los separaban hablara por él.

—Lady Katherine, no puedo expresar lo mucho que extrañamos tu presencia en Shropshire house. Un rayo de luz y serenidad, eso es lo que eres. No permitas que nadie, nadie —repitió dejando que las palabras flotaran hacia su hijo— lo apague.

—Gracias, Lady Shropshire. La estadía fue muy agradable, la hospitalidad de los Richmond es inigualable.

Tras los saludos, Lady Victoria se quedó junto a ellos, mostrando un apoyo que desconcertaba a los presentes. Lady Amelia no sabía cómo actuar ante el cambio de panorama, pero entendió que lo mejor era seguirle la corriente a la antigua marquesa. Volver a mostrarse como amigos, dar a entender que los rencores quedaban en el pasado, empujaría a los demás a hacer lo mismo con los rumores.

Los únicos incapaces de sumarse a la farsa eran Anthony y Katherine, que no podían esconder los sentimientos que se despertaban el uno al otro. Rechazo y atracción, amor y odio. Y, por encima de eso, una pasión que los arrasaba.

Katherine lo intentó de todos modos. Deshizo el nudo en su garganta con un nuevo trago de champán, e intentó entablar una conversación con Penélope, que parecía que la lengua se la hubieran comido los ratones.

Apenas si podía mirar a Anthony a los ojos. Lord Shropshire se alejó camino al salón de caballeros, el champán no era suficiente para él, necesitaba coñac y en grandes cantidades. Algunos lores se acercaron a presentar sus respetos, seguía siendo el marqués de Shropshire y su posición y riqueza era algo que no podían darse el lujo de despreciar por demasiado tiempo.

La farsa de la dignidad debía durar lo suficiente como para establecer que eran hombres de honor y comportamiento intachable, luego de eso, los negocios volverían a entablarse como si nada.

El único que no mostraba indicios de querer mantener las formas era Lord Thomson, que se acercó a él con la caja de puros y le convidó uno antes de invitarlo a unírsele en los sillones del salón para compartir información sobre dinero. Un tema más deshonroso para un Lord que las amantes.

—El jabón, Lord Shropshire —dijo sin dilataciones Lord Thomson—, el

jabón es el oro de América. Créame, pronto dejará de ser un bien de lujo para estar en cada hogar de Inglaterra. Mejorará la salud de la población y los bolsillos de quienes podemos ver más allá de los rígidos títulos con los que nos nombran.

Anthony escuchó con toda la atención que pudo a Lord Thomson y su propuesta de negocios. Sabía que ese hombre despreciado por muchos era la piedra filosofal de la economía británica, lo que tocaba lo convertía en oro. Su suntuosa mansión, su excéntrica esposa y el derroche de lujo así lo indicaban.

Él no tenía problemas de dinero, el marquesado conservaba gran parte de sus tierras, la mayoría redituables. De todos modos, no le parecía mal ampliar los horizontes, más si consideraba la contrapartida de la propuesta, mejorar la vida de los ciudadanos. ¿No era ese uno de los puntos de la cámara de lores? ¿una de sus responsabilidades?

Deseaba que su mente pudiera atenerse a esos temas en lugar de viajar una y otra vez al salón de baile y a la imagen de Lady Katherine en su vestido azul. En su escote, en el contraste que la tela generaba con la cremosidad de la piel, en el recuerdo del sabor de esos senos, de la turgencia con la que llenaban sus manos y le otorgaban una parcela de paraíso en la tierra.

Buscaba de manera incansable un objetivo para darle a su vida, ahora que la venganza le parecía vacía y sin sentido. Su madre le había puesto fin con su espectáculo de amistad y perdón, y Lady Katherine con uno similar, pero de amor y rendición.

No pudo despedirse de ella, verla marchar y saber que su amorío había tocado fin. Esa mañana, mientras la observaba dormir, intentó sentir el rencor que lo empujaba a utilizarla, que la llevaba a ser el instrumento de su odio, y no lo halló.

No encontró excusas para retenerla a su lado y, poco a poco, comprendió que el tiempo vivido solo fue eso, una excusa para tenerla pese a no merecerla. Para reclamar lo que no era suyo y nunca sería, porque se había encargado de eso, cegado por el dolor y el odio.

No había descubierto los intereses ocultos en Katherine, sino los suyos. Lo que él escondía detrás de la propuesta indecente en su despacho, el anhelo de tenerla, aunque fueran unos minutos. Minutos, horas, días… una vida sería insuficiente.

Un abismo de silencios los separaba. Mientras accedía a conversar más

adelante con Lord Thomson sobre los pormenores de la inversión en una empresa americana, se puso de pie con una determinación nueva, la de minimizar el daño que había ocasionado.

Su madre le había indicado el camino: perdón. Iría al salón de baile, pediría una pieza con Lady Katherine y otra con Lady Penélope, se mostraría solícito, amigable y acallaría los rumores. Correría la voz de que su encuentro en Shropshire house había tenido como única intención la de reanudar la amistad con los Aldridge.

El dinero americano que ahora le presentaba Lord Thomson sería una herramienta más para comprar la redención de Katherine Aldridge. Quienes quisieran hacer negocios con él, deberían aceptar su versión de los hechos. Todo se encaminaría y el resultado…

El resultado no le gustaba ni un ápice. Sería ver a Kathy comprometida con algún Lord pobre que quisiera congraciarse con los Shropshire y los Sutton, que recibiera una cuantiosa dote a cambio de una mujer mancillada. Una mujer que él había mancillado.

El marquesado de Shropshire dejaría de estar en manos de los Richmond. El sexto marqués sería su primo, o el hijo de su primo si la vida deseaba castigarlo con una prolongada y vacía existencia. Porque él, lo sabía, no se casaría jamás.

Sus pasos lo llevaron al rincón en que su madre conversaba con Lady Amelia. Christopher bailaba un vals con Penélope, ajenos a las miradas que recaían sobre ellos. No había indicios de Katherine en ninguna parte.

—Lady Amelia —se ofreció, solícito, y con el tono de su voz grave lo suficientemente fuerte como para que los curiosos lo oyeran—, permítame traerle un refrigerio.

—Gra… Gracias —contestó la mujer, conmocionada por el cambio.

Lady Victoria le sonrió, y en su mirada volvió a brillar el orgullo que siempre sintió por su hijo. Pese al desprecio de Lord Shropshire, Cornelia y ella salieron victoriosas en su afán de educarlo en el amor y el respeto. Y esa noche tenía prueba de ello. El ambiente se cargó de un perdón que no podía expresarse con palabras.

—Si no es mucha molestia, Tony —dijo su madre—, podrías traerme algo de ponche. Esta cantidad de candelabros, además de ostentoso, es inapropiado para el calor de una dama.

—Que no te oiga Lady Thomson —agregó él, de mejor humor—, podría

ofenderse ante el desplante.

—En lo absoluto —agregó la aludida a sus espaldas—, soy incapaz de ofenderme, además de que siempre fue mi intención ser un incordio.

Lady Victoria y Anthony rieron divertidos. Amelia no salía de su asombro.

—Cuando la mansión arda en llamas será un evento fenomenal —siguió la broma Lady Shropshire.

—¿Acaso hay algo que no haga de manera fenomenal?

Dejó a las tres mujeres conversando y fue hacia la mesa de refrigerio. Se trataba solo de una excusa para recorrer el salón y dar con Lady Katherine, las matronas deberían aguantar la sed y el calor hasta que él consiguiera su cometido. Dudaba que lo lamentaran, la atención estaba fija en ellas, y la noche se presentaba como un completo éxito social.

Anthony, si quería seguir con la racha ganadora, tenía que hacer un último movimiento. Kathy no podía esconderse por siempre. Existían dos lugares en los que la intimidad era posible, los tocadores de damas y los jardines.

El calor lo empujó a la segunda opción. Necesitaba aire o comenzaría a sudar por más que fuera pleno invierno. Lady Thomson podía estar acostumbrada a los veranos italianos, él no.

Los jardines eran tan suntuosos como el resto de la mansión, con estatuas de mármol que representaban dioses y diosas romanas, fuentes y laberintos de setos y flores. Varios bancos de hierro labrado les daban la comodidad a algunas parejas de sentarse con la vista en las estrellas y admirar el paisaje.

Buscó entre el abanico de colores que representaban los vestidos femeninos el azul de Katherine. A lo lejos le pareció divisarla y se dirigió hacia allí con presura. Los pasos quedaron amortiguados por el verde césped y su presencia quedó oculta por la oscuridad de la noche.

El anhelo de observarla en silencio, como unas mañanas atrás, le impidió revelarse. El perfume de las flores le recordaba al de ella, le parecía que Lady Katherine solo conseguía hacer de aquel escenario un cuadro perfecto. El arte era una de las cualidades que nunca pudo desarrollar, pero pagaría una fortuna a quien la retratara así para él.

Una voz masculina rompió la armonía. Anthony sintió que el vello de la nuca se le erizaba, y la ira que lo invadió poco tenía que ver con los rencores

familiares. Era el más profundo y primitivo celo, el impulso de reclamarla como su mujer ante cualquier hombre.

—Lady Katherine, qué agradable sorpresa —escuchó tras los arbustos la voz de Lord Ravenblack—. La he buscado durante toda la velada. ¿Quién lo diría? La dulce amante de Lord Shropshire resultó ser esquiva.

—Mi Lord —respondió Kathy con entereza—, solo deseo unos momentos de intimidad. No hemos sido presentados formalmente, por lo que esta situación está fuera de lugar.

La risa ladina de Lord Ravenblack resonó en la noche.

—¿Fuera de lugar? Por favor, querida, no tienes por qué aparentar conmigo. Sea cual sea el trato que tengas con Lord Shropshire, lo mejoraré.

—No le he dado el permiso de tutearme, mi Lord. Si me permite… —dijo y se volteó dispuesta a marcharse. El hombre se lo impidió tomándola del brazo. La acercó más a él con la intención de robarle un beso forzado.

No consiguió su cometido, sus labios impactaron directo en el puño de Lord Shropshire.

—¡Qué demonios! —exclamó el hombre al tocarse la herida. Sus guantes terminaron llenos de sangre.

—Discúlpese de inmediato con Lady Katherine —exigió Anthony en un siseo lleno de enojo. Casi deseaba que le diera una razón más para volver a golpearlo.

—No tiene por qué tomarlo así —rebatió Lord Ravenblack—, sin duda podemos compartirla.

Otro golpe fue la respuesta apropiada. El hombre cayó en seco sobre el césped del jardín de Lady Thomson, y el sonido de su cuerpo quedó ahogado por la exclamación de horror de Lady Katherine.

—Anthony, por Dios ¿estará bien?

—Espero que no —fue la respuesta de Lord Shropshire mientras arrastraba a Kathy lejos de allí.

—Anthony, aguarda, no podemos dejarlo así.

—Sí podemos, y eso haremos. No permitiré que te falten el respeto.

—¿Qué me falten el respeto? —el estupor dio paso al más profundo enojo—, no, claro que no, eso es algo que te resguardas para ti. El único que puede hacerlo eres tú ¿verdad?

La acusación de Katherine dio de lleno en el pecho de Anthony, que se detuvo por el impacto.

—Sí, Kathy. Tú me diste el privilegio, fuiste tú quien nos empujó a esto. Nunca debiste presentarte en mi despacho, nunca debiste acceder a mis demandas desesperadas, a mi propuesta. Eres tú la culpable y aún no lo entiendo ¿qué buscabas? ¿qué buscas ahora? Tu hermano está a salvo, mi madre ha mostrado su perdón y estoy dispuesto a hacer lo mismo. Pero sigo sin entender qué debo perdonarte a ti.

—¿A mí? ¿Cuándo te he hecho daño?

—¡Ahora! —exclamó, desesperado—. Ahora me haces daño, esta noche en que puedo ver que tu intención fue arrastrarme a la locura, a la culpa y al remordimiento. ¿Eso buscas? ¿Que lamente mis decisiones hasta el último día de mi existencia?

Katherine enmudeció por unos segundos, incapaz de comprender la verdad que flotaba entre ellos, en el aire que se cargaba de palabras no dichas.

—Nunca quise eso, Tony —articuló al fin—, no quiero tus remordimientos.

—Entonces ¿qué quieres de mí?

Él le brindó el momento perfecto, ese que su corazón convocaba a diario en un susurro. Ya no habría más suposiciones, ni mentiras piadosas. De una vez por todas, las raíces debían rasgar la tierra, salir a la superficie, y crecer para florecer o marchitarse al fin.

—¡Todo! —expuso su verdad—. Quiero todo de ti, te amo, Anthony, te amo desde que tengo memoria. Estás presente en cada recuerdo que tengo, en los dulces y en los amargos. ¡No quiero tu maldita culpa! ¡Anhelo tu corazón! ¡Siempre lo hice! Estuviste dispuesto a dárselo a Penélope, y lo acepté, pero era incapaz de aceptar que lo rompieras, que lo destruyeras, porque tu corazón es lo más importante para mí.

Finalmente, ella le exponía la verdad escondida de sus intenciones, y él... su corazón, no estaba preparado para oírla. Era demasiado, la necedad que le corría por las venas no le permitía ver la autenticidad de ese sentimiento.

—Katherine… si esto es un juego más…

Katherine fue incapaz de oír más. ¿Un juego? Ella exponía todos sus sentimientos, se presentaba ante él más vulnerable de lo que sería jamás ¿y él pensaba que era un juego? Por un instante lo odió con la misma fuerza con la que lo amaba. Sintió cómo su corazón se abría en dos por la contrariedad de las emociones.

Corrió por el jardín, lejos de él, lejos de los restos de sus sueños

destrozados. Anthony la alcanzó en un par de zancadas y la arrinconó contra la pared del vivero de Lady Thomson. Sus alientos agitados dibujaron un único vaho en la noche. Lord Shropshire no tenía palabras, su interior era un torbellino. El miedo de que fuera una treta, la esperanza de que fuera cierto. El amor de Lady Katherine era todo eso y más, era el verdadero perdón, la redención, la razón detrás de cada error y cada acierto, era el final del camino que había recorrido en su vida sin brújula.

La besó. Sus bocas colisionaron, sus lenguas se enredaron en una danza sensual. Y lo que él fue incapaz de decir con palabras, lo gritó con su cuerpo.

Los sonidos de la fiesta les llegaban lejanos, las farolas no iluminaban el vivero. La arrastró dentro, y mezclaron sus esencias con el aroma a tierra fértil y a tulipanes.

No hubo espacio para delicadezas. La necesidad los apremiaba y los volvía salvajes. La hizo girar y apoyar las manos en la mesada de trabajo, junto a las herramientas. Alzó sus faldas y bajó su ropa interior, hasta que la escasa luz iluminó la piel clara y dibujó la silueta de sus caderas. Las caricias despertaron los gemidos de ambos, que resonaron en el recinto. Katherine estaba lista para él, siempre lista para él, para darle más de lo que merecía, para darle todo lo que necesitaba.

Desnudó su miembro y buscó la cálida y húmeda entrada al cuerpo de la mujer que lo arrastraba a la locura. Ambos gritaron de placer cuando se unieron, la espalda de ella se arqueó hacia atrás, y Anthony la obligó a pegarla en su pecho mientras embestía con ímpetu en su interior. La tomó del mentón, para reclamar sus besos. Llevó la mano libre al centro de ella, para que lo acompañara hasta la cima del placer.

—Anthony —su nombre escapó de los labios de ella en el clímax y lo empujó al suyo. Así la quería, así la soñaba, siempre para él.

—Kathy… —«Su Kathy».

Capítulo 8

Era la primera vez, desde que esa locura había comenzado, que era ella quien necesitaba distancia. Alejarse. No podía pensar en Anthony sin ser arrastrada hacia la más profunda desesperación. Le había dicho que lo amaba, una confesión que creyó que por siempre sería un secreto, y él había pensado que se trataba de un juego.

La última entrega de su cuerpo nació de la necesidad de una despedida muda. Porque era incapaz de poner en palabras el adiós.

La invitación de su tía Loretta se presentó como la salvación, la hermana de su padre vivía en el campo hacía años, desde su joven viudez. Como buena Sutton, no volvió a intentar casarse, su hermano se había encargado de los herederos y ella, de mantener el buen nombre de la familia.

Loretta era dada a la beneficencia, permanecía en la residencia de su marido con el único fin de mantener la humilde capilla de los alrededores y ser sustento del hogar de huérfanos.

La vida de abnegación de su tía se le presentaba como el camino a la salvación, y la mujer también lo veía así. Los rumores habían viajado de

Londres hasta el pueblo costero, y más allá, hasta llegar a los oídos de Loretta. No sabía qué hallaría en casa de la hermana de su padre, pero dudaba que fuera rencor, esa mujer no tenía una gota de maldad o prejuicio en la sangre.

El aroma del mar le llegó y Kathy inhaló una gran bocanada para llenarse los pulmones de aire y valor. Desde el momento en que pusiera un pie en Porthleven comenzaría una nueva vida, una que no había hecho más que adelantarse, pues siempre fue su destino.

La casona de campo se hizo visible al final del sendero rodeado de altos árboles. Los perros de caza, vicio del difunto marido y ahora compañía de Loretta, corretearon la carroza y la acompañaron con ladridos felices. No importaba las veces en que le recomendaron a su tía que optara por una raza más adecuada para las mujeres y la vida del interior, la viuda amaba los *Pointers* y los malcriaba como si fueran sus hijos.

Los primeros en formar parte de su vida acompañaban al tío en el más allá, los que ahora le daban una cálida y eufórica bienvenida a Katherine eran los nietos y bisnietos de aquellos.

Dejó que los animales le saltaran, su tía aguardaba en el umbral y no contuvo la ansiedad de bajar los peldaños para darle una cálida bienvenida.

—Kathy, querida ¡Qué alegría verte! Estás tan grande, tan bella… —lo último fue dicho con algunas lágrimas de emoción en los ojos.

—Tía —se lanzó a sus brazos y se reconfortó en el pecho de la mujer que tantas veces en el pasado la habían consolado. Aunque nada se parecía a los males de antaño, un arañazo de una rama, una picadura de una abeja… un corazón roto dolía mil veces más y necesitaba de más cariño para sanar. Loretta estaba dispuesta a intentarlo.

—Pasa, querida, pasa. El té nos aguarda, pero antes ve a refrescarte, debes estar exhausta tras tantas horas de viaje.

—Gracias, tía.

Una doncella la acompañó a la habitación de invitados mientras un lacayo acarreaba las maletas. La recámara era humilde en comparación a la suya, y mucho más si traía a la memoria la que le habían asignado en Shropshire house.

No debía pensar en eso, en él, pero no tenía control sobre los sentimientos. Se obligó a no llorar, lo había comprobado, las lágrimas no ayudaban a mitigar la pena.

Tras lavarse y retocar el peinado, bajó a hacerle compañía a Loretta. La mujer estaba en un sillón en el salón personal, con una taza de té a su lado y varios papeles en la mesa auxiliar. Las manchas de tinta sobre la alfombra la hicieron sonreír, su tía era bastante desordenada y se había acostumbrado a hacer las cosas a su manera. Administraba las propiedades del difunto a la par de las del hogar de huérfanos.

Loretta se apuró a dejar todo a un lado para atender a su invitada, pero Kathy la detuvo.

—Permíteme —pidió y sirvió el té. Las galletas no parecían tentadoras a la vista, pero luego de un bocado comprobó que sabían mejor de lo que parecían.

—No la juzgues —sonrío Loretta—, Betty es la nueva cocinera, enviudó hace poco, la pobre casi queda en la calle con cinco niños. —Acompañó la declaración mientras se persignaba.

—Lo siento mucho. De todos modos, mis felicitaciones, están deliciosas.

—Sí, tiene buena mano.

—Gracias por la invitación, tía —comentó Kathy—, necesitaba alejarme de Londres.

—Lo sé, de todos modos, que no sean las únicas excusas que te lleven a visitar a una tía olvidada —reclamó sin una pizca de rencor.

—Por supuesto que no.

—Además, espero que pronto vivas en la cercanía —agregó la mujer y le regaló una sonrisa llena de pena ante la sorpresa en el rostro de su sobrina—. Me hubiera gustado poder hablarlo con más tiempo, pero…

Dejó los papeles a un lado, se acomodó en el sofá y juntó valor para explicarse.

—¿Tía? —solicitó.

—He invitado al señor Jones a cenar junto con algunos lugareños, para darte una cálida bienvenida, pero también con la intención de que lo conozcas y…

—¿El señor Jones? ¿Te refieres a Robert?

—Veo que lo recuerdas, ¡qué alivio!

—¿Cómo no recordarlo? El hijo del vicario, no hay visita a Porthleven que sea completa sin una tarde en la iglesia.

—Querida —expresó Loretta y se inclinó hacia ella para tomarle las manos—, por desgracia, los rumores han llegado hasta aquí. Estoy realmente

sorprendida, no por tu afecto a Anthony, creo que eso era un secreto a voces, sino por el accionar de Lord Shropshire, me cuesta creer lo que ha hecho.

Katherine cerró los ojos para que su tía no pudiera leer la avalancha de sentimientos que la embargaba.

—El señor Jones también está al tanto —prosiguió—, es un hombre compasivo, que ha visto lo mismo que yo.

—Tía, creo entender a dónde quieres llegar. Lo siento, pero no puedo hacerle eso a Robert. Casarme habiendo entregado mi corazón a otro hombre… y… perdón la franqueza —comenzó a llorar—, pero he entregado más que mi corazón.

El llanto se volvió un mar. Loretta se sentó a su lado para abrazarla y prestarle un hombro en donde derramar las lágrimas.

Cuando los espasmos remitieron, Loretta le alzó el rostro y la obligó a mirarla.

—Kathy, no te pediría jamás que aceptaras una propuesta que no deseas. No pido eso, solo que escuches lo que tiene por decir. Querida —hizo una pausa a sabiendas de que la verdad de sus palabras daría por tierra cualquier vestigio de esperanza en Katherine—, cuando el corazón ya está roto, cuando no podemos elegir con él, solo resta la sensatez.

Katherine accedió con un asentimiento de cabeza antes de solicitar permiso para retirarse. Necesitaba unos momentos para serenarse y pensar con claridad, no tenía demasiado tiempo, en el campo se cenaba temprano.

Antes de que los invitados llegaran, se permitió salir a montar por la costa y disfrutar del paisaje. Esperaba que eso la ayudara a aclarar las ideas y tomar una decisión con sensatez, como había dicho Loretta.

Nada podía hacer por su corazón, que seguía sangrando por el verdugo, pero tenía frente a ella una oportunidad que jamás había contemplado antes, una vida que distaba de la que había planeado.

El mar estaba revuelto, el oleaje golpeaba con fuerza y dejó que su yegua blanca cabalgara por la arena húmeda y salpicara de agua el bajo de su falda. La hizo probar la velocidad, y se sintió libre como hacía tiempo no le pasaba. La playa terminaba en una zona pedregosa, en la cima del acantilado se erguía la capilla del pueblo. Era humilde, pequeña, pero conseguía imponerse por lo agreste del entorno.

Sobre una gran roca, la silueta de un hombre se dibujaba contra el sol.

Tardó en reconocerlo, el señor Jones miraba hacia el horizonte y meditaba en silencio, tan opuesta a ella que era impulsiva y, a veces, respondona.

Robert la divisó e hizo visera con la mano para verla. También le llevó unos segundos reconocerla, en cuanto lo hizo, fue a su encuentro.

Katherine descendió de la montura y lo saludó con el cariño que le profesaba, pese a no ser demasiado cercanos. La vida de Robert estaba marcada por los designios, al igual que la de ella. Él sería vicario cuando a su padre no lo acompañara más la salud, y no pensaba hacerlo lejos de esas tierras y de su gente que tanto lo necesitaba.

La paz que transmitía con el andar lento y el hablar pausado serenaba a los vecinos que contaban con él para alivianar los pesares del alma.

—Lady Katherine, una agradable sorpresa verla tan pronto.

—Lo mismo digo, señor.

—¿Me acompaña un paseo por la orilla? —pidió el hombre y dejó que Katherine caminara a la par. Tomó las riendas de la montura a modo de caballerosidad, y la yegua, dócil, se dejó llevar por la caminata.

—Por supuesto, siempre es grata su compañía.

—Para eso estamos los amigos, mi Lady —agregó él y le regaló una mirada llena de compasión.

El silencio se instauró entre ellos, pero no de manera incómoda. El sonido del mar y el viento era un buen compañero. Katherine se debatía si abordar o no el tema en esos momentos, le parecía que era una buena oportunidad de hacerlo con tranquilidad, lejos de los oídos de los demás invitados y sin las normas del decoro que impedían a dos amigos del sexo opuesto a estar solos.

—Espero que en honor de esa amistad no te veas impulsado a tomar una decisión con la que no estás de acuerdo —dijo al fin.

Robert le sonrió con ternura.

—Veo que tu tía se me ha adelantado.

—Lo hizo con buenas intenciones —la defendió con una pizca de humor.

—No me cabe duda, Lady Loretta solo tiene buenas intenciones. Espero que comprendas que compartimos el mismo sentimiento. No es la obligación, es el cariño y la sensatez.

Que utilizara la misma palabra que su tía la empujó a largar una risa nerviosa. Era evidente que las conversaciones entre el hijo del vicario y

Loretta se trataban de más de una, y sintió un nudo en el estómago al comprender que las habladurías en su nombre llevaban tanto tiempo circulando.

No solo ella había sufrido las consecuencias, todos a su alrededor lamentaban el desenlace de su amorío, aunque nadie más que Katherine.

—Intento ser sensata —le confesó con la confianza que le daban los años—, mal me temo que no es la mayor de mis virtudes.

—Permíteme rebatir, no se trata de algo con lo que uno nace, sino algo que viene con los años y las experiencias, buenas y malas.

—Creo que tienes razón, serás un buen vicario, sabes exactamente qué decirle a alguien para darle consuelo —lo expresó con la mayor de las sinceridades. Al igual que la reciente fortaleza y la capacidad de enfrentar a la adversidad, ahora se sumaba una cuota más de sentido común en su carácter. Había madurado de golpe, de un día al otro.

Dejó de ser niña para ser mujer, una transición que no se daba por yacer con un hombre, sino por amarlo. Amarlo en su rencor, en sus defectos. Amarlo cuando la ilusión infantil caía y revelaba la verdad.

Anthony no era más ante ella el caballeroso Lord, el perfecto jinete, el bello joven que todo lo hacía ver divertido, excitante. Lord Shropshire era un hombre con claroscuros, con rencores profundos y heridas que había aprendido a tapar, pero no a sanar. El corazón no conocía de sensatez, por eso aún lo amaba. Pero su mente regía ahora que su corazón estaba despedazado, y la razón clamaba por que buscara un sentido a su existencia más allá de llorar por los rincones lo que no pudo ser.

—El primero acto de sensatez es la sinceridad —rompió la armonía Katherine—, no pretendo engañarte ni engañarme. Amo a Lord Shropshire, y no me creo capaz de amar a otro hombre. Puedo tener cariño, sin duda, y el más profundo respeto… pero amor…

—Lo sé, Katherine, y agradezco tu confianza al compartirlo conmigo. Debe ser muy duro para ti.

—Sí, lo es —confirmó y tuvo que secarse una lágrima rebelde que escapaba de la comisura de su ojo. Robert le dio un pañuelo y ella se lo agradeció con un gesto.

—En honor a nuestra amistad y a la confianza que me has brindado, yo también procederé a confesarme. Tampoco me creo capaz de amar de nuevo, le entregué mi corazón hace años a una mujer que Dios quiso que se fuera

junto a él antes de tiempo.

—Lo siento mucho. —Detuvo su andar para girarse hacia él y darle un sentido abrazo. Ella no podía contemplar la posibilidad de perder a Anthony de esa manera tan definitiva. Con rencores, con odios, pero vivo, eso tendría que bastar.

—No es la más romántica de las propuestas, Katherine —alivianó el ambiente con una sonrisa—, pero creo que es algo que nos puede sanar un poco a ambos. La congregación tiene el poder de darnos un objetivo, y la amistad que nos une de darnos consuelo.

—Me cuesta pensar con claridad en este momento…

—Jamás te pediría una respuesta impulsiva a una decisión que será de por vida. Pero deseo que sepas que es una posibilidad, que quizá te ayude a hallar un camino noble para tanto dolor, convertir lo malo en bueno.

—Prometo meditarlo. Estaré aquí un tiempo, en compañía de mi tía. Antes de volver a Londres te daré una respuesta… no puedo ofrecer más.

—Con eso y tu amistad es más que suficiente.

—Cuentas con mi eterna amistad, Robert. Sin importar las decisiones, siempre encontrarás una amiga en mí.

—Lo mismo digo.

La acompañó hasta la cima del barranco y desde allí la vio marchar camino a la casa de Loretta. La vería en unas horas, pero ya no tenían más que decir. La paciencia también era una virtud que venía con los años y la madurez.

Esa noche no sería la primera ni la última en que le costara dormir presa de los pensamientos y responsabilidades. Las noticias de Londres eran escasas, la mantenían en la ignorancia con el fin de ayudarla a superar el malestar, sin sospechar que solo la dejaban a la deriva y con una terrible sensación de impotencia, de no estar en control de su propia vida.

Había aprovechado las tardes para ir a la capilla y al hogar de huérfanos, embeberse con el estilo de vida de Robert y dilucidar si era capaz de eso o no.

Los días iguales, la ausencia de eventos sociales, le permitieron canalizar las emociones, darle un sentido a ese caudal de sensaciones que, de otro modo, la dominaban y le impedían pensar. Entendió que debía renunciar a Anthony, que lo había perdido y, junto a él, todos los sueños del pasado. Pero el futuro estaba ahí, a cada movimiento de agujas del reloj.

No podía tener lo que había anhelado, pero podía evitar lo que no quería para ella. Esas sombras en las que su familia la protegían era una de ellas. No le gustaba que eligieran qué información brindarle, a qué eventos podía asistir y controlasen cada paso que daba.

Lo conversó con Robert, solían tener sus momentos en los que ambos presentaban las pautas de una posible unión entre ellos. El hijo del vicario prometió no cortarle las alas, la labor de esposa en esas circunstancias eran todo lo contrario. Debía ayudar en la educación de los niños del orfanato, acompañar a las mujeres que buscaban consuelo en temas que no eran propios de tratar con un hombre, administrar algunas donaciones… Un torbellino de actividades que no le darían descanso, pero que tampoco la empujarían a la eterna quietud en la que se había sumido su existencia hasta el momento.

La idea de tener un objetivo la ayudaba a sobrellevar el hecho de que le faltara lo demás. El amor y la pasión. Robert era incapaz de despertar eso en Katherine, y no hacía ningún intento, lo cual la tranquilizaba. No había mentiras entre ellos, ni recelos, ni rencores. Era lo opuesto a Anthony. Era una forma segura de no serle infiel a su corazón.

Jamás se enamoraría del señor Jones. Jamás dejaría de amar a Lord Shropshire. Pero se tenía a ella, y pese a todo estaba entera. El amor que tenía para dar iría a parar a los huérfanos de Porthleven y eso era una buena forma de convertir lo malo en lo bueno. La desesperación en esperanza. Los sueños rotos en nuevos sueños.

Había tomado una decisión, no la hacía feliz, tan solo la hacía menos infeliz. Con eso alcanzó para descansar por primera vez en varias noches.

Capítulo 9

La casa en la ciudad había perdido su encanto, y su refugio en el campo era ahora la rememoración de un pasado cercano inesperado. Sin Katherine, transitaba la vida como una tortura, una tortura que le aprisionaba el pecho y lo empujaba a una desdicha nunca antes concebida. Necio, un maldito necio. Creía que el dolor del pasado, uno construido a base del desprecio, la indiferencia y el desamor, jamás encontraría un adversario digno. Se equivocó, lo halló, cuando no lo buscaba, cuando ni siquiera lo deseaba.

La confesión de amor de Kathy lo acechaba como un fantasma, se repetía como un eco en su mente impulsándolo al desquicio definitivo. Lord Shropshire lo había adoctrinado a la perfección, había aprendido la mejor lección de todas, esa que le decía que no merecía ser amado, que no valía lo suficiente para ese sentimiento. Estaba intoxicado por ese veneno, corrompido hasta el alma, solo Katherine había tenido el coraje para lanzarse a su abismo de odio y resentimiento. Solo ella. Y así le correspondía, con el silencio, con la incapacidad de ahondar en sus propios sentimientos.

Shropshire house se consagró como la única medicina posible a su mal, confiaba en que la calma, la compañía y los momentos allí vividos junto a ella pondrían luz sobre su oscuridad.

Gran error, la tortura fue mayor, el reconocimiento de lo no dicho fueron los azotes perfectos para la autoflagelación de su corazón.

—¡Por todos los ángeles del cielo, Anthony! —Lady Victoria irrumpió como una tormenta no deseada en sus pensamientos—. Te he buscado por toda la casa.

Se había refugiado en uno de los jardines laterales, cercano a las caballerizas, el punto cardinal de la casa más detestado por Victoria.

—Por lo visto no has interpretado mi mensaje, madre.

—¿Oh, intentabas enviar un mensaje, hijo? —Sin esperar invitación, tomó asiento frente a él en uno de los bancos de hierro y madera que se mimetizaban con el jardín y le indicó a Cordelia un lugar junto a ella.

El paisaje ante los ojos de Anthony cambió de fondo, la naturaleza ya no podía contemplarse, dos rostros le ocupaban todo el espacio visual. Resopló para hacer evidente su desacuerdo, necesitaba estar solo. Se mantuvo en silencio.

—¿Has oído eso, Cordelia?

—Sí, creo que viene de los establos.

Anthony volvió a resoplar, reconocía el inicio del juego en esas mujeres. Así comenzaban con la traviesa humorada.

—Te equivocas, sale de la boca de Anthony.

—¡Nooo!

—No pensé que iba a vivir para ver esto... —Fingió tristeza, y Cordelia le entregó un pañuelo para que se secará las falsas lágrimas—. Mi hijo se ha convertido en un receloso animal.

Estaba muy al tanto de la dinámica de las mujeres, si le quería poner un fin, tendría que hacerlo en ese instante.

—Por favor, si no tienen la cortesía de brindarme la soledad que reclamo, por lo menos, obséquienme el privilegio de su silencio.

La selección de palabras, combinada con un tono de voz áspero y gutural, fue la perfecta estocada para Lady Victoria, los aires complacientes y de buen humor se esfumaron.

—¡Anthony Richmond! —Así era cómo lo llamaba cuando estaba enojada o predispuesta a una reprensión—. Antes de reclamar cortesía,

otórgala.

Anthony volvió al pasado y regresó trayendo consigo al niño olvidado. Bajó la cabeza, la propia decepción lo obligó a hacerlo. Detestaba que la influencia Shropshire tomara el control, más cuando de su madre se trataba. Respeto, eso era lo que merecía.

—Lo siento. —Su disculpa fue auténtica.

—No tanto como yo —confesó alejando el enojo recién nacido—. Intentamos respetar tu silencio, pero ya es imposible de mantener. —Llevaba tres días en la casa sin compartir palabra alguna—. No puedes venir hasta aquí, actuar como un alma en pena, y pretender que nos quedemos con los brazos cruzados.

—Yo lo sé, madre. Si hicieras lo contrario, me preocuparía.

—Entonces, dime... —se corrigió para hacer partícipe a Cornelia—, dinos qué es lo que te está afectando.

La respuesta flotaba en el aire, es más, ni siquiera se requería de pregunta en sí, Victoria solo la hacía para forzar el reconocimiento del sentimiento silenciado en Anthony. Quería despojarlo de la coraza con la que se armaba. Una vida sin sentimientos no era vida, amor, dolor, eran la cara de la misma moneda, y él tendría que aprender a lidiar con ambas.

—Katherine me dijo que me amaba.

El silencio fue rotundo y compartido, uno que no nacía de la sorpresa. Por lo visto, el único ajeno a esa confesión era él. Lady Victoria desvió su mirada, giró el rostro para ir en busca de los ojos de su compañera. La comunicación no verbal entre ambas era envidiable. Cordelia fue la que rompió el mutismo.

—Anthony, dinos algo que no sepamos, por favor.

La ira lo hizo abandonar el resguardo del asiento. Sí, estaba furioso. ¿Acaso era el único ciego? ¿Estaba incapacitado para reconocer el amor? Caminó de un lado al otro, y en cada paso que daba se despojaba del peso de la insensibilidad que lo había mantenido en pie durante mucho tiempo.

—Hijo... —lo convocó Victoria. No hubo respuesta, continuaba en su caminata circular sin levantar la mirada del suelo—. ¡Tony! Detente, me mareas... quédate quieto que vas a provocarme una jaqueca.

—No puedo detenerme, madre. ¡No puedo! ¿Qué clase de corazón puede amar en… días?

Lord Shropshire no podía contemplar el cuadro completo, ponía sobre el

ojo evaluador los últimos días vividos, y se negaba a pensar que el amor tuviese una naturaleza tan intempestiva. Eso no era amor, quizás enamoramiento. La juventud de Kathy era propicia para ese tipo de confusiones. No estaba dispuesto a arriesgarse, si traía a su corazón a la vida lo haría con la certeza de que no sería dañado, no soportaría un desengaño, un falso amor. Desde su perspectiva, tenía más para perder que ganar.

—¡Dios, me encantaría abofetearte, hijo, pero no tengo deseos de levantarme! —La edad comenzaba a ser una molestia en Lady Victoria, además, la búsqueda exhaustiva de su hijo le había consumido gran parte de la energía—. Katherine es una confesión de amor andante, es más, me arriesgo a decir que esa niña te ama desde mucho antes de darse cuenta de la existencia de ese sentimiento. ¿Qué te hace suponer lo contrario?

La pura y llana inexperiencia, eso era lo que le inundaba la mente con suposiciones.

—No lo sé...

Cordelia se tomó el atrevimiento de interrumpirlo, el vínculo maternal que había establecido con él se lo permitía.

—Sí, lo sabes. Es la falta de práctica ante el sentimiento.

—Solo conoces una clase de amor, hijo, el que supimos darte —La verdad tras las palabras de Cordelia exponía la carencia de afecto en la vida de Anthony. Existía un pequeño fragmento en Lady Victoria que la hacía sentirse responsable, al convertirse en la marquesa de Shropshire, no solo se había sentenciado a una vida de maltrato y desamor, también había hipotecado el futuro de su descendencia bajo los mismos términos— y, aunque quiera convencerme de que fue suficiente, hoy, al verte así, rendido ante tu propio desconocimiento, comprendo que no bastó.

La real tristeza la invadió, y el pañuelo que antes fue parte de una puesta en escena, ahora encontraba su razón de ser. Anthony hizo a un lado el torbellino de emociones que lo inquietaba y fue hasta ella, se arrodilló y entrelazó los dedos a los de su madre y a los de Cordelia.

—No, que este peso no caiga en tu espada, es mi necedad, mi temor, lo que me impide reconocer algo tan simple como el amor. Y no te preocupes, no necesito una bofetada de tu parte, la vida ya se ha encargado de ello.

—¡Gracias al cielo! —Las lágrimas de Victoria fueron reemplazadas por el intento de una sonrisa—. Aunque lo reconozco, temí por ti, hijo. ¡Pensar que casi te casas con Lady Penélope!

Penélope ya era parte de un pasado que carecía de recuerdo alguno, así de efímero había sido el motivo que lo había unido en compromiso a ella.

—Era un enlace beneficioso —intentó justificarse con el pensamiento lógico.

—¿Beneficioso? ¿Para quién? Para los Malloran... sin duda para mí no lo era, jamás he podido entablar una conversación entretenida con Penélope. ¿Verdad, Cordelia?

La opinión de la mujer también importaba para Anthony. Dedicó la atención a ella, quería saber qué había callado.

—Su encanto externo no coincidía, en lo absoluto, con su encanto interno —alegó sin piedad alguna.

—¿Qué más? ¿Qué otras objeciones silenciosas tenían bajo la manga? —Reconocía que aún se estaban guardando información.

—Estaba enamorada de Christopher —agregó como un dato más Victoria.

—¡Locamente enamorada! —Cordelia sintió la necesidad de potenciar la apreciación.

—¿Y cuándo pensaban decírmelo? ¿Cuando el párroco estableciera la unión definitiva? —Ahora que descubría lo mucho que se había acercado a la insatisfacción, a la condena de un matrimonio sin sentimiento alguno, a una muerte en vida, se ofendía.

Esa ofensa reavivó el fuego de las ofensas ya olvidadas por parte de las mujeres.

—¡Te lo dijimos un centenar de veces! Cordelia, querida, cita nuestras frases más célebres.

Cordelia puso en acción a su mente.

—Cuando hablaste de tus sentimientos hacia ella, y manifestaste que era cuestión de tiempo... tu madre dijo:

—Ya me acuerdo —interrumpió Victoria—. ¡No hay relojes suficientes en este mundo!

—Y cuando justificaste la poca gracia en sus formas y actitudes para contigo, dijo:

—Oh... esa me agrada —Lady Shropshire festejó su propio comentario —. Las estatuas de nuestro jardín sonríen ante tu presencia más que ella.

Recordó esas palabras a la perfección y se reprochó su reticencia pasada a ellas. Mintió, no pretendía otorgarle el triunfo completo a su madre.

—En defensa de mi falta de criterio, debo decir que Lady Penélope nunca fue una joven expresiva.

La risa de Victoria no se hizo esperar y fue secundada por Cordelia.

—¿Estamos hablando de la misma Lady Penélope? ¿La misma que brillaba con la fuerza de mil soles cuando contemplaba a su marido en la fiesta de Lady Thomson? —La risa se mezcló con sarcasmo y Anthony no lo disfrutó. Se llamó al silencio—. Se ve que esa debe ser una cualidad que solo despiertan los Sutton, tú brillaste de la misma manera cuando viste a Katherine.

Toda la falsa quietud que había logrado al quitarla de su cabeza se desvanecía. Regresaba a él con la fuerza de un océano en plena tormenta.

Katherine... la sola mención de su nombre le agitaba el corazón y ponía en evidencia más de lo que él estaba capacitado para reconocer. Recobró la verticalidad y tomó distancia de ellas.

—No quiero hablar de Kathy.

—Anthony... todos los caminos conducen a Kathy, tenemos que hablar de ella.

—No puedo —sentenció regalándoles la bella imagen de su espalda.

—¿No quieres o no puedes?

El silencio se transformó en verdugo y Victoria llegó a la conclusión de que su hijo requería de una intervención por fuera de las normas sociales. Le pidió asistencia a Cordelia y abandonó la comodidad del descanso para ir junto a su hijo. Apoyó la mano sobre su hombro y habló con un delicado susurro:

—¿Por qué experimentas este sentimiento como una tortura? ¿Por qué no le permites que florezca? El amor es lo único que justifica nuestra existencia, Anthony.

Esas eran las preguntas que necesitaba, que no tenía el valor para formularse por miedo a su respuesta. Por eso estaba allí, reclamando como un niño la sabia asistencia de su madre, una mujer que conocía todos los matices del amor y que se aferraba a ellos con toda la fuerza de su vida.

—Porque no sé cómo hacerlo, madre, no sé amar.

Lo obligó a voltear, debía verlo a los ojos.

—Mi dulce y testarudo niño... —Le acarició el rostro, volvía a ser un niño indefenso ante ella.

—Voy a decepcionarla... sé que lo haré. ¡Nunca voy a poder amarla de la

forma que ella lo necesita! —Se refugió en su pecho, el brillo en sus ojos vaticinaba el quiebre inminente.

Ya no podía ser el Lord Shropshire que le habían obligado a ser, era un hombre diferente, nuevo. Katherine había entrado sin permiso a su vida y le había hecho ver el mundo a través de las emociones. Anthony aprendía a sentir con el cuerpo y con el alma, y el resultado de tal experiencia se balanceaba entre lo abrumador y reconfortante. Vaciar el cofre del resentimiento, del odio y la insatisfacción no era una tarea sencilla, reemplazar esas sensaciones oscuras por otras era un desafío para el que no estaba preparado.

—Anthony, escúchame... mírame. —Debió obligarlo a levantar el rostro —. El amor no se piensa, no se mide... el amor es más simple que eso, se siente o no. Katherine te ama, tú lo sabes, nosotras lo sabemos, el mundo lo sabe. La única pregunta pendiente aquí es si tú la amas —Una vez más el silencio— ¿Puedes responder eso, hijo?

¿Acaso podía poner en sus labios esa palabra? ¿No sería de maldito hipócrita utilizarla? No, no se atrevía.

—Le hice daño, madre. La utilicé, la transformé en un objeto de cambio... manipulé sus deseos en función de mis más perversos anhelos. ¿Puede eso llamarse amor? —Si a ella le dolía esa confesión, a él lo destrozaba—. No la merezco.

No iba a mentirle, aunque su corazón de madre se partiera en mil pedazos por dañarlo más.

—Es verdad, no la mereces. —Le brindó una última caricia y regresó junto a Cordelia, le extendió la mano y la invitó a hacerle compañía en la despedida. Era preferible dejarlo a solas con sus pensamientos, que reconociera su propia cobardía.

El desamparo repentino lo desconcertó.

—¿Eso es todo? ¿Hurgas en mi corazón para realzar el reconocimiento de mi error?

—No la mereces, hijo, fin de la historia. —La bofetada pendiente encontró su instante propicio—. Solo queda una posibilidad...

—¿Cuál?

—Comenzar a escribir una nueva, Anthony.

Era verdad, habían alcanzado el fin, el fin de la mentira que ambos habían construido. Si daba pasos hacia atrás, si se atrevía a recorrer el pasado

con la mirada del presente, se encontraba ubicado en el mismo lugar que Kathy. La amaba, y había alimentado ese amor desde tiempos inmemoriales. El maldito paso del tiempo, el aleccionamiento Shropshire lo habían guiado a una vida lejos de ella, lejos de todo, inclusive de sí mismo. Pero ya no, elegir no era una opción. La ausencia de sus besos era una condena que no estaba dispuesto a aceptar. Sin la melodía de su corazón latiendo junto al suyo, no podría vivir. Katherine era lo mejor de su pasado, su presente más deseado y su único futuro posible.

Sí, su madre tenía razón, este era el final, uno que necesitaban. Amarse sin culpa, sin treguas, sin remordimientos, eso era lo que podían hacer desde ese día en adelante. Levantarían los cimientos de una nueva historia, una ajena a los rumores, a las normas sociales. Serían Katherine y Anthony. Harían del mundo su mundo privado.

Así quería amarla. Así podía amarla.

La más hermosa epifanía de amor le renovó el aire dentro de los pulmones, se sentía invencible, libre. Los brazos de Katherine lo convocaban a la distancia, la esencia de su piel lo invadía. Iba por ella, no iba a detenerse ni un segundo más. El primer capítulo de una nueva realidad lo esperaba.

Capítulo 10

Reconocer sus sentimientos había sido la tarea más ardua de su vida, por lo tanto, ningún otro desafío se igualaría, ni obstáculo le parecería insalvable.

Incluso si ese obstáculo era Christopher.

—No lo preguntaré de nuevo, Chris, ¿Dónde está Kathy? —exigió saber.

Penélope y Amelia lo observaban mudas por el horror. Los sirvientes apenas se contenían para no murmurar, pero estaban todos asomados detrás de la puerta de la cocina o con las orejas apoyadas en las ventanas para oír la discusión.

No había rastro de Katherine por ninguna parte. Se había esfumado. No estaba en la casa de campo de los Sutton, ni en la de la ciudad. Nadie sabía en dónde se había refugiado, solo que se había alejado de los rumores en su nombre por el bien de la familia.

Estaba a un paso de contratar a un investigador privado, pero antes podía hacer un último intento de hacer entrar en razón a Christopher.

—No lo diré, está lejos de ti y de tus inescrupulosas manipulaciones. No te permitiré que te acerques a ella para lastimarla de nuevo.

—¡Por Dios! ¿Cuántas veces tengo que repetir que no es lo que busco? Todo lo contrario…

No importaba discurso alguno para Lord Sutton, recordaba el sin fin de lágrimas de su hermana previas a tomar la decisión que pondría un punto y aparte en su vida. Una que no involucraba a Anthony. La respetaría... ¡Alguien tenía que hacerlo!

—¡Casarte con ella está fuera de discusión! Es otra forma que encuentras de herirla ¡No lo permitiré!

—No podrás impedirlo, es mejor que lo aceptes.

—¡Jamás! Prefiero batirme a duelo otra vez y que me mates, antes de que…

Sin que se lo propusieran, se enfrentaban en un nuevo duelo, el de la terquedad. Ninguno iba a ceder. Lord Shropshire estaba perdiendo los estribos, la divina paciencia que estaba invirtiendo en su reclamo se diluía ante la desesperación que vivenciaba por la ausencia de Katherine. Demasiados días sin ella... demasiados.

—Si no me lo dices, es lo que pasará. Puede que te haya perdonado la vida por lo de Penélope, si eso sucedió fue por Kathy, así que sería bueno que lo recuerdes. Pero no perdonaré que te interpongas entre ella y yo, esto es muy distinto a matrimonio, es… —se silenció antes de confesar su amor a viva voz.

Un anhelo distinto al de proteger sus sentimientos lo empujaba al mutismo, era la necesidad de que esas palabras fueran oídas por primera vez por Katherine, solo por ella.

—Por favor, Lord Shropshire —clamó Amelia—, por favor, márchese. Ya hemos sufrido demasiado, Kathy más que todos nosotros.

A Lady Sutton se le estrujaba el corazón al saberla lejos bajo aquellas actuales circunstancias, pero las mismas habían nacido del raciocinio y voluntad de Kathy, y ella la aceptaba.

—Y pretenden que siga así, la aíslan, la dejan olvidada vaya uno a saber dónde… esconden con ella el escándalo. ¿A eso llaman ustedes amor?

—No, Kathy no se esconde, Kathy rehace su vida lejos de usted, nosotros respetamos sus deseos.

—¿Rehace su vida? —El significado de las palabras se colaba por su mente para darle un preciso golpe que lo dejaba devastado.

—Es una buena muchacha —siguió Amelia—, y muchos son capaces de

verlo, más allá de los rumores malintencionados y del daño que has ocasionado. El señor Jones…

La mención de otro hombre lo empujó a dejar el recinto y a cortar la declaración de Lady Amelia. No podía escuchar el resto, no sería capaz de soportarlo.

Contrataría a ese investigador, hallaría a Katherine e impediría que apagara la última dosis de esperanza que lo embargaba. Kathy era la mujer que lo había sacado de las tinieblas de su vacía existencia, pero también era la única que podía empujarlo de nuevo ahí. Sin ella… sin ella la amargura ganaría, y se convertiría en un hombre mil veces peor que su padre.

En su apresurada salida de la casa de los Sutton, se dio de lleno con una muchacha, la reconoció como una de las tantas sirvientas de la familia por el atuendo gris y la cofia. Tuvo que sostenerla para que la pobre no cayera sobre sus nalgas y arrastrara con ella parte del decorado. El jarrón fue a parar al suelo, la mujer quedó a medio camino, enredada entre los brazos de Lord Shropshire.

—Disculpe.

—Mi Lord… quería… —Le faltaba el aire y tuvo que recuperar el equilibrio antes de proseguir—, soy la doncella de Lady Katherine —terminó en un susurro.

Sin preocuparse por el rango de Lord Shropshire o por el riesgo que corría su puesto si alguien la escuchaba, arrastró a Anthony hacia la acera y siguió tirando de él hasta que se perdieron por el lateral de la casa, ese que daba a la puerta de servicio.

Anthony se dejó llevar preso del estupor. Las palabras de Lady Amelia hacían eco en su cerebro y le impedían pensar en cualquier otra cosa, entre ellas, por qué esa mujer lo zamarreaba.

—¿Qué…? —intentó preguntar en tono autoritario cuando se percató de la situación. ¡Por Dios! Si hasta la podían enjuiciar por tratar así a un Lord.

—¡Shh! No nos deben oír o perderé mi trabajo…

—¿Su trabajo? ¿Usted entiende con quién está hablando?

—Anthony… perdón, Lord Shropshire, sí, sí, no estamos para formalismos.

¡Vaya atrevimiento el de esa sirvienta! Estaba por cantarle unas cuantas cuando Sophie habló:

—¿Es verdad lo que dijo? ¿Va a casarse con Lady Katherine?

—Eso no es de su incumbencia.

—Entonces, el paradero de mi señora tampoco es de su incumbencia —dijo alzando el mentón en un porte de desafío que, en otros momentos, lo hubiese hecho reír.

—Señorita, le conviene hablar en estos momentos o, de lo contrario…

—¿Se va a casar con ella sí o no? —exigió saber.

—¡Sí! Si la encuentro antes de que se case con el señor Jones, o quién demonios sea.

—¡Qué temperamento! —se quejó la muchacha—, que el Señor salve a mi señora, y mi empleo. Lady Katherine está en la casa de su tía en Porthleven.

—Por fin alguien se apiada de mí —expresó Lord Shropshire y creyó que las rodillas le fallarían por el alivio.

—Ahora espero que alguien se apiade de mí —susurró Sophie al darse cuenta de que Lord Sutton la despediría sin referencias.

—Si consigo la mano de Lady Katherine, está contratada.

El agradecimiento de la muchacha quedó en el aire, pues Anthony se marchaba sin dilataciones camino a Porthleven.

El camino a Porthleven se hizo eterno. El terreno desigual impedía a la carroza ir a una buena velocidad, y eso que Anthony se había negado a llevar demasiadas maletas. Solo un par de mudas de cambio y nada más. Esperaba que su estadía en el pueblo costero fuera corto. Lo único que deseaba era sacar a Katherine de allí, secuestrarla, casarse con ella y refugiarse en Shropshire house por siempre. Más precisamente en la recámara principal de la mansión, no la dejaría abandonar su cama en días.

Un buen plan.

—Sigan camino —ordenó al chofer—, haré el resto en mi montura.

Quedaban unas diez millas que, si se apresuraba, le permitirían llegar para el atardecer. Eso hizo, espoleó su caballo y cabalgó a gran velocidad hasta la casa de Loretta.

No se percató de la belleza del paisaje, ni de lo reconfortante de la brisa marítima. Todos los escenarios se le presentaban tristes sin la figura de Katherine para darles color.

Los ladridos advirtieron a los habitantes de que se aproximaba una visita inesperada. Loretta salió al porche cargando los papeles que hasta hacía unos

minutos leía concentrada. Los llevó a la cabeza para hacer visera y poder observar al jinete. La tinta de sus dedos le manchó la frente, pero fue la sorpresa la que dibujó una expresión extraña en el rostro.

—Lord Shropshire ¿es usted? —preguntó atónita.

Apenas recordaba a Lady Loretta. Bajó de la montura de un ágil salto e hizo una reverencia bastante mal coordinada.

—El mismo ¿Lady Katherine? —exigió sin más.

—Oh, por Dios. Cada día más parecido a su padre, y eso no es un halago —expresó la mujer—, mi sobrina no se encuentra en estos momentos, si desea aguardar por ella, hay una posada a dos millas de aquí —lo despidió sin cortesía alguna y sin importarle el rango del marqués. Dio media vuelta y se refugió en la casa.

Anthony quedó de pie, sin saber qué hacer. La esperaría, por supuesto, la esperaría por siempre. Llevó su caballo a las cuadras y esperó que el encargado se apiadara del animal, por muy poca simpatía que él generara a cualquiera relacionado con los Sutton.

El jefe de cuadras se encargó de la montura de Lord Shropshire solo porque amaba a los animales y era evidente que el pobre caballo bayo había tenido un día extenuante. Se podía decir lo mismo del dueño, pero a el hombre no podía importarle menos las comodidades del Lord.

Todos estaban al tanto del trato dispensado por el marqués hacia la dulce Lady Katherine, y estaban dispuestos a protegerla y a enfrentar a ese vil Lord.

Anthony dejó la montura y sin saber en qué ocupar el tiempo, se sentó en las escaleras del porche de Lady Loretta, rendido. Pasaría la noche allí, durmiendo en la intemperie si era necesario.

Una hora después, una muchacha se acercó con una bandeja que llevaba un vaso de limonada y una manzana. Esa era toda la hospitalidad que recibiría, podía sentir la mirada llena de censura que le llegaba desde la ventana detrás de él.

Loretta lo observaba, su corazón, siempre noble, se ablandaba con el paso de los minutos. Si no salía a ofrecerle hospedaje y comodidades era porque quería probar de qué estaba hecho Anthony antes de permitirle la oportunidad de redención. Su sobrina merecía eso y mucho más.

Sabía que ahora, luego de la propuesta del señor Jones, Katherine era más sensata. El amor era el motor de los Sutton, pero eso no los hacía menos inteligentes, solo algo más impulsivos. Su sobrina comprendería que debía

exigirle a Anthony más que su corazón, que después de lo vivido, se merecía una vida plena en todos los sentidos.

La terquedad de Lord Shropshire le indicaba que era la clase de hombre que, cuando ama, da todo de sí. Que está dispuesto a ceder. Eso era un buen comienzo.

La silueta de Lady Katherine se hizo presente en el sendero de ingreso de la casa de Lady Loretta. Cabalgaba a mujeriegas, y su traje de montar se alzaba apenas para permitirle dirigir la yegua que era mansa por naturaleza.

Hizo frenar su montura de inmediato cuando reconoció a Anthony en el porche. El hombre se había puesto de pie, ansioso, al verla. Caminó apresurado a su encuentro, reduciendo no solo la distancia que los separaba sino también los segundos de espera.

—Kathy… —susurró. Ese susurro le reavivó el corazón.

Katherine apenas podía reaccionar por la sorpresa. No estaba lista para volverlo a ver, por ese motivo postergaba su respuesta al señor Jones, por temor a quedarse sin excusas y tener que regresar a Londres.

—¿Qué… qué haces aquí? —balbuceó.

—Recuperarte… no, nunca te tuve ¿verdad? No sé —Su amor se esgrimía como estandarte, pero a la vez, estaba gobernado por un sin número de emociones que reclamaban su momento de gloria—, no sé qué hago aquí, solo sé que es donde debo estar. Por favor, guíame —suplicó con la voz rota por los sentimientos.

Tenerla de nuevo ante sí había derrumbado los mil discursos que formó en su mente durante el viaje desde Londres, durante los minutos de espera en la entrada de la casa. Todo se evaporaba y, cuando eso sucedía, podía sentir. Sentir con el corazón y alejar a la razón. Comprender que la amaba, que siempre la había amado.

Katherine bajó de la yegua, y los brazos de Lord Shropshire la sostuvieron para minimizar el impacto de sus pies con el suelo. La acompañó, en silencio, mientras la muchacha llevaba su montura a las caballerizas. El jefe de cuadras seguía con el ceño fruncido y un rictus severo que tenía como único objetivo al marqués.

Le agradó, por extraño que pareciera, a Anthony le agradó. Saber que Kathy siempre estaría protegida, incluso cuando él no pudiera hacerlo, le traía una extraña paz. Pero de ahora en más se encargaría de hacerlo él, con todas sus fuerzas.

—¿Anthony? —pidió Katherine que se explicara una vez que estuvieron solos. Lord Shropshire la llevó hasta el porche, allí, frente a los ojos y oídos de Loretta. Quería intimidad para expresar sus anhelos más profundos, aunque reconocía que no se la había ganado.

No volvería a arrastrar a Kathy a las sombras, a los rincones, a los lugares de besos robados. Por lo menos no hasta que fuera su esposa. Impediría manchar de nuevo la reputación de ella, incluso si la salvaba para que se entregara a otro hombre. No había más espacio para el egoísmo entre ellos dos.

—Katherine —tomó aire y valor. Nunca había dicho esas palabras con anterioridad, a nadie, ni siquiera a su madre. Se alegraba de que fuera Kathy quien las escuchara por primera vez, nadie más que ella había demostrado ser dignas de tanto ante sus ojos—, Katherine, te amo.

La primera reacción de Kathy fue la de preguntar si se trataba de un juego, de una nueva movida mal intencionada. Ese pensamiento le llenó los ojos de lágrimas y le ayudó a comprender a Anthony. Siempre terminaba por entenderlo, por ver el escenario completo que era el hombre que amaba.

Una herida en su corazón la había empujado a la desconfianza y al recelo. ¿Cuántas heridas cargaba Anthony? ¿Tras cuántas capas se tuvo que proteger? Su silencio empujaba a Lord Shropshire a la desesperación y a la necesidad de explicarse.

Creyó que Kathy no le creía, al igual que le había pasado a él, por lo que puso en palabras todas las razones que lo habían llevado a llegar a esa conclusión.

—No es algo repentino —se justificó con el primer punto que lo había llevado a él a dudar—, te amo desde hace mucho, solo que no me había dado cuenta. No lo veía de ese modo, creí que era cariño, que por eso era feliz a tu lado. —Se mesó el cabello—. Cuando hablamos de que Lady Penélope y Christopher siempre complotaban contra nosotros, yo… ahí lo entendí. Éramos dos, esa complicidad siempre existió. Y luego…

Luego te lastimé, te utilicé. Las palabras se hicieron aire, una atmosfera pesada que les impedía respirar. Katherine no necesitaba más para comprender, pero sí para perdonar.

—¿Y luego…? —exigió.

Ella conocía la respuesta de su corazón, era y sería la misma respuesta de siempre, aun así, necesitaba que el hombre que estaba ante ella se liberara de

las sombras que estaban atadas a su alma. Confesarlas era la única manera de extirparlas.

—Y luego fui un necio, Kathy. Un ciego, un cobarde… espero que me perdones, realmente lo espero, y haré lo que sea para conseguirlo.

La confesión lo ayudó a ver las verdaderas intenciones de Lady Katherine, esas que se ocultaron en una visita a medianoche en su despacho. Por fin tenía el cuadro completo y la respuesta a todas sus preguntas, incluso a la que lo embargaba desde que había arribado a Porthleven. Debía hacer por Kathy lo que Kathy había hecho por él, llegar a su corazón herido y pedir por una oportunidad de sanarlo.

Se puso de rodillas. La imitó, hizo lo que ella en aquella noche que ahora se le presentaba lejana.

—Haré lo que sea —clamó haciendo uso de las mismas palabras—. Por favor, bríndame una oportunidad, sé mi esposa.

«Sé mi esposa».

Esas palabras fueron la más bella melodía jamás oída. Había soñado con ellas infinidad de veces. Había derramado jóvenes lágrimas dibujando ese mismo instante en la realidad de su vida sin él.

Katherine se arrodilló a su lado y unió su mirada a la de él, indagó en la profundidad azul de sus ojos hasta hallar toda la verdad. La balanza de confesiones y sentimientos debía de equilibrarse de una vez por todas.

—Te amé sin condiciones, Anthony. Toda la vida, eso me llevó a mi perdición. Iba a permitir que te casaras con Penélope pensando que así serías feliz, te permití que me usaras de instrumento de venganza, te permití demasiadas cosas…

Las lágrimas se hicieron partícipes de la conversación.

—Y yo destruí ese amor —dijo, rendido. Comenzaba a vivir en carne propia el dolor causado debido a su ignorancia ante el amor.

—No. Mi amor es indestructible, como ya lo sabrás a esas alturas, pero dejó de ser incondicional.

El puñal invisible que creyó iba a clavarse en su pecho, se detuvo a mitad del camino.

—¿Tengo una oportunidad? —preguntó y la esperanza volvió a iluminar su mirada.

Si existía la posibilidad de redención para la historia de ambos, debían poner las cuentas en cero, Kathy lo sabía.

—Sí, ¿quieres saber mis condiciones?

Ambos se pusieron de pie. Miraron al unísono hacia la ventana que estaba a sus espaldas y se encontraron con el rostro de Loretta y varios sirvientes que se secaban las lágrimas emocionados. Casi largan a reír.

—Hazme una lista detallada, por favor. —La aceptaría a ojos cerrados.

—Dejarás el rencor atrás, hacia Penélope, mi hermano, incluso tu padre —enumeró alzando un dedo.

La tarea propuesta, tiempo atrás, le hubiese parecido imposible, más aún con respecto a su padre. Ahora, con el dulce elixir de una vida con Kathy en sus manos, podía lanzarse a la travesía.

—Hecho, aunque… —Sería difícil, y quería colocar esa apreciación en la letra pequeña del amoroso contrato.

—Sin peros —exigió.

La nueva Katherine se hizo presente, esa que había tomado las riendas de su vida, y ese maravilloso don de mando que había adquirido debía ser expuesto ante el hombre que pretendía compartir su vida con ella. Él sonrió. No habría peros. Aunque existía algo peor que ello, y lo manifestó:

—Tu hermano no quiere que nos casemos… —Kathy largó una carcajada al ver el enojo que marcaba el entrecejo de Anthony. Ella no esperaba menos de Christopher.

—Ya solucionaremos eso, sin rencores, Tony, esa es mi primera condición.

Y era una condición compartida por ambos. Anthony no quería más rencores, no quería más sentimientos que se interpusieran a su amor por Kathy. No iba a opacar ese amor con otras emociones sin sentido.

—Está bien, todo perdonado.

—Segundo —Alzó otro dedo—, venderás la casa de Londres, puedes comprar otra si quieres, pero esa tiene demasiados malos recuerdos.

La idea le sentó maravillosa, una nueva forma de reiniciar su vida.

—Siempre quise venderla, dalo por hecho.

—Tercero…

¿Tercero? Dios, aceptaría todo, sin duda lo haría, pero la lista se le hacía eterna.

—Te has vuelto una mujer muy exigente —bromeó, y ella le regaló una sonrisa que hizo que su corazón galopara sin control.

Era exigente, y lo era por el bien de ambos. Habían transitado por el

camino del amor de manera tambaleante, de ahora en más lo harían con la certeza y la confianza necesaria. Ella se encargaría de ello.

—Sí, te lo has ganado. Tercero, Lord y Lady Shropshire apadrinarán el hogar de huérfanos de Porthleven.

La demanda resultó inesperada para Anthony, y las dudas se dibujaron en su rostro. Katherine se explicó.

—En estos días en los que pensé que debía construir mi vida sobre nuevos cimientos, he descubierto que necesito tener un objetivo. La vida de una Lady es aburrida y sin sentido, de baile en baile, de cotilleo en cotilleo. No quiero eso para mí, y no quiero eso para ti. Ya sabemos el daño que provoca el ocio, y antes de volverme una de esas mujeres frívolas que arruinan la existencia de las demás solo por aburrimiento, prefiero un convento de clausura.

Imaginar a la fogosa Lady Katherine con un hábito de monja los llevó a todos, incluso a los sirvientes, a reír a carcajadas.

—Hablaré con el vicario, también hay un orfanato en las inmediaciones de Shropshire house, si deseas sumar más obras benéficas. No importa mi fortuna si te hace feliz. ¿Qué más?

—Hmmm, creo que me quedé sin exigencias. ¿Se te ocurre alguna más, Tony? —preguntó radiante de felicidad.

—Sí, solo una. Que eduques a nuestros hijos en el amor que solo tú sabes dar, que los Shropshire sean los nuevos Sutton, la familia conocida por solo ceder ante el amor.

—Hecho —prometió antes de lanzarse a sus brazos y reclamar sus labios.

Christopher se negaba a dar su aprobación. Como Lord Sutton le correspondía a él entregar a la novia y tratar los pormenores de la unión. No le creía a Anthony cuando repetía que amaba a Katherine, que la haría feliz, incluso cuando decía que le había perdonado todo, salvo la intromisión en la boda.

—Todavía puedo dispararte —amenazó.

—¡Tony! —lo reprendió Katherine con dulzura.

—¿Cómo no puede verlo? —preguntó él cuando quedaron a solas—, luego de todo lo que hizo por Penélope… que ni se compara con lo que siento por ti.

Una carcajada nació en el pecho de Katherine.

—Ahora estás compitiendo con mi hermano por quién ama más. El problema es ese, esto lo han hecho una guerra personal, un duelo de voluntades. Ya recapacitará.

—¡No quiero esperar! —expresó como un capricho—. No puedo esperar.

La confesión se volvió ruego. Anthony se había impuesto una promesa personal, no volvería a tocar a Katherine hasta que fuera su esposa. La próxima vez que amara ese cuerpo sería para consagrarla como Lady Shropshire, y no pensaba rendirse. Pero el deseo era irrefrenable, al igual que la impaciencia.

—Deja de competir con él, solo lo vuelves un desafío.

—Oh —dijo Anthony y brilló ante una nueva epifanía—, un desafío, ¿cómo no lo vi antes, mi hermosa futura marquesa de Shropshire?

—¿Anthony?

—Siempre fue una competencia, Lady Penélope y Christopher contra…

—Lord Shropshire y Lady Katherine —completó ella con picardía.

—¿Y quiénes ganan siempre?

—¡Nosotros! —alzó la voz en un grito feliz. El entusiasmo se contagió en ellos.

—¿Cuánto les llevó a ellos llegar a Gretna Green? ¿tres días?

—Siempre fueron unos perezosos…

—Tendremos que hacerlo en dos días, Lady Shropshire y Lord Shropshire instaurarán una nueva marca, los enamorados más ansiosos de Londres.

La felicidad los acompañó en la travesía, llegaron a Escocia por la noche, pero Lord Shropshire no esperaría a la mañana siguiente para casarse, o igualarían en tiempo a Christopher y Penélope. Por una cuantiosa suma, el vicario de Gretna Green los casó bajo las estrellas.



Las caricias la despertaron con suavidad. Había tenido un bello sueño, pero al abrir los ojos confirmó que su realidad era mil veces mejor. Anthony besaba la piel de su espalda.

Se dio vuelta con pereza para encontrarse con los azules ojos de su marido. El sol apenas despuntaba en el horizonte, dándole al cielo un color morado que resultaba encantador.

Lord Shropshire continuó con sus delicados besos para despertar no solo la mente de Katherine, sino también su cuerpo. Se deleitó de la nueva forma de su cintura, que ahora se ensanchaba con una vida dentro. Los senos llenos. La piel radiante. Pero, sobre todo, la felicidad que emanaba de ella en forma de luz y lo alcanzaba a él.

—Buenos días —saludó él con la voz ronca por el sueño y el deseo.

—Buenos días.

Se besaron y se amaron mientras el despertar de Shropshire house les llegaba lejano. Los gemidos quedaron ahogados por los labios unidos, y como bien había dicho Katherine, era imposible hacer crujir la cama de madera maciza que el matrimonio compartía cada noche.

A diferencia de las costumbres, ellos compartían recámara, para poder aprovechar cada minuto que estaban juntos. La vieja habitación conyugal de Lady Shropshire era utilizada como cambiador. Sabía que en cuanto cruzara la puerta, Sophie aguardaría por ella para ayudarla con las prendas.

La paz del amanecer llegó a su fin con un chillido feliz, que empujó a ambos a correr por su ropa de cama antes de que la puerta se abriera sin más. Casi presentables recibieron a William, el futuro Lord Shropshire de tres años.

—¡Ya es navidad! —exclamó el pequeño con un entusiasmo que no remitía jamás.

—¿Cómo? ¿No es mañana? —bromeó Anthony.

—No, papá, es hoy.

Las carcajadas de Katherine resonaron divertidas.

—Pues entonces ¿qué esperas para ir por tu trineo? Vamos, vamos —lo instó. La niñera aguardaba en el pasillo con una expresión de disculpa porque el niño se había colado en la habitación marital.

Lady Shropshire le sonrió para darle a entender que no había problema. Despertar junto a su marido y su hijo era el mejor de los sueños hechos realidad. Y pronto, en unos meses, serían algunos más. Toda una nueva generación de Richmond correteando por la mansión que ahora estaba llena de vida y alegría.

Los preparativos para el almuerzo de navidad estaban en marcha. Bajaron a desayunar, para encontrarse con la familia reunida en el salón que daba a los jardines traseros.

Lady Victoria y Cornelia, Lord Sutton y Lady Penélope, Lady Amelia, Loretta y el señor Jones, que daría la misa de navidad en la capilla de Shropshire house.

Sus sobrinos jugaban junto a William en el exterior, ajenos al frío y la nevada. Kathy abrió uno de los ventanales para que la brisa ingresara junto con los gritos felices de los pequeños.

—Lady Katherine, Lord Shropshire —saludó el señor Jones—, me honra la invitación. No tengo palabras para agradecer tanta generosidad para la congregación.

—No tienes nada que agradecer —contradijo Kathy con una sonrisa—, el honor es todo nuestro. Espero que los niños pasen una feliz navidad.

Desde que los Richmond apadrinaban el orfanato de Porthleven, las

condiciones de los pequeños habían mejorado. Las navidades eran invitados a pasarlas en Shropshire house, con presentes, comidas, diversión y una bocanada de aire fresco en sus vidas.

Lord Shropshire había amasado una fortuna en los últimos años gracias a la sociedad con Lord Thomson, y con su lugar en la cámara de lores no solo promulgaba mejoras en la higiene de la población, sino también era el máximo exponente de la causa de los niños sin hogar.

Junto a su esposa recorrían cada orfanato con el fin de asegurarse de que las condiciones fueran apropiadas. Los horrores que presenciaron los empujaron a apadrinar a más de uno, y a empujar a otros lores a hacer lo mismo. Anthony tuvo que reconocer que Katherine había tenido razón sobre la importancia de tener un objetivo en la vida, de no convertirse en un Lord perezoso que mataba el tiempo con cotilleos.

—¡Han llegado! —exclamaron los pequeños y corrieron al encuentro de los invitados. Una docena de niños y niñas se disponían a pasar las vacaciones junto a ellos.

Katherine tuvo que secar un par de lágrimas de alegría. Los embarazos la ponían demasiado emocional. Anthony se acercó a ella y la besó en los labios sin preocuparse por los presentes.

Ellos no se escandalizarían, y si lo hacían, ya habían demostrado que juntos podían más que cualquier escándalo.

—Espera a ver cómo Chris hace lo mismo con Penélope —le susurró cerca del oído—, no puede ser menos.

—Son imposibles —los reprendió llena de amor—, peores que la avalancha de niños que nos esperan.

Las diferencias entre los amigos habían quedado en el pasado; desde la fuga de Anthony y Katherine, se había instaurado entre ellos la misma dinámica del pasado. Los Sutton contra los Shropshire, y, al igual que antes, siempre ganaban los Shropshire.

—Feliz navidad —se desearon con la vista puesta en los jardines.

—Hemos cumplido con nuestras promesas —le dijo Anthony mientras observaba a su hijo alegre, amoroso y sin una pizca de malos sentimientos.

—Ya no hay deudas entre nosotros.

Vivían unidos a un único sentimiento, uno que crecía y extendía sus raíces más allá de lo pensado. Su amor los fortalecía cada día, y lo seguiría haciendo hasta el fin de los tiempos. Kathy era feliz, por él y con él.

Entrelazó los dedos de su mano a los de su esposo, y Anthony le correspondió con una delicada caricia.

—Nunca las hubo, Katherine, tú fuiste mi única deuda pendiente.

Otras obras de Lune Noir

Lecciones de alcoba

Melanie Rogers y Scarlett O'connor se reúnen para escribir una novela erótica que no podrás dejar de leer.

"Recuerda siempre leer la letra pequeña".

Xaviera Fontaine estaba desesperada, día a día, su marido se distanciaba de ella. Por eso, cuando Alice le habla del mejor amante de la ciudad, no duda en recurrir a él para descubrir los placeres del sexo y reconstruir su matrimonio.

Pero nadie le advirtió...

Una vez pasas por la cama de Leonard, no vuelves a ser la misma mujer.

Siguenos en las redes sociales